

PARTE V

NATALIE CONVERS
MARIPOSAS
EN TU
ESTÓMAGO

se

No hay nadie más experta en los trabajos de media jornada que Beca: a sus 18 años no solo es la mayor de cuatro hermanos, también es la compañera de combate junto a su madre para sacar a la familia adelante al la vez que estudia muy duro para las clases. Después de que su padre se marchase sin ninguna explicación cuando ella tenía solo 16 años, aprendió una gran lección: no te fíes de ningún tipo con sonrisa arrolladora y un imán natural para las nenas. A pesar de ello, pronto conoce a Alex, un enigmático y atractivo estudiante de Bellas Artes que puede hacer aparecer mágicamente mariposas en su estómago y que irremediabilmente cambiará su vida para siempre mediante un giro inesperado del destino.

*Para mis padres Ángela y Fidel.
Con vuestro cariño me habéis hecho ascender
en este cielo infinito de letras.*

Para mi corazón basta tu pecho,
para tu libertad bastan mis alas.

PABLO NERUDA



Capítulo 18

BECA



—Dilo de nuevo, Beca —exige Alex, y con una de las palmas de su mano rodea mi nuca y me atrae hacia él, hasta que solo unos pocos centímetros nos separan.

Todas las alarmas de mi cuerpo se disparan como locas.

Mi corazón se acelera.

Me cuesta respirar.

Mis dedos se mueven al mismo ritmo que su mandíbula vocaliza esas palabras y olvido lo mucho que me pesa la mochila en la espalda con todas las cosas que he metido para sobrevivir a esta noche de infierno, que estamos en un lugar desconocido, que Sofía va a regresar en cualquier momento y, sobre todo, que solo he venido a escondidas hasta aquí para comprobar que los daños que aquellos tipos han causado a Alex no son graves y que después debo marcharme, en silencio y sin que nadie me vea.

Que debo marcharme...

En silencio...

Sin que me vea...

Nadie.

La boca me tiembla y no pienso siquiera en el significado de lo que Alex acaba de pedirme.

Todavía mis manos siguen acariciando el rostro de Alex y comienzo a retirarlas, pero él toma mis muñecas y me lo impide. La piel me arde cuando

sus dedos me tocan.

—Alex... —murmuro con gran esfuerzo. Él me mira muy fijamente y de un modo tan intenso que solo deseo poder estar dentro de su mente y no encerrada entre estas cuatro paredes, limitada por el tiempo y el espacio.

Me parece oír unos pasos y ambos nos quedamos en silencio.

Con las sensaciones a flor de piel, observo de reojo la puerta del cuarto hasta que las personas que están al otro lado pasan de largo.

Sofía debe de estar cumpliendo con su palabra y eso es algo que debo reconocerle, a pesar de que todavía no entiendo exactamente por qué nos está ayudando a Alex y a mí.

La última burbuja de inquietud que estaba conteniendo entre mis pensamientos explota y noto como mi cuerpo al fin logra respirar. Pero mi alivio no dura mucho cuando descubro que los ojos azules de Alex están inyectados en sangre por el agotamiento y que un hilo perlado de sudor le cae por la sien izquierda. El brillo húmedo de su piel se intensifica con la luz que Sofía ha dejado encendida para mí. A pesar de lo grande que parece este lugar lo siento claustrofóbico.

«¡Dios mío! ¿Cómo puede hacer una madre esto a su hijo?», medito abrumada por el profundo dolor que siento debido a unos pensamientos repletos de furia y rabia.

—Alex... Estás despierto —digo y siento que mis ojos se llenan de lágrimas por la emoción que me provoca verlo consciente. Trato de sonreír.

—Repítelo —reclama de nuevo Alex con la voz reseca. Después cierra de nuevo los ojos y comienza a toser, y ello hace que me olvide de preguntarle qué es lo que quiere a pesar de que esta es la segunda vez que me lo pide.

«¡Oh, Dios mío!», murmuro intranquila mientras veo que su cuerpo se contrae repetidamente por el ataque de tos. Su cara está pálida y ojerosa, más incluso que hace unas horas, cuando fui a buscarlo a su estudio.

Descubro preocupada que Alex ha extendido, casi a ciegas, una mano hacia la mesilla situada en el lado derecho de la cama y busca algo con urgencia.

Está a punto de tirar al suelo el flexo negro que hay encima.

—Espera —lo detengo, y le ayudo a incorporarse aunque él es más grande y mucho más pesado que yo. Las muñecas se me agarrotan al realizar

la maniobra de levantamiento.

Alex ni siquiera se niega a que lo ayude, y eso me produce un escalofrío por la inquietud que siento, pero al menos ha parado de toser.

Solo cuando he conseguido que apoye la espalda sobre el cabecero de nogal de la cama de matrimonio donde está echado, me separo un momento y voy a buscar agua. En la mesilla, además de una pequeña toalla húmeda, hay una jarra de cristal y un vaso vacío que lleno de agua.

—Gracias —murmura Alex con una medio sonrisa, y da un largo trago. A continuación, se frota la cabeza como si le doliera bastante.

Frunzo el ceño.

—¿Te duele mucho? —me intereso, y me llevo una mano hacia mi cabeza para indicarle la parte a la que me refiero.

Él entorna los ojos y niega despacio con un gesto.

«Mentiroso», pienso.

Me quedo sentada en la cama estudiándolo compungida. Apenas le noto el pulso y le cuesta mantener los párpados abiertos. Espero que ello se deba a que el doctor le ha suministrado algún tipo de sedante y no al golpe que le dieron por detrás aquellos matones.

Aun así, me siento agradecida de poder volver a ver a Alex despierto.

—¿Estás mejor? —pregunto titubeante.

Alex me mira de manera inescrutable y se toma su tiempo en responder. Luego deja el vaso en la mesilla y, con una expresión que sigo sin saber descifrar, mueve un dedo para que me acerque. Cuando obedezco, sus brazos me rodean de forma inesperada con una fuerza y un ímpetu tales que al principio noto como todo mi cuerpo se tensa debido a la impresión.

—Menos mal —me susurra a la oreja con un marcado acento ruso, y añade algo más en esta lengua. Aunque no comprendo el significado de sus palabras, me estremezco por la rabia que intuyo en ellas—. ¿Estás bien, Rebeca? ¿Te han hecho algo? Voy a matar a todos esos desgraciados, y luego saldremos de aquí —exclama furioso, y comienza a levantarse, pero se lo impido abrazándome a él.

Puedo sentir como toda la adrenalina agita sus pulsaciones, y su respiración me hace cosquillas en la nuca. Me gustaría estar a su lado así mucho tiempo. No quiero que le hagan más daño.

Alex se remueve entre mis brazos.

Me vuelvo a estremecer y expulso de inmediato un sentimiento de tristeza que amenaza con instalarse en mi garganta. Debo mantenerme fuerte por los dos, y sobre todo por mí: yo ya no soy la misma Beca de antes, aquella a la que Alex podía doblegar con una sola mirada.

Con esfuerzo, me aparto un poco de él y lo miro fijo a los ojos. Sé que sería capaz de cumplir sus amenazas aunque ello le costase la vida, pero ahora está demasiado débil.

—No vas a hacer eso, Alex —le digo con calma.

—Rebeca —me llama, y tensa la mandíbula cuando apoyo un dedo sobre sus labios para que no siga hablando.

—Yo estoy bien, Alex, pero tú necesitas descansar —declaro mientras miro intencionadamente su mano vendada y luego lo empujo con cuidado hacia atrás ignorando su ceño fruncido y la leve resistencia de su cuerpo. Noto otra vez que mis ojos se llenan de unas lágrimas que resultan difíciles de contener—. Creí que no te volvería ver —confieso a media voz. Eso parece ablandarle un poco.

Alex toma mi mano y apoya la boca sobre mis nudillos durante dos largos segundos. Después oigo que suspira con resignación.

Noto la mochila que llevo en la espalda más pesada que al principio, así que me la quito y la dejo en el suelo. Mientras lo hago, aprovecho para calmarme.

—Ven —me ordena él en un tono más dulce, y me ofrece una mano.

Se la doy y, al instante, él tira de mí hasta que me quedo a su lado en la cama, pegada a su pecho.

Ambos permanecemos de costado de esta manera durante unos minutos sin decir nada, solo disfrutando de la cálida presencia del otro.

Fijo la vista en la puerta y pienso lo mucho que significa para mí: podría estar al otro lado en lugar de estar aquí, entre los brazos de Alex.

Ojalá lo que deseo coincidiera con lo que debo hacer.

—Tengo que irme pronto, Alex. Le prometí a tu tía que, después de verte, me marcharía con ella —digo despacio y muy atenta a su reacción. No le comento que mi intención es, en realidad, escaparme a casa de Marta antes de que Sofía venga a buscarme.

Siento como el cuerpo de Alex se pone rígido a mi espalda y tengo que hacer un increíble esfuerzo para no darme la vuelta. Sé que si lo hago perderé toda la determinación que he ido reuniendo cada minuto para cuando llegase este momento.

—¿Alex?

De pronto, él se sitúa encima de mí con asombrosa rapidez. Luego apoya un codo a cada lado de mi cabeza y me hace callar.

La silenciosa advertencia que veo en sus sombríos ojos me termina de convencer del todo y hago lo que me pide.

—Quédate quieta y no digas nada —me manda con un dedo entre los labios.

Después, se mueve hacia un lado para coger mi mochila y la empuja debajo de la cama sin explicarme aún lo que pretende o por qué actúa de ese modo tan misterioso. En cuanto termina, hace que me deslice un poco hacia la zona inferior del colchón y echa el edredón sobre nosotros, de modo que quedo oculta.

La maniobra parece haberlo dejado extenuado, pero no se queja ni demuestra que le importe. Al poco, él debe de notar mi preocupación, porque me acaricia un instante la cabeza antes de quedarse por completo quieto.

Dos segundos después oigo un ruido: alguien entra en la habitación, un sonido mitigado por el edredón que me cubre. Tengo la cabeza justo a la altura del vientre moldeado de Alex y parte de su camiseta cae sobre mi cara, dificultándome la respiración.

Alex se ha colocado de tal modo que su peso no llega a recaer por completo sobre mí, pero aun así me siento agobiada.

Esto no se parece al plan que yo había ideado.

Pum, pum, pum.

Juro que el corazón me late tan alto que temo que él y la otra persona que acaba de entrar puedan oírlo también.

—Beca, soy yo, Sofía. Tenemos que marcharnos ya —dice, y se queda en silencio. Intuyo que trata de percibir el más mínimo ruido. Me quedo callada siguiendo las órdenes de Alex. Pero lo cierto es que no quiero irme con ella —. ¿Beca? ¿Estás ahí? No hay peligro, puedes salir de tu escondite —me informa—. ¿Beca? ¡Maldita sea! ¿Dónde se habrá metido ahora esta cría? —

masculilla con la voz tensa.

«Ha venido a buscarme», pienso con cierto remordimiento.

Me remuevo un poco y Alex me aprieta el hombro para que esté quieta.

Cuando por cuarta vez Sofía repite mi nombre, no aguanto más y decido que ha llegado el momento de enfrentarme a ella, pero entonces Alex deja caer de golpe todo su cuerpo sobre el mío, impidiéndomelo una segunda vez.

«¡Dios mío! Estoy atrapada del todo: mi boca está rozando la costura de los *boxers* negros de Alex y todo mi aliento queda retenido entre su ropa interior y mis labios. Va a asfixiarme —me grito a mí misma—. ¿En qué está pensando?».

—¿Alex? Alex, ¿estás despierto? —pregunta la voz de Sofía.

El repentino movimiento de Alex la ha alertado.

«¡Ay, madre mía!». Tengo una sobredosis de calor.

Trato de salir y mis dientes se clavan sin querer en la piel de Alex cuando él me presiona más contra el colchón para que desista de mis intenciones. Lo oigo gruñir y noto que, debajo, algo adquiere forma entre sus piernas de una manera muy peligrosa.

«¡Ay, Dios mío! ¡Me muero!», pienso cerrando mucho los ojos y santiguándome mentalmente.

He comenzado a sudar.

—Estoy despierto, Sofía. ¿Tú también vienes a soltarme un discurso? —replica Alex en un tono brusco—. Entonces será mejor que te vayas. Me duele la cabeza y quiero dormir.

—Está bien, Alex. No quería molestarte. Solo estaba preocupada por ti y venía a echar un vistazo rápido, pero veo que tienes el mismo humor de perros que mi hermana. Debe de ser hereditario —añade bajando la voz—. Oye... ¿no crees que ya va siendo hora de que seas un poco más sensible conmigo? Soy tu tía y lo que pasó entre nosotros ocurrió ya hace mucho tiempo. ¿Por qué no eres un poco más amable? Tal vez podríamos hacer una tregua. Algo así como chocar los cinco o darnos un abrazo. ¿Qué te parece?

Alex carraspea; aún no he llegado a enterarme de qué es lo que sucedió entre ellos dos en el pasado porque él no lo permite.

—Está bien, Alex. Capto el mensaje: no soy bien recibida. Haré lo que quieres por ahora, pero no pienso rendirme. —Alex se aclara la garganta

todavía más fuerte—. Tranquilo que ya me marchó —acepta a regañadientes Sofía.

Un extraño silencio invade la habitación y de algún modo todo mi cuerpo entiende que su tía sigue todavía con nosotros. Mi presentimiento queda confirmado cuando noto que Alex no se relaja.

—Por cierto, sobrino, ¿no ha venido nadie más por aquí?

Capítulo 19

BECA



El corazón me da un salto al oír su pregunta. Estoy temblando y me siento llena de adrenalina, de temor, de angustia y de otras emociones a las cuales no logro siquiera poner nombre.

La situación entre Alex y yo no tarda en empeorar. Él casi puede contenerse y yo apenas sé qué hacer para calmar el alarmante bulto que se ha creado entre sus pantalones.

Está muy excitado y yo comienzo a tener pensamientos que no son los más apropiados para una buena chica. Siento deseos de... y mi boca está...

—¿A quién te refieres? —ruge Alex, y yo paro de imaginar cosas.

Casi puedo oler su instinto asesino cuando responde a Sofía. Espero que ella desista pronto de su interrogatorio por el bien de todos.

Me estoy quedando sin oxígeno aquí debajo.

—A nadie... Tranquilo. Ya no te molesto más —contesta con lentitud Sofía. Parece reticente a marcharse. Tal vez no se crea las palabras de Alex—. Descansa bien, sobrino. Tienes muy mal aspecto —se despide con un tono de voz que denota preocupación. Suena sincera.

Golpeo mi frente contra el estómago de Alex y rezo para que se dé cuenta de lo que me sucede.

Cuento los pasos que Sofía da como si fueran mis últimos segundos con vida. «¡Por favor, que esto acabe ya!», ruego en silencio.

Nada más se cierra la puerta, levanto apresurada las manos, tiro de la

cintura de los pantalones de Alex para echarlo a un lado y escalo hacia fuera deshaciéndome de todo lo que está en mi camino.

Apoyada sobre las rodillas y las manos, dejo durante unos instantes que el aire penetre en mis pulmones hasta que la sensación de asfixia se desvanece.

Alex me pone una mano sobre los hombros y me acaricia.

—Rebeca... Rebeca, ¿estás bien? —pregunta de un modo sospechoso.

Lentamente, alzo la barbilla y le dedico una mirada cargada de ironía, pero la borro enseguida cuando veo que Alex exhibe una sonrisa ladeada y que sus ojos brillan de un modo pícaro y juguetón.

Me quedo sin aliento.

La boca se me seca.

Bajo la vista muy despacio hasta su entrepierna y entonces descubro que eso enorme sigue ahí vivo.

«¡Madre mía! Muy vivo, de hecho», pienso, y trato de no mirar, aunque es inevitable que vuelva a comprobarlo.

Todo mi enfado se disipa y siento que me ruborizo intensamente.

Acalorada, cojo un cojín negro y, con la cabeza girada a otro lado, lo coloco en lo que espero que sea un lugar apropiado. Alex hace una mueca burlona.

—Supongo que ya estás mejor —responde él mismo por mí, y se retira hacia atrás con un suspiro cansado y el cojín en su regazo.

A continuación, apoya la nuca en el cabecero de la cama y cierra los párpados. Parece como si estuviera sumando números, y me pregunto si de verdad eso es de ayuda en este tipo de situaciones.

De pronto comienzo a tener hipo. Lo ocurrido entre nosotros ha debido de dejar conmocionado todo mi sistema neurológico.

—Lo siento —me disculpo, pero Alex no responde. Ha dejado de murmurar.

Intrigada, me aproximo hacia él, y, sorprendida, me doy cuenta de que no lo oigo respirar. De repente siento que toda la sangre se me va de las venas.

Al sentir la sacudida de mi cuerpo, retengo el aire en mis pulmones y lo suelto despacio, pero el hipo regresa con mayor fuerza. Me tapo la boca y, con la otra mano, efectúo un gesto delante de la cara de Alex, pero él no reacciona. Ya muy inquieta, sitúo un dedo bajo los orificios de su nariz.

Gracias a Dios, ha vuelto a respirar.

—¿Alex? —lo llamo, pero él no contesta.

Me acerco un poquito más y agitó de nuevo una de las manos sobre él. De manera inesperada, Alex toma mi muñeca y me da tal susto que doy un respingo.

Parpadeo.

El hipo ya se me ha ido.

—Duerme un poco, Rebeca —dice sin abrir los ojos, con la mandíbula tensa.

Decido no contradecirlo. Asiento con la barbilla y tomo sitio a su lado evitando pegarme mucho a él y molestarlo con mi cercanía.

Crispado, Alex hace un ruidillo que me confunde. Después me termina atrayendo hacia su pecho de un modo posesivo.

—Tonta —se burla.

Me relajo. Él está bien.

—Idiota —replico con una risita.

—Pero soy un idiota que te gusta, lo cual... —dice Alex mientras acaricia perezosamente mi estómago— te convierte en una doble tonta. Una tonta perfecta para mí —concluye arrastrando la última palabra. Luego nos cubre con la manta y se deja caer hacia mí despacio, de modo que si alguien entra de nuevo por la puerta, le sea más difícil verme.

Un millar de mariposas revolotean en mi estómago con ese pequeño gesto. Será la primera noche que pasemos entera durmiendo juntos de esta forma, y siento que debería estar enfadada con Alex por lo que ha hecho.

No puedo dejar que el sueño me venza, solo estamos engañando al peligro durante un tiempo muy corto; estoy segura de que Alex también lo sabe.

Me remuevo inquieta. «Solo me quedaré aquí hasta que se haya dormido y luego me marcharé», decido.

—No puedo alejarme de ti, Rebeca —susurra de pronto él, y me hace dudar durante un instante con sus repentinas palabras. ¿Cómo puede leerme tan bien?, pienso—. Es hora de que lo sepas: vas a tener que responsabilizarte de lo que me has hecho y de lo que siento por ti, porque no voy a dejarte marchar. —Suena amenazante, pero también tierno, cuando lo dice.

Su mensaje me hace parpadear de alivio y de emoción, pero también de temor por lo que pueda ocurrir mañana. «¿Y si esta se convierte en nuestra última noche juntos?», medito.

Una parte de lo que Alex ha dicho me recuerda a lo que yo le dije hace tan solo un rato, cuando creía que estaba descansando. Y entonces me preguntó qué más habrá escuchado.

Entreabro los labios y exhalo un leve suspiro, por el que dejo huir parte de mis miedos, pero no todos.

«La bola de billar... —reflexiono—. ¿Y si la bola no cayó al suelo por casualidad mientras Sofía y yo estábamos hablando?».

—Tu familia. No creo que... —empiezo a decir pensando en la seria advertencia de Sofía de que me alejara de Alex.

—No pienses más en mi familia, Rebeca. —Se queda callado y pensativo, como si un molesto asunto le rondara por la cabeza—. Cuando llegue el momento, juntos buscaremos la forma de salir adelante. Ahora, ya que no podemos ir a otro lugar, disfrutemos de esto y de nosotros. Prométemelo, mi musa.

—Lo prometo, Alex —digo de inmediato.

Tiro del edredón y trato de relajarme. No obstante, a pesar de sus palabras, siento que no podré decidir nada hasta que al menos haya hablado con mi madre sobre lo que dijo Sofía. Lo único que me retiene de salir corriendo de aquí ahora mismo y preguntarle a ella lo que sabe es la presencia de Alex a mi lado y el hecho de que la verdad sobre el pasado de mi familia tal vez me separe de una forma definitiva de él.

—Pero en algún momento tendrás que hablar con ellos —insisto—. Aunque Elisa y yo ya conocemos tu identidad. Ninguna puede cubrir el hueco que ocupa tu familia en tu corazón. La necesitas para recuperar lo que has perdido y hacer justicia contigo mismo.

Alex suelta una carcajada triste y un poco cínica.

—Pensaré en lo que me has dicho, Rebeca —responde despacio, y me revuelve el pelo con cariño—. Lo prometo.

Después volvemos a quedarnos callados durante un rato, pero aún no me siento satisfecha. Hay algo que Alex merece oír de mi boca ahora que sé que está consciente.

—Alex, yo tampoco —murmuro con timidez.

—¿Tampoco qué? —inquire, y luego le oigo bostezar.

—Aunque quisiera, tampoco podría alejarme de ti —digo, y él interrumpe su bostezo abruptamente.

Aunque no dice nada, al poco noto que se inclina sobre mi nuca y que sus suaves labios la tocan fugazmente deslizándose primero a un lado y luego hacia el otro. El roce es tan ligero que imagino que una mariposa acaba de batir una de sus alas sobre mi pelo. Este detalle me resulta tan intenso como si fuera un beso en la boca. Me estremezco.

De pronto un recuerdo asalta mis pensamientos.

—Alex..., antes me pediste que repitiera algo. ¿Quieres que lo haga ahora? Si me dices de qué parte se trata, lo haré para ti —digo soñolienta, aunque con cierta curiosidad.

Escucho su risa grave y baja.

Su aliento produce un hormigueo en mi piel.

«¿Qué le produce tanta gracia?».

—Ya lo has hecho, mi musa —responde Alex con un deje de misterio y satisfacción que hace que desee saber más.

—¿Cuándo? ¿Ahora, al principio? ¿Qué parte...?

Me giro, pero Alex me ayuda a acomodarme de nuevo a su lado con suavidad y apoya mi cabeza sobre su pecho.

—Duerme, mi musa —murmura sobre una de mis sienes.

Luego lo noto moverse y, a continuación, siento que me rodea con fuerza de la cintura. Una aureola de calidez se expande por todo mi vientre.

Alex no vuelve a hablar. Al final, los somníferos han hecho efecto en él.

Poco después, cuando cojo una de las mullidas almohadas negras para colocarla detrás de la cabeza de Alex, encuentro una pastilla blanca sobre la sábana bajera.

Alex no ha tomado la medicina prescrita por el doctor.

Capítulo 20

BECA



Algo se desliza entre mis pies y, súbitamente, sube por mis piernas provocándome un escalofrío.

—Alex... —murmuro todavía medio dormida. Ha abierto las cortinas y los rayos del sol alcanzan mis ojos cerrados al cambiar de posición en la cama—. Para, estás haciéndome cosquillas —refunfuño, aunque noto que una pequeña sonrisa empieza a extenderse por toda mi cara.

La lengua húmeda de Alex está recorriendo la parte interna de una de mis piernas y me hace estremecer, pero de algún modo lo siento raro y diferente.

De repente, se detiene.

«¿Me ha hecho caso?», pienso anonadada.

Los segundos transcurren sin que nada suceda, por lo que me relajo y trato de conciliar el sueño de nuevo, pero me he confiado demasiado pronto. Al poco, otra vez lo siento volver al ataque muy cerca de mi oreja. Me ha dejado un rastro de saliva por la mejilla y su respiración suena demasiado agitada. Incluso huele mal.

—¡Alex! —gruño, y le tiro un cojín—. Eso ha sido asqueroso. Lávate los dientes y, por favor, déjame dormir un rato más —le suplico risueña, y acto seguido escondo la cabeza bajo la almohada.

Entonces ocurre algo diferente: recibo un pequeño mordisco en una de las nalgas y, de forma instintiva, todo mi cuerpo pega un salto.

—¡Ay, Dios mío! —gimo dolorida hundiendo la frente en el colchón—.

¡Alex! ¡Me has hecho daño! —me quejo al mismo tiempo que froto la zona afectada.

Inesperadamente, oigo en ese momento el ruido de la cadena del váter y el de una puerta que se abre de golpe. La sangre se me hiela en las venas y me quedo muy quieta, sin saber cómo reaccionar.

A unos centímetros de mi oído suena un ladrido, y yo me arrimo con torpeza y tan rápido como soy capaz al cabecero de la cama.

El corazón me late a toda prisa desbocado y el cuerpo, lleno de adrenalina, me tiembla.

Un extraño pero hermoso perro color canela, cuya piel se amontona en forma de acordeón, se sube sobre mi regazo con las patas delanteras alzadas y la boca abierta pidiendo cariño.

Es el mismo perro que anoche se lanzó sobre Sofía: Velázquez.

«¿Cómo ha logrado entrar aquí?», me pregunto tratando de calmar mis locas palpitaciones.

El animal me mira con ojos saltones y brillantes y no consigo concentrarme más.

Alex aparece justo a tiempo y agarra a Velázquez, con lo que evita que este me dé un nuevo lengüetazo. Enfadado, le pasa una mano por el hocico.

—No toques lo que no te pertenece, chucho —le advierte con una poderosa voz que me pone el vello de punta. Velázquez se encoje sobre sí mismo al oírlo, pero cuando Alex se vuelve para mirarme, el animal le muerde la mano, a lo que, sorprendido, Alex lo suelta de golpe con una mueca de dolor. Para cuando quiere darle caza, Velázquez ya ha huido de la habitación a toda prisa.

Por suerte para él.

Alex se queda mirando la puerta entreabierta del cuarto con el ceño fruncido. Entonces caigo en la cuenta de que él acaba de salir del baño y no del pasillo. Alguien ha entrado mientras yo estaba dormida y Alex en el servicio. Y esa persona ha debido de ser la misma que ha dejado pasar a Velázquez dentro. Un mal presentimiento me recorre el cuerpo y se instala en mi pecho.

Oigo a Alex gruñir.

Preocupada por él, me levanto para examinar su mano herida. Le ha

mordido justo la que lleva vendada. Una mancha en forma de arco y con puntitos rojos tiñe poco a poco su vendaje.

No obstante, él ni siquiera me presta atención mientras compruebo que no tenga más heridas en los dedos; continúa con la vista fija en la puerta. Le oigo mascullar en voz baja y entre dientes. No me hace falta saber ruso para tener una ligera idea de lo furioso que está.

—Alex..., tu mano... —digo, y trato de pensar en cómo puedo ayudarlo. Él vuelve la cabeza hacia mí como si no me hubiera visto hasta ese momento y su expresión se dulcifica un poco.

—No es gran cosa, Rebeca —le quita importancia con el rostro impasible, y se aparta. A pesar de ello, noto por la manera en que sacude los dedos que no está siendo del todo sincero—. Y tú, ¿estás bien? —se interesa, y me examina de arriba abajo con preocupación. Al aproximarse, poco a poco el brillo de sus ojos cambia y pasa de mostrar una inquietud a un interés mucho más personal, sediento y casi intimidante.

Hay fuego en su mirada.

Sigo la dirección de sus pupilas, que no parecen tener fondo, y es entonces cuando me percató de que llevo mucha menos ropa que anoche, cuando me acosté. Únicamente, un sujetador rosa y una fina braga de encaje a juego.

De inmediato, me cubro con la sábana arrugada, y muy acalorada lanzo una mirada acusadora a Alex.

Él pone las manos en alto.

—¡Eh, mi musa! No me mires así. Yo no he sido el que te quitado la ropa —suelta ofendido, aunque, por la mueca que trata de ocultar, es evidente que está disfrutando de la escena o, mejor dicho, de lo que ve—. Al menos no esta vez —añade con sarcasmo.

Entorno los ojos.

Él imita mi gesto de manera cómica.

Levanto una ceja y él hace lo mismo.

Parece que su mal humor se ha disipado, así que le sigo el juego y dejo de pensar en todo lo demás.

—Está bien, Alex. Tú no has sido, pero entonces... —Me llevo una mano a la frente—. ¡Oh, Dios mío! ¿El perro? —replico abriendo mucho los ojos

—. No puede ser —vacilo.

Alex se echa a reír ante mi desconcierto.

—¡Eh! No te rías. Yo no le veo la gracia por ningún lado —digo, y acongojada evoco cómo Velázquez se ha colado entre las sábanas hace tan solo un momento—. No puede ser —repito en voz baja, y trato de recordar todo lo que hice ayer por la noche. Se supone que iba a mantenerme despierta hasta que Alex se quedara dormido y que después tomaría todas mis cosas e iría a casa de Marta, pero me dormí y, como consecuencia, esta mañana alguien ha entrado y es posible que me haya visto casi desnuda en la cama.

Alex suelta otra carcajada aún más ruidosa y estentórea que la anterior y me devuelve a la realidad. Mosqueda, le doy un golpecito en el pecho con el puño y de pronto él para de reír. Su expresión se endurece.

—Rebeca —me llama, y luego se inclina sobre mí de manera desafiante. Acerca sus labios a mi oreja y susurra con voz ronca—: Eres peligrosa cuando duermes.

Trago saliva con esfuerzo.

—¿Por qué lo dices? —pregunto, y me temo que haya podido hacerle algo horrible a Alex durante la noche. Agarro con más fuerza la sábana.

La boca de Alex me roza de forma deliberada el lóbulo.

Todo mi cuerpo se convierte en una tabla de planchar y solo se relaja cuando él se echa hacia atrás con otra perversa y sensual sonrisa de su colección. Definitivamente, no va a responder a mi pregunta.

Incapaz de aguantar durante más tiempo el cúmulo de emociones a las que él consigue someterme con su sola presencia, aparto la vista y centro toda mi atención en el sofá con forma de huevo que hay junto a un apartado situado a la derecha de la habitación, que hace las veces de pequeño salón.

Parte de una manta cae por un lado del sofá, y enfrente veo unos mandos de consola sobre una extraña mesa de cristal que ni siquiera sé cómo describir.

Vuelvo a fijarme en las pronunciadas sombras bajo los ojos de Alex.

«Ha debido de pasar toda la noche en vela preocupado por mí», pienso, y recuerdo la pastilla que he encontrado bajo una de las almohadas.

Me muerdo el labio inferior llena de remordimientos y me acuerdo de las palabras de la madre: «Desde que sale con esa niña, Alex ha renunciado a sus

estudios y a su brillante futuro. Incluso ha puesto en riesgo su vida en varias ocasiones por ella. ¿Quieres que también pierda al único hijo que me queda por un absurdo capricho pasajero, Sofía?».

Me lleno de aire los pulmones y tomo una decisión.

—Alex, tengo que irme —digo con toda la firmeza de la que soy capaz.

Sus ojos se reducen al oírme hablar.

—Lo comprendo. Te acompañaré a casa —responde, y va hasta el armario, de donde saca una camisa a cuadros grises y blancos nueva.

—Alex... Después..., ¿vas a regresar aquí o irás a la residencia? —titubeo.

Él se detiene justo cuando está pasando su largo y fibroso brazo por una de las mangas.

—Regresaré y hablaré con mi madre —dice despacio, y luego me mira.

No me atrevo a preguntarle si también le mencionará su verdadera identidad. Cierro ambas manos con puños tan apretados que los nudillos se me blanquean. Alex se da cuenta y junta las cejas hasta que su ceño casi desaparece.

—¡Eh, mi musa! No voy a dejar de verte. —Hace una pausa y me observa expectante, pero lo que ve en mí no parece ser lo bastante satisfactorio para él.

Disgustado, chasquea la lengua y con un par de largas zancadas cierra la distancia que nos separa en un instante. Después toma con un ademán posesivo mi barbilla antes de que pueda reaccionar y besa con ternura mis labios hasta que yo lo sigo. Siento como nuestros corazones palpitan donde nuestras lenguas se tocan y que mis pies tratan de resistirse inútilmente a flotar sobre el suelo que atenaza mis tobillos como esposas.

Aprieto los ojos con fuerza y deseo que esto nunca acabe, pero en algún momento termina y Alex se separa. El recuerdo de su boca sobre la mía permanece todavía muy vivo en mi paladar.

La respiración de Alex suena entrecortada y excitada.

—No deberías haber venido hasta aquí con Sofía, pero no puedo dejar de sentirme contento porque estés conmigo y por saber que estás bien.

Contemplo su rostro duro e inflexible, esa combinación rusa y española de pómulos prominentes y mentón alzado con orgullo, así como las pálidas

líneas de tensión que se dibujan sobre su boca.

—Lo sé, Alex —respondo decidida a confiar en sus palabras. Parpadeo y lo miro—. Te quiero —declaro sobre la tierna piel de sus labios hinchados por el beso que acabamos de compartir, y no me avergüenzo de decírselo.

Los ojos de Alex brillan de la emoción, y él me abraza con un posesivo gesto contra su cuerpo.

—Te quiero, mi musa.

Al cabo de un rato, tomo mi mochila para cambiarme de ropa y aprovecho para echar un vistazo a mi alrededor. La habitación está decorada con un riguroso blanco y negro, al igual que el cuarto que Alex comparte con Carlos en la residencia. La única diferencia radica en la cantidad de aparatos tecnológicos que contiene el espacio, mucho mayor, quizá incluso dos o tres veces, que el salón de mi casa. Aunque nunca me he alojado en un hotel de lujo y solo he podido verlos en las películas, intuyo que este lugar no debe de ser muy diferente a la suite más cara del Petit Palace, ubicado a pocos metros del edificio, en el mismo barrio de Salamanca.

Entonces me doy cuenta de algo importante: la madre de Alex se ha esforzado por que esta habitación se adapte a las necesidades de su hijo hasta en el más mínimo detalle. A pesar de todo, solo puedo sentir soledad y un frío que me estremece en este lugar. Cuanto más lo pienso, más me percató de que Alex y yo vivimos en mundos muy diferentes.

Mi madre no podría competir con algo así aunque quisiera, pero me ha demostrado su cariño de una y mil maneras distintas: cuando llego del trabajo agotada y encuentro mi comida preparada con una nota; cuando de noche entra a hurtadillas en nuestra habitación y nos da a Natalia y a mí un beso en la mejilla de buenas noches, o cuando masajea mis pies al vérmelos hinchados.

Me recojo el pelo en una coleta alta y termino de vestirme. Cuando voy a tomar un vaso de agua, tiro sin querer una pequeña toalla al suelo. Y entonces lo veo: mi móvil. Y recuerdo las palabras que oí decir al otro lado de la línea, con sorpresa:

—¿Rebeca? Rebeca, ¿eres tú, hija?

Mi corazón empieza a latir muy rápido. Después de que mi padre respondiera a la llamada, Sofía me arrebató el móvil y lo apagó, pero no me

lo devolvió y tampoco tuve tiempo para recuperarlo. Escuché un ruido en la habitación de Alex y me olvidé por completo de él hasta ahora.

Esto significa que Sofía sabe que estoy aquí con Alex.

Mirado de reojo a Alex, que, cada vez más inquieto, parece estar buscando algo.

—¿Qué sucede? —inquiero preocupada. El pelo le cae desordenado y húmedo sobre la frente y sus amplios hombros están tensos.

—¿Has visto mi llaves? Deberían estar en el bolsillo de mis pantalones —pregunta, y se pasa una mano por detrás del cuello.

—No. Tal vez ayer se te cayeron durante el camino —sugiero, y miro entre las sábanas de la cama y debajo de ella.

No hay nada.

—Tal vez... —Se queda quieto, con la mirada perdida, y de repente alza la cabeza—. Voy a salir un momento, por si se me han caído en el ascensor, Beca. No te muevas de aquí —dice, y se marcha sin esperar mi respuesta.

Tengo un pálpito sobre todo esto.

Aprieto con fuerza un puño y luego lo abro.

Siento que la desaparición de las llaves de Alex está relacionada con la repentina aparición de mi teléfono.

Enciendo el móvil y aguardo a que todos los avisos de llamadas y de mensajes se acaben. A continuación marco el número de Sofía.

—Buenos días, Beca. Te estaba esperando.

Capítulo 21

BECA



—Buenos días, Beca. Te estaba esperando... desde ayer —añade Sofía con un matiz molesto en su voz que no me pasa desapercibido.

Un escalofrío sembrado de inquietud atraviesa mi columna vertebral. Está irritada.

—Lo siento, Sofía. Me ha sido imposible —me disculpo, y pienso en el cuerpo de Alex, que ha impedido que pudiera salir de la cama.

Mis mejillas se calientan.

La imagen de los *boxers* negros de Alex ceñidos a sus delgadas caderas y de los duros músculos de su abdomen presionando mi frente viene a mi cabeza.

Aprieto los ojos con fuerza hasta que la escena se desvanece de mis pensamientos. No es un buen momento para fantasear.

—Supongo que mi sobrino puede ser muy convincente, ¿verdad? —espeta Sofía en tono amigable, como si hubiera leído mi mente. Luego su voz adquiere de forma gradual una mayor seriedad—. Habéis cometido una gran estupidez. Los dos. Beca, tienes que salir de ahí ahora mismo antes de que se entere mi hermana. Me imagino que comprendes la gravedad de la situación, ¿verdad? —Hace una pausa y la oigo resoplar—. Enviaré a alguien para que te recoja. No te muevas de allí.

—No es necesario —rechazo su ofrecimiento sin dudar—. Estoy a punto de irme por mi propio pie, pero no voy a alejarme de Alex, Sofía.

—Y supongo que me has llamado para dejármelo claro, ¿no, Beca? Qué valiente...

Me quedo en silencio y, preocupada, echo un vistazo a la puerta. Por suerte, Alex todavía no ha vuelto, pero temo que alguien lo haya retenido por el camino.

Noto que la respiración de Sofía suena más fuerte, y ella comienza a hablarme como si estuviera tratando con mi hermana de cinco años.

—Mira... Es muy bonito que los chicos viváis a vuestra edad dentro de pompas de jabón e imaginéis que sois invencibles. Pero estás sobrepasando el límite de mi paciencia, Beca. Ayer fui bastante clara cuando dije que tenías que despedirte de mi sobrino. Ya escuchaste a mi hermana. Ella quiere investigar a tu familia y, cuando lo haga, entonces descubrirá que tu padre cometió un fraude con su empresa hace dos años, que tu madre es una friegasuelos y que tú llevas desde los dieciséis años haciendo diferentes trabajos que no tienen ningún futuro, pero que a pesar de ello casi no llegáis a pagar las cuentas del mes a causa de las deudas. ¿Debo también hablar acerca de tus hermanos o de cómo tu familia estuvo implicada en la muerte de Eduardo?

Intento mantenerme calmada, pero no logro evitar que el frío me corte como una espada afilada cerca del pecho.

El estómago se me revuelve y lo contengo llevándome una mano al vientre. No me importa lo que diga de Daniel o de mí, pero no puedo permitir que se meta con mi madre o con alguno de mis hermanos. Ya hemos sufrido bastante.

Aparto el teléfono un instante y balanceo mi cuerpo sobre un pie. Luego cuento hasta tres, como vi hacer hace un rato a Alex, y retomo la conversación.

—Elisa... —empiezo a decir, y Sofía para automáticamente de hablar. Nunca mi voz había sonado tan carente de emociones como ahora, pero tampoco nadie había hablado jamás con aquel desprecio de mi familia. Siempre hemos vivido gracias a lo que nosotros podíamos conseguir con nuestro propio esfuerzo, sin pedir favores a otras personas—. Sara me pidió que no dijera nada a Alex sobre la relación que tiene ella contigo... —continúo.

Como si acabara de convocar algún tipo de encantamiento, la conversación que mantuve con Sara junto a su despacho se repite en mi cabeza.

«—Y Alex... ¿sabe todo esto, que no son primos carnales? —pregunto despacio, con el ceño arrugado por la inquietud y un sentimiento casi de enfado.

—No lo sé —reconoce Sara tras una breve pero intensa pausa llena de emociones—. Durante mucho tiempo Sofía lo ha mantenido en secreto y no ha dicho nada a su familia, aunque es posible que Alex sospeche algo...».

Otro recuerdo sustituye al anterior con mayor vehemencia y me traslada a la pista de baile del Florida Night. La música llena mis pensamientos y las luces de colores me hacen pestañear. Alex y Carlos están a mi lado. Sara acaba de marcharse para atender la barra y Alex me pasa un brazo por la cintura y me estrecha contra él.

«—En realidad, mi tía está casada con un multimillonario a punto de palmarla —me explica».

—¿Qué estás tratando de insinuar, Beca? —inquieta Sofía suspicaz, y me devuelve al presente—. No comprendo qué relación tiene mi hija con lo que acabo de decir.

Creo que he tocado su fibra sensible, pero no voy a amilanarme. De algún lugar dentro de mí saco las fuerzas para seguir hablando.

—Verás —digo, y me coloco mejor el móvil en mi oreja—. Hay algo que me he estado preguntando todo este tiempo desde la noche en que llevamos a Elisa al hospital... Alex me comentó que estabas casada, pero cuando por fin os vi a ti y a Sara no había ningún hombre que te acompañara.

—Supongo que Alex también te habrá contado lo enfermo que está mi marido. Su estado de salud no le permite ir a ningún lado —espetea mordaz Sofía. Ha dejado de ser la amable hermana mayor.

—Sí, me lo ha contado.

Me quedo callada. Mi cabeza es un cúmulo revuelto de pensamientos entre temerosos y valerosos que luchan entre sí.

—¿Entonces? —me apremia Sofía.

Solo tengo un presentimiento y me lo estoy jugando todo por él.

Capítulo 22

BECA



El corazón me va a mil por hora, y espero que ella no lo note. Aprieto la carcasa del móvil hasta que mis dedos se quedan blancos y lanzo la bomba final.

—Elisa fue hospitalizada de urgencia; sin embargo, ni Sara ni tú aparecisteis hasta la mañana del día siguiente.

—Quieta ahí, chica. ¿Me estás diciendo ahora cómo debo hacer las cosas con mi propia hija? —contesta escandalizada.

—No he terminado de hablar, Sofía —la interrumpo—. Aquella misma noche Sara me dijo que nadie de tu familia sabía nada sobre la adopción de Elisa. ¿Incluye eso también a tu marido?

—¿Primero me juzgas y ahora te atreves a amenazarme? —suelta de pronto Sofía con una carcajada tensa.

La brujilla de mi interior pega un salto de victoria. Sabía que había algo sospechoso detrás de tanto secreto sobre la adopción de Elisa.

—No —respondo sin dejar que su tono burlón me intimide lo más mínimo.

—Entonces, ¿por qué siento que sí lo estás haciendo?

No le respondo y ella suspira y luego ríe. Su risa, en voz alta, suena casi como si sintiera cierta admiración por cómo han cambiado las tornas. Mientras tanto me quedo callada y a la espera de que termine. Ya he dicho todo lo que tenía que decir...

—Está bien, Beca. Por esta vez te ayudaré y me mantendré al margen. Lo haré solo por lo que te preocupaste por Elisa y porque hay algo que le debo a mi sobrino desde hace tiempo, pero no te formes falsas ilusiones. No voy a apoyarte sin obtener algo a cambio que me asegure que no vas a echarme atrás. Aunque no lo creas, aprecio de verdad a mi sobrino y no voy a permitir que nadie vuelva a hacerle daño.

—¿Algo a cambio? —pregunto intrigada—. ¿De qué se trata?

La línea se queda en silencio y mi curiosidad aumenta cada vez más. Sofía está urdiendo algún tipo de plan.

«Esto no me gusta nada...», pienso.

—Tal vez sea mejor que te rindas en este mismo momento, Beca. Valoro tu absoluta convicción, incluso me recuerdas a mí misma con unos años menos, pero no vas a ganar esta pelea contra mi hermana. No eres la primera chica que se acerca a los Kirov, créeme.

Cuanto más trata Sofía de convencerme de que desista, más ganas tengo de seguir adelante.

—Primero háblame de lo que quieres de mí y después yo decidiré. En cualquier caso, no vas a conseguir que cambie lo que siento por Alex.

El corazón me late con violencia y la sangre me hierve por todo el cuerpo debido al subidón de adrenalina.

—De acuerdo, Beca. —Oigo un ruido de uñas que golpea contra una superficie—. Espera un momento, por favor.

Sofía debe de estar en su despacho en ese mismo momento, porque escucho que alguien que intuyo que es su secretaria le hace unas preguntas acerca de una campaña que están llevando a cabo para su nuevo producto. Aprovecho y tomo un vaso de agua.

Las piernas me tiemblan como flanés después de toda esta pelea de poder a la que no estoy acostumbrada.

Doy unos pasos hacia la puerta, alcanzo el tirador y descanso la frente apoyándome en su superficie.

Me siento realmente preocupada por el retraso de Alex. Ya debería haber llegado. Mi móvil vibra y un mensaje de llamada en espera salta en la pantalla. Laura me está telefoneando.

—Perdona, Beca. Tengo que dejarte, pero quiero que te reúnas conmigo

la próxima semana para hablar sobre lo que hemos dejado pendiente. ¿Todavía tienes mi tarjeta?

—Sí —respondo al instante.

—Perfecto. Ven a verme a mi despacho cuando tengas un rato libre, pero no me hagas esperar mucho o me retractaré de mi ofrecimiento. Que tengas un buen día.

A continuación, Sofía cuelga sin esperar a que me despida.

Al instante, atiendo la llamada de Laura.

—¿Qué pasa? —Mi voz suena demasiado cargada por la tensión, así que me aclaro la garganta y vuelvo a preguntárselo con más suavidad.

—Hola, Beca. Siento si te he molestado, pero... ¿estás ocupada ahora para hablar?

Aunque con el volumen bajo, de fondo se puede oír a Britney Spears cantando «Womanizer», una de las canciones que Laura escucha solo cuando hay problemas. Casi puedo imaginármela bailando con su albornoz de lunares verdes al mismo tiempo que se hace trenzas en el pelo como si quitara pétalos a una margarita. E intuyo que, si me ha llamado, su cabeza ya debe de estar llena de ellas.

—Un poco, pero dime, ¿ha ocurrido algo? —pregunto, y tras coger mi neceser de la mochila voy al baño.

A diferencia del aspecto lujoso de la habitación, el baño resulta bastante sencillo: solo tiene los muebles y los artículos de aseo necesarios para salir del paso, como si no les hubiera dado tiempo a terminarlo. Busco dentro de mi neceser el cepillo de dientes, pero descubro que solo llevo el maquillaje. Natalia ha debido de estar jugando de nuevo con él, y con las prisas yo me he olvidado de revisarlo.

Resignada, miro a mi alrededor; dentro de un vaso de cristal que hay junto al espejo ovalado encuentro un tubo de pasta abierto que parece que Alex debe de haber utilizado hace poco, pero por ningún lado veo un cepillo, así que me extiendo el dentífrico blanco y azul con olor a menta con uno de los dedos.

—¿Trabajas mañana en La Abuelita?

—Sí.

—¿Hasta qué hora? —pregunta Laura.

Me enjuago la boca antes de responder y vuelvo a repetir la operación.

—Laura, ¿no puedes solo decirme qué pasa?

—Es sobre Marta. Le ha preguntado a Xavi si quería salir con ella —dice por fin.

El agua que tengo en la boca sale disparado en todas direcciones. «¡Mi amiga se ha vuelto loca!», pienso. Me seco con una toalla de mano y me observo en el espejo. Tengo marcas de cansancio bajo los ojos y mi pelo es una selva amazónica, pero por lo demás estoy bien.

—Está bien, Laura. Pásate mañana por La Abuelita a eso de las cinco, hay menos clientela a esa hora —le digo antes de que empiece a quejarse por el calor.

A continuación nos despedimos enseguida y me dirijo de nuevo a la habitación.

Alex no ha regresado, y siento que, a pesar de su advertencia, no puedo esperar más tiempo aquí sola sin tener noticias de él. He de ir a buscarlo.

Mis tripas suenan en ese momento.

«¡Dios mío! Estoy muerta de hambre», pienso.

Decidida, recojo mi mochila y miro lo que hay dentro de ella. En el bolsillo exterior encuentro unas galletas y me las como. Acto seguido, me cuelgo la mochila de la espalda. Luego inhalo profundo para reunir en mi cuerpo todo el coraje que pueda y abro con sigilo la puerta del cuarto.

Asomo la cabeza un poco y compruebo que no hay nadie a ambos lados del pasillo. A continuación salgo y trato de hacer el menor ruido posible al andar.

Todo parece estar yendo a la perfección hasta que llego al ascensor. De pronto las puertas de este comienzan a abrirse y oigo varias voces desconocidas. Apresuradamente me meto por la primera puerta que encuentro a mi izquierda.

En cuanto siento que estoy a salvo, me dejo caer al otro lado con un suspiro de resignación, y entonces me permito echar un vistazo alrededor.

Me quedo petrificada.

Numerosas fotografías en blanco y negro, de diferentes tamaños y enmarcadas en vivos colores ocupan casi todos los huecos libres de las cuatro anodinas paredes que forman la sala, a excepción de dos ventanas con vistas

a la capital por las que, al no tener cortinas, se filtra la luz matutina.

Son tantas imágenes que ni siquiera intento contarlas.

Justo en el medio de la habitación descubro fascinada un sofá con forma circular tapizado con una tela de color rojo intenso; en el centro hay estratégicamente ubicada una mesa redonda de cristal que tiene tres marcos de fotos encima. De inmediato, me viene a la mente la imagen del sillón rojo que nunca más volví a ver en el estudio de Alex.

Hay algo en esta estancia que, a pesar de estar iluminada y ordenada, me intranquiliza sobremanera. Es como si todas esas imágenes de paisajes y personas estuvieran gritando a voces su propia historia, algo importante, solemne y... triste.

«Esta habitación alberga las piezas de puzle que componen la vida de Alex», sopeso conteniendo el aire en mis pulmones por un instante debido a la asombrosa expectación que siento.

Doy un giro completo sobre mí misma para absorber cada escena de aquel diario familiar sin palabras.

Algo mareada, me quito la mochila y tomo asiento hundiéndome con todo mi peso en el mullido sofá. Al volverme hacia la mesa, mi corazón palpita con enorme fuerza y me quedo helada.

Delante de mí hay un marco gris y, en el centro, una imagen que reconozco. Temblorosa, lo cojo entre las manos con los ojos como platos, sin poder creer aún lo que estoy viendo: se trata de la foto quemada que descubrí en el cuarto de baño de la residencia de Alex. La única diferencia radica en que esta se encuentra intacta: en ella Carlos posa al lado de la joven pareja formada por Elisa y Alex, y está abrazando muy cariñosamente a una chica muy pecosa, pero que a su manera resulta atractiva. A pesar de tener menos años en la fotografía, el rostro de ella es inconfundible para mí: se trata de la exnovia de Héctor.

Cuando termino de comprender el verdadero sentido de todo ello, me cubro la boca.

Todavía aturdida, coloco el marco sobre mi regazo y comienzo a recordar todas las pequeñas pistas que he descubierto pero que he pasado por alto: el momento en el que Héctor apareció junto a una universitaria llamada Jess en la residencia; la vez que llamé a Elisa y oí a Carlos coqueteando con una

chica de timbre agudo que me resultaba familiar y, por último, pienso en la angustiada cara de mi amiga cuando apareció en el hospital.

—¡Dios mío, Marta! —musito con voz ahogada.

Capítulo 23

BECA



La intensa mirada de Alex, de un azul eléctrico, refleja irritación e indignación cuando abre la puerta y posa sus ojos en mí. Su llavero con una vaca cuelga de uno de los bolsillos de sus tejanos.

Por un instante, me ha sobresaltado, pero me obligo a soltar la fotografía e inspiro hondo para enfrentarme a él. Alex descende la vista hasta mis piernas y levemente noto como su ceño se frunce un poco más. Eso es todo.

Ambos estamos sumidos en una pelea de silencios cortante como el filo de un cuchillo.

Una ardiente llama crece desde la punta de mis pies hasta mi cabeza con cada segundo que pasa.

—No me has esperado en la habitación —irrumpe Alex con un tono de voz inquietantemente sosegado. Acto seguido, cruza el umbral de la puerta, que cierra muy despacio tras él. Luego, impasible, revisa con un breve vistazo la sala y, por último, vuelve a contemplarme con fijeza—. ¿Qué haces aquí, Beca?

Alzo la barbilla, desafiante, sin que su sombría expresión logre intimidarme, aunque por dentro estoy temblando.

—Alex, ¿lo sabías? —pregunto reuniendo todo mi coraje, y blando en alto la fotografía para que él no tenga dudas de a qué me refiero—. ¿Sabías que Carlos estaba liado con otra tía mientras salía con mi amiga Marta?

—Lo que nuestros amigos hagan o dejen de hacer no tiene nada que ver

con nosotros, Beca. El punto principal es: ¿qué haces tú aquí? —exige con la decepción reflejada en su mirada.

Me quedo callada y agacho la cabeza. Aprieto los labios formando una fina línea. He estado esperándolo casi tres cuartos de hora, tras lo que he salido a buscarlo cuando ya podía soportar por más tiempo la preocupación.

Veo las deportivas de Alex dar unos pasos hacia delante; después, él inclina la mitad de su cuerpo frente a mí y clava con violencia el puño en el respaldo del sofá, muy cerca de mi hombro izquierdo.

—Joder —masculla, y apoya la frente sobre mi cabeza. Su voz suena y reverbera a través de mí.

Levemente oigo su respiración entrecortada soplando entre mi pelo. La calidez de su aliento congela todas mis extremidades, dejándome paralizada.

«¿Por qué siento que quiero llorar?». La saliva se me apelmaza en la boca y me dificulta la tarea de hablar.

Estoy agotada. Ya no podría aguantar otra pelea más.

—Alex... —digo muy preocupada—. Edu —lo llamo ya desesperada cuando él no me contesta.

De pronto, al escuchar su verdadero nombre, Alex desplaza una de sus manos por debajo de mi nuca y echa hacia atrás mi cabeza con suavidad.

—Dilo otra vez —repite con una voracidad y una necesidad inconmensurables, perceptibles en sus pupilas coreadas de un mar interminable que me aspiran hacia dentro.

—Alex...

Alex sacude negando la mandíbula.

—Eso no, Rebeca, lo otro. ¿Cómo acabas de llamarme?

Parpadeo.

—¿Edu? —titubeo.

Él afirma con un gesto.

—Eduardo —digo esta vez con mayor confianza.

Alex curva los labios con una total intención depredadora y toma mis hombros con las palmas de las manos.

De manera instintiva, apoyo las manos en su pecho.

—Eduardo... —Pronuncio la palabra y la saboreo, asimilando todo el sacrificio que hay tras esta para él—. ¿Cuánto tiempo llevas sin escuchar tu

verdadero nombre? —pregunto.

Apenas noto que estoy llorando hasta que Alex me seca las lágrimas de las mejillas con los pulgares, mientras con los otros dedos me rodea con delicadeza el cuello por debajo de mis orejas.

De repente, me siento abrumada con todos los acontecimientos de las últimas horas y flojeo.

—Mi musa, ¿por qué lloras? —pregunta Alex lleno de curiosidad. Está de cuclillas, pero su altura es suficiente para abarcar todo mi cuerpo.

—Nada de lo que está sucediendo es justo para ti —farfullo.

Cierro los dedos sobre la tela de su camiseta y lo atraigo hacia mí agarrándolo por el pecho con firmeza y con la misma suavidad con que él posa sus manos sobre mis pómulos.

Rozo algo los labios de Alex con los míos durante una fracción de segundo y me separo, pero solo un poco.

—Rebeca —murmura Alex. Su tono ha adquirido un acerado matiz de frustración.

—Lo sé, Alex, y ojalá pudiera comprender mejor por qué tomaste aquella decisión y la has seguido manteniendo hasta ahora —digo, y me muerdo mi labio inferior con los dientes con consternación.

—Soy Eduardo, pero eso ya no importa. Hay papeles legales, Beca —explica con una expresión inescrutable. Me suelta y toma asiento a mi lado—. Ahora, para todos soy Alex. Y esto tiene que seguir así.

Cojo aire y lo expulso poco a poco. No voy a lograr convencerlo de este modo.

—Elisa sabe la verdad. ¿No temes que ella vaya algún día a la policía o a tu familia y te delate? —pregunto con mucho tiento. Lo último que quiero es que volvamos a enfadarnos.

Alex reclina la nuca en el respaldo del sofá y observa el techo en silencio. Hago lo mismo que él y, para mi sorpresa, veo que hay un enorme mural sobre nosotros: una carta con el as de corazones ocupa gran parte del techo. No tiene bordes que delimiten su forma rectangular, pero no me cabe duda de que es lo que parece.

—Mi hermano y yo lo pintamos junto con mi padre —comenta Alex pensativo—. Antes, en esta habitación jugábamos a las cartas y al billar con

otros empleados de la empresa —añade con una voz que me resulta lejana—. A todos nos pareció adecuado el diseño, pero mi madre se volvió loca cuando descubrió lo que habíamos hecho con su techo.

Es obvio que yo no soy la única experta en escaquearme de preguntas incómodas.

—Ven, Rebeca —reclama Alex guiándome hasta su regazo.

Decido acceder a su petición.

Me siento entre sus piernas y apoyo mi cabeza justo por debajo de su hombro derecho. Alzo el mentón y lo miro.

—¿Carlos también venía aquí con vosotros? —inquiero, si bien trato no alarmarlo con mi excesivo interés.

—Sí —contesta Alex de forma concisa.

—Supongo que, como amigo, es muy importante para ti... —continúo diciendo.

—Lo es —responde Alex y me observa divertido—. ¿A dónde quieres ir a parar, Beca?

—Marta también lo es para mí —concluyo con determinación. Alex curva los labios en una intencionada mueca—. ¿Cómo verías que yo me liase con otra persona al igual que hace Carlos?

—¿Que te lo montaras con una tía? No supondría ningún problema para mí si yo estuviese invitado —bromea Alex con una mirada lasciva y cierto aire arrogante que me pone al borde, muy borde, de perder el control con él.

Me remuevo nerviosa y golpeo su hombro. Él apenas se inmuta.

Únicamente sonrío de manera ambigua.

—¡Alex! Por supuesto que con un tío. ¿Todavía seguirías queriendo hacer un trío? —lo provoco—. ¿De verdad te parecería bien? —insisto.

Observo el duro e inflexible perfil de Alex. Algo inevitable está a punto de ocurrir.

—Mi musa, ¿eso es lo que te gustaría? ¿Otro tipo en tu boca mientras yo me meto dentro de ti?

Está jugando fuerte, y yo siento que casi ha conseguido lo que buscaba. «¿Cómo ha logrado desviar tanto el tema de la conversación?».

—No es eso lo que quería decir —balbuceo, y me incorporo para ponerme frente a él.

—Perfecto, porque ya puedes olvidar toda esa mierda sobre tríos. Tú eres solamente mía, Beca. Yo no comparto con nadie lo que me pertenece.

Aprieto la mandíbula con impotencia.

—Eres exasperante —replico furiosa.

—Beca, ¿tantas ganas tienes de estar con otro? —contraataca Alex. La sangre me hierve.

Una nueva y extraña emoción eriza mis terminaciones nerviosas.

—Alex, ¿vas a seguir con eso?

—Lo cierto es que no, pero ¿qué puedo hacer si tú quieres continuar con ello?

—Vamos a aclarar algo, Alex: tú eres el único, y nunca jamás, óyeme bien y no pongas esos ojitos de cordero degollado, voy a pensar en otro estando contigo. Respecto al tema de Mar...

De pronto, Alex aplasta sus boca contra la mía, impidiendo que pueda decir nada más. Por puro instinto de supervivencia me agarro a su camiseta para no caer hacia atrás y despacio me dejo hipnotizar por el placentero movimiento de su escurridiza lengua.

Alex asume el control del beso y acomoda sus labios sobre los míos con una exigencia feroz. La caricia se vuelve primitiva, elemental, absorbente, inimaginable. Me siento suave y vulnerable entre sus brazos.

Mis sentidos se ven inundados por una vorágine de sentimientos, por un millar de pensamientos irracionales. Constituyen un auténtico caos y una tormenta cuando lo noto tensarse debajo de mí.

Me besa, pero siento como ese beso no es como los anteriores que me ha dado. La forma en que sus labios me rozan se filtra en mi cerebro como un suspiro, una promesa, una necesidad irrefrenable. Su lengua y la dureza del *piercing* que la atraviesa barren mi alma, el suelo que ya apenas piso, y me arrebatan la poca racionalidad que me queda. Soy solo yo y él es todo lo que me sostiene en su regazo.

Me doy la vuelta todo lo que puedo y deslizo mi mano sobre su tatuaje, tanteando la rugosidad de la vieja cicatriz.

Alex suelta un gruñido y de pronto me abraza con más fuerza.

Mis pechos se estrujan contra su torso firme y duro. Él se queda muy quieto de repente y se separa con dolor mientras yo inspiro temblorosa.

Capítulo 24

BECA



—¿Pasa algo? —logro vocalizar.

—Nada —gruñe Alex.

—Entonces, ¿por qué te has detenido? —inquiero intrigada.

—Condomes —suelta Alex a modo de explicación y baja la vista muy tentado hasta mi boca. Al igual que él, me fijo también en la suya con frustración—. No tenemos ninguno.

Me sitúo de espaldas y respiro hondo antes de hablar.

—Estoy tomando la píldora, Alex —revelo con timidez.

Noto que él contiene el aire un instante.

—¿Desde cuándo? —pregunta con acento grave y profundo.

—Desde hace algo más de una semana —contesto despacio, sintiéndome de alguna forma culpable—. Marta me acompañó al ginecólogo —añado.

Un silencio sepulcral cae entre los dos.

—¿Estás molesto? —tanteo.

—¿Por qué no me has dicho nada hasta ahora, Beca? —pregunta Alex.

Trago saliva, de pronto inquieta.

Alex resopla malhumorado y comienza a incorporarse.

—Después de lo que ocurrió con Elisa en el Florida Night, casi te aislaste, y más a medida que fueron pasando los días —contesto hundiendo las uñas sobre mis rodillas. Él se sienta otra vez y me escucha con un interés renovado—. Elisa parecía necesitarte mucho. Yo, en cambio... —Cierro los ojos

fugazmente.

—¿Quieres decir que tú me necesitas menos? —me interroga Alex con presunción. Está poniéndome a prueba.

Alterada, comienzo a darme la vuelta para negar sus palabras y explicarme mejor, pero entonces él me rodea con sus brazos y me estrecha de espaldas contra su abdomen, impidiendo que me mueva.

—Alex, no pretendía esconderlo —digo al fin, con la voz deshecha.

—Está bien, mi musa. Lo entiendo.

Suspiro aliviada al oír aquello.

—¿Sigues enfadado? —titubeo.

—Tomar la píldora es bueno para ambos, ¿por qué iba a estar enfadado? —ronronea muy próximo a mi oído.

—Lo siento —murmuro desconsolada.

Alex pellizca mi trasero y doy un respingo. Antes de que pueda rechistar, me aparta el pelo hacia un lado y lame con sensualidad la curva del lado derecho de mi cuello. A la vez, me desabotona los pantalones y baja muy despacio la cremallera.

—Mi musa —gime con rudeza—. No vuelvas a quedarte en un segundo plano por nadie.

—Pero...

—Por nadie —recalca levantándose un poco por las caderas. Desliza mis vaqueros junto con mis bragas rosas por mis muslos con movimientos lentos y suaves.

Un doloroso y placentero pinchazo se extiende por mi sexo al imaginar lo que vendrá después. Ya no puedo esperar.

Estoy a punto de decir algo más, pero Alex me hace callar con un pequeño soplo de aire y me besa en el centro de la espalda, y un sutil escalofrío se extiende por mi espina dorsal.

—Eres perfecta, mi musa. Eres increíble y preciosa —continúa susurrando—, y quiero que tú también lo veas y lo sientas como yo —concluye tomando mi mano y guiándola hacia el lugar exacto por donde el fuego me consume—. Quiero ver cómo te tocas.

Enrojezco de vergüenza.

—Yo..., yo no... ¡Ay, Dios mío! ¡Alex...! Yo... no puedo —tartamudeo.

—Voy a estar junto a ti, tranquila.

«Precisamente eso es lo que más nerviosa me pone», pienso atormentada. Estoy muy cerca del delirio.

Confiado, Alex conduce en círculos sensuales dos de mis dedos sobre el sitio correcto. Al principio me contraigo un poco con la fricción torpe de mis yemas, pero después, a medida que ya no me siento tan cortada, noto como voy cogiendo un ritmo que me lleva a disfrutarlo más. Hacer esto con Alex contemplándome es una sensación rara y maravillosa al mismo tiempo, pero también reveladora y personal.

«¡Madre mía! No sé si después de esto podré volver a mirarlo a la cara sin recordar la escena», pienso.

—Así, mi musa. Estás haciéndolo bien. ¿Cómo te sientes? —gruñe Alex con la voz rota y agitada.

Noto que está duro como una roca y me clavo los dientes en el labio inferior. Suelto demasiado alto un inteligible ruidillo, y él libera una risita vanidosa.

—Con calma, mi musa, o tendremos público muy pronto —me advierte Alex con ternura sobre mi cabello sin detenerse—. Lo último que queremos es que aparezca el chucho pervertido y se ponga a rascar la puerta, ¿verdad? —dice burlón, con lo que me saca todos los colores que me quedan por mostrar.

—Alex, no bromees en un momento así. Yo...

De pronto, él toma mi boca y la llena poderosamente con la suya.

Mis caderas parecen saber mucho mejor que yo lo que han de hacer, y antes de que me dé cuenta estoy bailando con una cadencia perezosa que multiplica por mil la sensibilidad de mi cuerpo.

Un cálido hormigueo asciende dentro de mí y crepita furioso, sacudiéndose como un león hambriento y violento en busca de su presa. Su sed es inabarcable, irrefrenable, y se desliza por mis entrañas y provoca el colapso y la destrucción por donde pasa.

La cara interna de mis muslos está perlada de sudor.

—Mi musa, estoy al límite —ladra Alex con la mandíbula apretada. Acaba de perder su autocontrol—. ¿Estás lista? —pregunta con dificultad.

—Sí —respondo con voz estrangulada.

Oigo como Alex baja la cremallera de sus pantalones. Luego, me ayuda a que me coloque encima de su miembro excitado y, sin dejar de acariciarme el vientre, siento como va introduciéndose poco a poco dentro de mí.

El repentino cambio tensa todo mi cuerpo al principio, y de forma paulatina se relaja acomodándose al nuevo agente invasor. Entreabro la boca y fijo la vista en el corazón rojo del techo, mientras respiro fuerte. Casi puedo sentir mi propio latido en él.

Alex empuja más hacia el interior y un mar de estrellas brillantes y luminosas se cierne sobre mi visión, nublándola. Dejo de ver la pintura.

Los dedos de los pies se me encojen.

Él se retira y vuelve a insistir cada vez más hondo, más persistente, más poderoso.

—Alex —jadeo en voz alta.

—Más bajo, mi musa —gruñe entre susurros Alex.

Parece de verdad preocupado, y yo no estoy segura de si podré cumplir con lo que me pide.

—¡Oh, Dios mío! No puedo... —gimoteo.

Alex capta una vez más mis labios con los suyos aumentando mi agonía y acaricia mi espalda mientras acelera el ritmo apabullante de cada penetración. Con la mano libre cubre uno de mis pechos ya duros y lo frota dibujando una aureola que se propaga por toda la cúspide. Estoy a punto de desfallecer en sus brazos, pero yo no soy la única que no es inmune: Alex también está verdaderamente azorado.

Él me toca y la onda de placer se extiende mientras yo inhalo hondo para frenar ese torrente de excitación que me recorre el cuerpo. Siento que la calidez de su mano sobre mi piel es demasiado para asimilarla en ese momento.

Al poco, una ola de calor abrasadora es aniquilada con rapidez por otra aún mayor que me corta la respiración jadeante. Algo está tirando de mis caderas y las estimula como si se tratase de un encantamiento.

Un embrujo inquebrantable, una tempestad infinita.

Alex suspira con dificultad y se aparta en el último momento para no mancharme. Al mismo tiempo, yo caigo rendida por completo sobre él hasta quedar apoyada encima de su hombro tatuado.

Resoplo y, al fin, me permito caer en un estado de embriaguez total y absoluto.

Al cabo de unos minutos me río, y Alex me acompaña en las risas. Me estrecha más contra él y me planta pequeños besos perezosos por la mejilla, la mandíbula, el cuello. Cuando quiero darme cuenta, descubro que me ha cubierto de nuevo las piernas con los pantalones.

—Rebeca, en cuanto termines los exámenes, hagamos juntos un viaje. Hay un lugar que quiero enseñarte y que tiene que ver con mi pasado — propone con una profunda tristeza que cala muy hondo dentro de mí. Por su tono de voz percibo lo importante que es para él lo que me está ofreciendo.

La emoción me embarga y trato de no ponerme nerviosa cuando le contesto casi con un susurro:

—Está bien, Alex.

Capítulo 25

BECA



Después de que Laura viniera a verme a La Abuelita y me pusiera al día sobre la situación de Marta con Xavi y con Carlos, decidimos tomar cartas en el asunto. Así que esta tarde las dos hemos acabado yendo con Marta en metro hacia la Gran Vía y luego nos hemos dirigido a la calle Fuencarral, o lo que todo el mundo conoce como el paraíso de las tiendas y el territorio de las *fashion victims*.

Hace no mucho oí contar que en el pasado existía por esta zona una fuente donde los carruajes se detenían para que sus animales calmasen su sed después de un largo camino. Como el lugar donde estacionaban los carros se denominaba «carra», el barrio acabó llamándose Fuencarral. En la actualidad, esta zona continúa siendo una de las más transitadas de la capital, y si todavía hubiera una fuente por aquí cerca, yo ya me habría ido de cabeza a ella.

Ya estamos en verano, pero eso no hace que la gente desista en ir de compras, sino todo lo contrario.

Siento las piernas pesadas después de permanecer horas de pie, y el calor me adormece. Mi mente vaga sin rumbo fijo y de nuevo la propuesta de Alex aparece ahí como un suspiro en medio de la realidad: «Hagamos un viaje juntos...».

Este pensamiento se esparce por todo mi cuerpo dejándome con una cálida sensación de regocijo que me cosquillea en la planta de los pies.

Sonrío.

De pronto noto un pellizco en la cadera y me vuelvo hacia Laura.

Toda mi felicidad se desvanece.

—Dile algo, tía —sisea nerviosa, y se levanta por un instante las gafas de sol.

Lleva demasiado corrector bajo los ojos y bastante máscara de pestañas, lo que me hace pensar que anoche estuvo de fiesta hasta muy tarde.

Frunzo el ceño con disgusto y Laura esquiva mi mirada, agacha la cabeza y finge buscar algo en su bolso.

«Cobarde», pienso.

Resoplo y trato de no pensar en el sudor que me humedece parte del cuello y las sienes.

Llevamos un buen rato buscando un vestido para la graduación, pero en la última tienda donde hemos entrado el aire acondicionado parece haberse estropeado. Echo un vistazo a Marta, la única del grupo que todavía sigue animada, y observo con horror los nueve vestidos que ha seleccionado. Al menos ya se ha probado quince a lo largo de la tarde y ninguno de ellos parece gustarle lo suficiente para la ocasión.

«¡Dios mío, que se decida ya!», ruego para mí misma.

No puedo creerme que se haya atrevido a ponerse ese horrible peto rosa y se haya recogido el pelo con un pañuelo del mismo color que hace las veces de diadema. Definitivamente, el conjunto no la favorece en absoluto; seguro que su equivocada elección se debe a su reciente ruptura con Carlos. Necesito encontrar el modo de que ella se desahogue antes de que acabe muerta por el agotamiento.

Me acerco a ella, que de pronto deja las prendas en una de las mesas y me contempla.

—Venga. Suéltalo, Beca. Supongo que Laura ya ha abierto su preciosa boca y te ha contado lo de Xavi, ¿me equivoco? —dice, y lanza una mirada recriminatoria a Laura. Esta decide que justo en ese momento debe ir a mirar algo en los probadores y deja en mis manos todo el asunto relacionado con Marta.

Carraspeo para llamar la atención de mi mejor amiga.

—Necesito una bebida fría, ¿y tú? —propongo.

Marta suspira.

—Un cóctel molotov o un muñeco de nieve al que abrazarme serían perfectos —bromea.

Suelto una carcajada ante su loca respuesta y entrelazo mi brazo al de ella. Marta me estrecha con fuerza y me regala su primera sonrisa sincera del día.

—Dudo que tengan de eso por aquí, Marta —comento divertida.

—Aguafiestas —me reprocha en un tono cariñoso—. En fin, tía, me conformaré con cualquier refresco que esté cargado de hielo hasta arriba —dice, y su expresión es casi orgásmica.

—¿Qué hacemos con Laura? —pregunto, y doy una ojeada a los probadores. Hay una enorme cola delante para entrar.

Marta sigue la dirección de mi mirada y pone los ojos en blanco.

—No creo que esté muy interesada en acompañarnos en este momento —comenta en tono sarcástico, y tira de mí hacia la calle—. Dejémosla que sufra un rato.

Ya fuera del establecimiento, nos metemos en el bar que hay justo al lado. Tras pedir nuestras bebidas, volvemos a la terraza y buscamos un sitio desde el que podamos ver a Laura cuando salga de la tienda.

—No estoy con Xavi —anuncia Marta en cuanto el camarero rubio que nos sirve se marcha con la cuenta pagada.

Me reclino sobre mi asiento y la observo tranquila.

—¿Ah, sí? —digo, y arqueo una de las cejas.

Marta se ruboriza y da un largo trago a su té verde de hierbabuena antes de responder.

—Solo bebí más de la cuenta y... —titubea— quizá le di algún que otro besito de buenas noches a Xavi delante de Carlos.

Mis dos cejas se levantan.

—¿Estás loca, tía! ¿Y qué ha dicho Xavi?

—Se lo ha tomado mejor de lo que esperaba —responde Marta cabizbaja.

—¿En serio? —planteo algo sorprendida, y luego entrecierro los ojos con desconfianza.

—Bueno, antes me ignoraba y ahora se limita a evitarme. No ha supuesto una gran diferencia —espeta Marta.

Chasqueo la lengua en señal de solidaridad.

—¿Y Carlos?

—Le pegó un puñetazo a Xavi en la nariz —revela con una sonrisa temblorosa que no le llega a los ojos.

Mi boca se abre de par en par. «¡Dios mío, ahora entiendo por qué Xavi está esquivando a Marta!», pienso.

—No deberías haberlo hecho si no sientes nada especial por él. Es un buen chico —la regaño mientras visualizo todos los músculos de Carlos en mi mente.

«¡Pobre Xavi...! Ese golpe ha tenido que dolerle bastante...», se me ocurre.

Marta suspira y por su expresión enseguida veo que está arrepentida.

—Lo sé, pero no pude evitarlo. Carlos estuvo toda la noche en el Florida Night sonriéndole a esa ardillita igual que me sonreía a mí antes. Fue horrible. —Tal como pensaba, se trata de la exnovia de Héctor, y eso me hace recordar que la chica en cuestión también estuvo liada con Alex en el pasado. Los ojos de Marta se clavan en los míos con rabia y baja el volumen de voz —. Lo más surrealista de todo esto es que a ese imbécil ni siquiera le importó que su nuevo ligue estuviera presente cuando golpeó a Xavi. Me montó una escenita de celos impresionante y luego nos ridiculizó delante de todos los que estaban allí. —Marta deja caer furiosa su vaso contra la mesa—. Te lo juro, tía. Voy a destrozar a ese gilipollas si antes no lo hace mi hermano, y a ella le voy a hacer una reducción de pecas en el culo.

A continuación, Marta se sopla un mechón de pelo que le cae sobre la frente y abre su bolso con movimientos bruscos. Después saca un montón de folletos y los planta con energía sobre la mesa.

—Escoge —dice. Tan repentino cambio en el tema de conversación me confunde y me quedo paralizada sin entender nada—. Vamos, no te van a comer, tía. Lo pedí en el servicio de orientación al estudiante. Es información sobre las distintas universidades que hay por aquí y las carreras que puedes hacer.

—Frena el carro, Marta. ¿Todo esto es para mí? —pregunto con un sentimiento de pavor que sacude mi estómago.

Las manos se me quedan heladas y de inmediato mi buen humor desaparece.

—No, es para la tía que acaba de cagarse en los pantalones justo detrás de ti. Pues claro que me es para ti, Beca —espeta, y de nuevo hace tintinear su vaso contra el cristal de la mesa. Uno de los camareros que pasa a nuestro lado en ese momento nos mira con reprobación, pero Marta lo ignora y vuelve a contemplarme—. Sé que tienes dudas y que tu familia no está pasando precisamente por una buena racha, pero puedes ir a una universidad pública y pedir una beca. No creas que soy tan idiota como para no darme cuenta de lo mucho que te gusta estudiar. Eres una de las alumnas que mejores notas saca en nuestra clase, y si permito que te echas a perder así, entonces siento que no podré llamarme tu mejor amiga. Por favor, Beca, date una oportunidad.

Marta toma mis manos entre las suyas y noto como sus ojos se dulcifican. Mi corazón se encoje y siento que no me sale la voz. Ella ha estado todo este tiempo pensando en mí, como siempre.

—Quien sabe, tal vez yo también me anime y busque otro universitario macizorro ruso para sacarme el mal sabor de boca —bromea Marta, aunque sé que en realidad todavía está dolida por su ruptura con Carlos. No puedo olvidar el modo en el que me pidió que la abrazara en el hospital.

Presiono un poco sus dedos entre los míos y sonrío sin contener mis sentimientos de agradecimiento por más tiempo.

—Marta..., gracias.

La voz apenas me sale en un murmullo.

Ella sacude una de las manos en aire y le quita importancia a su gesto. También está emocionada, pero no quiere que sea testigo de la parte más sensible de su personalidad.

—Mira, ahí está la hija pródiga. Voy a por ella. Mientras tanto, quédate aquí, Beca, y piensa en lo que te he dicho, ¿vale? —dice, y se marcha dando saltitos hasta una Laura despistada que mira hacia todos los lados buscándonos.

Esta saca el teléfono de su bolso, posiblemente para llamarnos a alguna de las dos, y es en el preciso instante en que cuando está a punto de llevárselo a la oreja cuando Marta aparece a su lado, se lo arrebatada y sale corriendo con él. Laura tarda en reaccionar: exhibe una cara de total desconcierto antes de pegar un grito y echarse también a correr detrás de ella.

Mientras las dos juegan, yo comienzo a ordenar los folletos.

De pronto, una joven pareja que me resulta muy familiar cruza por delante de nuestra mesa. Entrecierro los ojos y el corazón me comienza a latir con fuerza cuando los reconozco a ambos...

Capítulo 26

BECA



«No puede ser... ¿Son esos Carlos y la ex de Héctor?», pienso, y estiro el cuello para ver mejor.

Todas mis terminaciones nerviosas se ponen en guardia ante su aparición. Es como si el destino los hubiera traído justo frente a mí ahora.

Preocupada, compruebo si Marta o Laura los han visto, pero ellas están distraídas, inmersas en su conversación sobre ropa.

Me giro de nuevo y los observo a los dos: Carlos pasa un brazo por encima de los hombros de la ardillita como si tratara de consolarla, y esta se lleva todo el rato un pañuelo de papel a la cara como si estuviera limpiándose las lágrimas. Con la otra mano libre, la chica se masajea el estómago. Ese último pero sencillo gesto hace que mis sospechas se multipliquen.

«—... a ese imbécil ni siquiera le importó que su nuevo ligue estuviera presente cuando golpeó a Xavi. Me montó una escenita de celos impresionante y luego nos ridiculizó delante de todos los que estaban allí», recuerdo que dijo Marta.

Me muerdo las mejillas por dentro.

«¿Y si Carlos tenía un motivo más serio que le obligó a dejar a Marta?», reflexiono. Solo es una idea tonta, pero y si...

Me levanto de mi sitio y avanzo unos pasos en su dirección para averiguarlo.

No obstante, de repente un férreo pecho se cruza en mi visión y me

detengo antes de colisionar contra él. Al alzar la vista me encuentro con los impenetrables ojos de Alex. Va vestido de los pies a la cabeza de negro, con la excepción de la camiseta blanca que lleva debajo de su camisa habitual, y que ensalza su complexión atlética, y los pantalones de camuflaje, que se amoldan a la perfección a sus largas piernas.

Se ha puesto también una gorra con el emblema de una empresa de coches de carreras, que esconde parte de sus rasgos faciales, y en una de las manos sostiene unas gafas de sol.

Ya no lleva las vendas.

Alex podría ser perfectamente un famoso ídolo que trata de pasar desapercibido a la salida de un aeropuerto.

—¡Eh! —saluda, y se queda mirándome con su sonrisa secreta, que lo vuelve irresistible.

«¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Qué ha ocurrido con su madre?». Estas y más preguntas acuden a mi cabeza como balas de metralleta y me dejan el cerebro hecho un amasijo inservible por el que asciende un hilo de humo.

La tensión arterial se me pone por las nubes y tardo dos preciosos segundos en recuperarme, y mientras pierdo de vista a Carlos y a la otra chica. Por suerte, logro localizarlos de nuevo, antes de que desaparezcan por una de las calles de enfrente.

—Hola, Alex... ¿Cómo...? —No llego a terminar la pregunta, pero él no parece sorprendido. Se agacha y me da un ligero beso sobre los labios. Parece contento de verme; yo también lo estoy.

«Ojalá no me sintiera tan impaciente ahora mismo y pudiera disfrutar del momento», pienso.

—Vengo de solucionar unas cosas en el estudio y te he visto sentada con tu amiga —responde, y noto que me está ocultando algo, aunque ni siquiera puedo intuir qué es.

El estudio de Alex está bastante lejos de aquí, y su respuesta no explica cómo ha logrado que lo dejen salir de casa de sus padres, aunque por su aspecto puedo imaginar que no se ha molestado en pedir permiso.

Alex señala con una expresión interrogante la mesa todavía llena de propaganda universitaria, y me distraigo de mis pensamientos.

—¿Estáis mirando universidades? —pregunta lleno de curiosidad.

Antes de que pueda contestar, Marta y Laura llegan hasta nosotros y nos interrumpen.

—¡Pero bueno! El famoso Alex Kirov en persona. ¿Estás preparándote para robar algún banco o lo de la ropa negra es solo para guardar el luto por tu amigo? Ya sabes, ese imbécil con el que compartes habitación y que tiene los días contados. —Sé que en realidad Marta no trata de ofender a Alex y que simplemente no sabe cómo saludarlo de otro modo.

Laura se echa a reír, y, por una vez, Alex no responde a Marta con otro comentario mordaz, sino que suelta una grave carcajada masculina que acapara el radar de varias chicas sentadas en las mesas colindantes.

No puedo evitarlo y, orgullosa, me pego más a Alex. Parezco estar diciendo a gritos «¡Es mío!», pero lo cierto es que siento pocos celos en comparación con la necesidad que tengo de mostrarle a todo el mundo lo genial que es él. Alex debería darse cuenta también y dejar de odiarse a sí mismo, lo que lleva a que otros lo malinterpreten.

—Nos vamos, chicas. Luego os llamo —digo despidiéndome enseguida de ellas, y tomo del brazo a Alex para salir de allí antes de que puedan entretenernos con algún otro asunto y de que perdamos una buena oportunidad para descubrir qué ocurre con Carlos.

—¿Sucede algo? —pregunta Alex sin molestarse en bajar ni un poco la voz.

—He visto a Carlos con la chica esa que aparecía en la foto que hay en casa de tus padres, la que se llamaba... ¿Cómo se llamaba? —le pregunto entre murmullos sin parar de caminar.

Mis pasos son pequeños, debido a que Alex va frenándose, y me veo obligada a tirar de él e ir por delante de los dos.

—Jésica —responde, y de súbito se detiene.

Cuando me doy la vuelta para preguntar por qué se ha parado, observo que él tiene el ceño fruncido.

—No te estoy pidiendo que te entrometas, Alex. Pero Marta es mi amiga y quiero saber la verdad. Si tú no puedes decírmela porque se trata de tu amigo, lo comprendo. Pero entonces yo tendré que descubrirla por mi cuenta —digo, sigo avanzando y le dejo atrás.

—Espera, Rebeca —me detiene Alex.

Al girarme descubro que ha adoptado una expresión contrita, y carraspea antes de añadir:

—Voy contigo.

Una enorme sonrisa se planta en mi cara y me vuelvo hasta él para asegurarme de que acelera el paso.

En pocos minutos alcanzamos a Carlos y a la otra chica justo cuando se están metiendo dentro de un edificio de la calle por la que acabamos de entrar. Cuando nos acercamos, veo en uno de los lados una placa plateada que anuncia que en el cuarto piso hay una consulta de un ginecólogo, y entonces siento que todo cuadra. La manera en la que ella se agarraba del estómago, la preocupación que Carlos demostraba y las lágrimas que la chica no podía contener.

Jésica está embarazada de Carlos.

—Jésica está embarazada de Carlos —afirmo en voz alta solo para confirmar que no me he vuelto loca. Los rasgos de Alex no se alteran, y él se muestra imperturbable ante mis palabras. Mis sospechas aumentan—. ¿También sabías esto? ¿Por eso evitabas mis preguntas? —inquiero.

Me siento en el único escalón del portal y reprimo una risa amarga. Es evidente que él sí estaba informado.

Alex mete los pulgares en los bolsillos de sus pantalones de camuflaje y se apoya de costado en uno de los laterales del portal.

Sus ojos me escrutan con detenimiento; lo que es peor, me miran con tristeza. Por un breve instante, el gesto de la cara le cambia, aprieta la mandíbula y noto que una vena le late en una de las sienes.

Estoy a punto de preguntarle si se siente bien cuando comienza a hablar.

—Fue antes de que conociera a tu amiga Marta —explica Alex despacio, y toma asiento a mi lado con las piernas estiradas; al cabo de un rato de silencio, las recoge para que los transeúntes no tengan que rodearlo para continuar su camino.

Intento que lo que dice no me afecte, pero no puedo evitar sentirme mal por mi mejor amiga, pues sé lo mucho que Carlos le gustaba. Un torbellino de contradictorias emociones se desencadena en mi pecho.

Analizo por segunda vez las palabras de Alex en mi cabeza, sospesando su veracidad.

—A Carlos todavía le gusta Marta, sino no habría golpeado a Xavi — concluyo en voz alta, a pesar de que esto es algo que no puedo saber con seguridad sin preguntárselo directamente a Carlos—. No entiendo por qué han tenido que acabar así —murmuro. Entonces se me ocurre una horrible idea—. Jéssica estuvo también contigo, ¿estás seguro de que el niño que lleva dentro no es...? —La voz se me estrangula antes de que pueda terminar.

Me vuelvo hacia Alex, pero él sigue con la mirada puesta en el frente de la calle. Tiene los labios entreabiertos y una gota de sudor le cae por la sien izquierda. Sus manos están entre sus piernas y agarran el escalón con fuerza, hasta el punto de que sus nudillos están del todo blancos.

—¿Alex? —lo llamo.

Extiendo mi mano y la apoyo sobre su hombro con cuidado. Todo él se tensa al notar el contacto y retiro la mano alarmada.

Algo le pasa.

De inmediato, dejo de pensar en la posibilidad de que Alex pueda ser el padre del bebé de Jéssica y comienzo a preocuparme por su extraña forma de actuar.

Tras soltar el escalón, Alex se ha vuelto hacia mí. Sus ojos se han oscurecido y su cara se ha convertido en una inexpresiva máscara. Me asusto; no parece el mismo de siempre y, al mismo tiempo, sigue siendo él: sus mismos ojos, su misma nariz, su misma boca, su mismo pelo...

Pero no importa cuanto lo mire, Alex es ahora un cascarón vacío.

Un escalofrío penetra en mi cuerpo y me hiela la sangre. No quiero pensar lo que estoy pensando, no quiero creer que Alex me haya ocultado algo más, algo fundamental relativo a su salud.

—Eduardo —lo llamo, ya sin importarme que alguien pueda oírnos—. Dime qué es lo que te pasa. ¿Cómo puedo ayudarte?

Lo observo frustrada y con los nervios retorcidos por la ansiedad.

—Mi musa —susurra Alex, y cae sobre mí con todo su peso. Su boca se hunde en mi cuello y parte de su saliva humedece mi piel.

Tengo que rodearlo con mis brazos para que no se deslice hasta el suelo. Pesa demasiado para mí.

—¿Alex? ¡Alex, por favor, despierta! —lo llamo desesperada al oído.

Varias personas que pasan se quedan mirándonos, pero nadie se detiene o

se molesta en preguntar qué sucede. Una mujer incluso malinterpreta la situación y suelta un comentario malicioso acerca de las parejas jóvenes. No obstante, mi preocupación por Alex es tan grande que no me importa lo que puedan decir otros.

Con gran voluntad, consigo apoyar a Alex a un lado de la puerta, pero cada vez que me separo de él su cuerpo cede hacia un lado, por lo que me sitúo delante y hago que apoye su cabeza en mi espalda. A continuación, saco el teléfono para llamar a su tía.

Entonces me llevo una sorpresa aún más desagradable. Estoy sin batería y no hay ninguna una cabina de teléfono cerca. «¿En qué tipo de civilización moderna vivimos?», me pregunto. Hace unos años había cabinas de teléfono por todas partes.

Me muerdo el labio inferior, frustrada por mi descuido, y sopeso la alternativa de pedir ayuda a alguien de la calle o de ir a buscar a Carlos al interior del edificio, pero en ese preciso momento recuerdo que Alex también lleva el móvil encima y mi temor por dejarlo solo hace que me decida.

Busco en sus bolsillos, tomo su móvil y reviso su agenda telefónica.

«¡Oh, Dios mío! ¿A quién debo de llamar primero? ¿Al hospital? ¿A su madre?», tanteo nerviosa.

Noto las mejillas húmedas. Estoy llorando y mi pulso se ha vuelto tembloroso por la inquietud.

Cojo una de las manos de Alex y me vuelvo para preguntárselo. Lo noto destemplado y él no responde...

Todavía no muy segura, opto por llamar a su madre. Trago saliva; esta no era la imagen mental que me había hecho sobre el primer encuentro cara a cara con ella.

Los pitidos suenan y al tercero alguien atiende la llamada.

—¿Dónde te has metido, Alex? —La voz suena furiosa y preocupada al mismo tiempo.

Me aclaro la garganta, intranquila.

—Hola. Soy Beca, la novia de Alex —anuncio tan despacio como me permiten mis nervios. Tomo aire y me vuelvo algo para comprobar, una vez más, el estado de Alex, lo que me da las agallas suficientes para seguir hablando—. Alex acaba de perder el conocimiento.

A continuación le digo a su madre dónde estamos y luego cuelgo.

Capítulo 27

ALEX



Siento que Beca me está diciendo algo al oído, pero no consigo entenderla bien. Es como si entre nosotros existiera una gruesa pared que amortiguase todo aquello que sale de su boca, y lo único que me llega es un ligero e incomprensible susurro.

Lo sorprendente de todo esto es que ella está muy cerca; lo sé por la fragancia a fresas que desprende su pelo, que se mezcla con un aroma sutil y sexy que solo pertenece a Rebeca y que a mí me vuelve todavía más loco por ella.

Mi repentina incapacidad para responder o escuchar me enfurece y hace que me hierva la sangre.

Por un instante, creo que logro parpadear. Las luces de los coches y de la calle cada vez son más brillantes, o quizá esas luces solo están dentro de mi imaginación y he perdido el juicio.

¿Qué demonios me está pasando? Siento como si me hubieran chutado algo asqueroso en el cuerpo.

No, es la cabeza. La cabeza me está matando y el dolor es tan jodidamente intenso que estoy bloqueado.

—Está bien... Eso haré —oigo decir a duras penas, realizando un gran esfuerzo.

«¡Maldita sea! ¿Con quién está hablando Beca?».

El pánico se introduce por los poros de mi piel como agujas. Quiero abrir

la boca y decirle que se detenga, que ya estoy bien y que no quiero que le dé más importancia a todo esto que me está ocurriendo porque no la tiene, pero mis dedos no se mueven, mis labios están adormecidos y mis párpados parecen tan cerrados como si hubieran puesto pegamento entre ellos.

«Es una broma de mal gusto de la que voy a despertar en breve —me digo—. No puede ser de otro modo».

Me quedo suspendido entre las sombras durante un tiempo y en algún momento veo a mi hermano instantes antes de que comencemos a escalar por la pared de roca y ocurra el accidente. Los dos sonreímos confiados y hacemos una nueva apuesta con los puños unidos: el último que llegue arriba tendrá que decir toda la verdad a nuestro padre, que nos hemos intercambiado la identidad. La imagen se emborrona y lo siguiente que noto es una larga caída que acaba de repente, y a continuación, un profundo dolor en la cabeza. No veo nada y la oscuridad me rodea de una manera escalofriante. No puedo saber dónde están mi hermano o mi padre, y ni siquiera dónde yo me encuentro tirado.

«¡Joder! ¿Qué mierda me está pasando? ¿Por qué no veo nada?», deliro.

Me repito que esto es solo una pesadilla, y poco a poco mis palpitaciones se van calmando. Pronto vuelvo a sumirme en esa niebla que va y viene y que me mece como una barca en medio de un océano interminable.

Espera... Hay algo dentro de mí que está vivo: es como un pequeño y molesto grano en el culo, pero todavía no lo noto demasiado.

No, no es algo físico, sino más bien una sensación de calidez que derrite paso a paso el hielo que me paraliza, que se filtra por la sangre de las venas y que hace que mis órganos comiencen a trabajar de nuevo. Todo este calor corre por mi cuerpo cada vez más rápido, enérgico... Es adrenalina en estado puro.

Noto que alguien mantiene mi mano sujeta y que ha entrelazado sus dedos con los míos. Tengo la piel húmeda y tirante en algunas zonas.

Pip, pip, pip...

Me quedo rígido e intento contener el sentimiento de ahogo que atenaza mi garganta de repente.

¡Mierda! Reconozco esos pitidos muy bien; estoy seguro de que los he oído en algún sitio.

Parpadeo un par de veces. Abro los ojos y lo primero que veo es el techo blanco y un halógeno que me enfoca a la cara. Esto tiene mala pinta. Trago saliva y mis oídos se destaponan. El sonido que producen las máquinas alrededor de mí se amplifica y confirma mis sospechas.

Siento un regusto amargo en la boca. Al cabo de dos años, he regresado al mismo hospital donde nos atendieron después del accidente.

La furia cava dentro de mí un hoyo profundo e infinito del que surgen llamas burlonas que amenazan con salpicarme en los ojos.

«Yo no debería estar aquí», es lo primero que pienso.

La rabia me vuelve loco y consigue ser lo suficiente poderosa como para permitirme mover todo mi cuerpo entumecido. «Debo marcharme cuanto antes de este lugar», me digo.

No obstante, contradiciendo a mis pensamientos, me detengo a medio camino.

La razón que impide que continúe es una respiración suave y baja que me resulta familiar.

Giro la cabeza y descubro a quién pertenece.

Es de Rebeca.

Mi alma estalla en pedazos y se dispersa como polvo en el viento junto con todas las ganas de huir de este infierno que siento, como si fuera un condenado bajo pena de muerte. La presencia de Beca a mi lado, aunque dormida, hace que este sitio parezca menos un purgatorio, y por fin siento que puedo respirar un poco, a pesar de que las ventanas de la habitación están cerradas y de que el aire huele a desinfectante.

Ensimismado como un imbécil, me fijo en los labios carnosos de Rebeca como nunca he hecho con ninguna tía. Su boca está algo abierta sobre mi mano izquierda, y por fin entiendo el motivo de que sienta mi palma húmeda y pegajosa.

Lejos de sentir asco, me siento agradecido por ver algo tan normal y cotidiano en este momento de mi vida.

Ávido de ella y de la paz que me transmite, sigo escalando con los ojos hasta las ondas castañas de su cabello, que reposan como una sábana de seda sobre mi brazo izquierdo extendido.

He debido de moverme demasiado, porque de pronto ella da un gracioso

respingo con la nariz y luego alza la cabeza como un ciervo que intuye el peligro.

—Alex —me llama, y veo como sus pupilas se ensanchan y sus labios se curvan para formar una preciosa sonrisa.

¡Me ha cazado!

Noto su cálida voz retenida durante unos instantes en mi pecho. Ella me observa a través de unas larguísimas pestañas que baten en sus ojos como alas de mariposa, y temo volver a marearme si no la atraigo contra mi pecho y hundo mi cara en su pelo. En su lugar, para no asustarla, levanto la mano libre y con el pulgar limpio los restos húmedos de sus comisuras.

Ella se ruboriza con un tono rosado y natural. Esta visión me impacta.

«Eres preciosa», pienso.

—Me has llenado de babas la mano —digo, en cambio, y Rebeca baja la vista hasta mis dedos.

Sus mejillas se sonrojan aún más, si es que eso es posible, y tan rápido como puede me frota con la tela inferior de su camiseta de tirantes la zona afectada, ignorando que con ese movimiento me está regalando la visión de gran parte de su vientre plano y dorado por el sol.

Me pongo duro al instante.

Rebeca suspira sin percatarse del cambio que ha obrado en mí.

—Siento haberme quedado dormida, pero entre el trabajo, las clases, ir de tiendas para la graduación y... —Alza la cabeza antes de continuar hablando y cruza una mirada preocupada con la mía. De pronto, algo de mi cara hace que arquee una de sus hermosas cejas—. ¿Estás mejor, Alex? ¿Quieres que llame al médico? —pregunta, y se levanta.

—No. Necesito otra cosa —respondo, sin poder resistir la tentación.

Rebeca da un paso hacia delante. Está muy cerca de mí y, con las prisas y la inquietud, su camiseta se ha quedado un poco levantada sobre la cintura de sus vaqueros.

«¡Guau!», ladro mentalmente, y me imagino que soy una hiena frente a un cachorro.

—¿Qué necesitas? ¿Agua? ¿Algo para comer? ¿Un libro? —Rebeca continúa ofreciéndome cosas con una intención sincera de ayudar.

¿Qué diablos? ¿De verdad acaba de ofrecerme un libro? Hasta hace un

momento me dolía la cabeza a reventar.

—Necesito —comienzo a decir, y atraigo con un pequeño tirón su cintura hacia mi cara, con lo que acabo con su lista de sugerencias al instante. Rebeca tiene que apoyarse en mis hombros para no caer. A continuación, desplazo mi boca hasta su ombligo y al besarlo hago que ella pegue un brinco—... de ti —concluyo en un susurro, y con mi aliento acaricio su piel—. Tengo hambre de ti, Beca.

La magia eléctrica del roce es instantánea. Siento como su vello se eriza bajo mis labios, y una sonrisa lobuna se dibuja en mi cara.

—Ya veo que estás bien, Alex —dice de pronto una voz gélida y cortante. Mi buen humor desaparece.

Beca se tensa; ella también ha reconocido a mi madre y trata de apartarse de inmediato, pero solo consigue que yo desee que esté más cerca, y la estrecho más contra mí. La necesito ahora más que nunca para enfrentarme a esa mujer que acaba de entrar en la habitación.

Froto primero un par de veces mi frente contra el abdomen de Rebeca y después me inclino con pereza hacia un lado, dejando uno de mis ojos al descubierto. El único que preciso para hacerme una idea de la escena.

Mi madre va engalanada con sus mejores ropas de diseño y peinada con todo el cabello hacia un lado. El pelo largo le sienta bien y la hace parecer mucho más joven de lo que es en realidad. Supongo que mi padre, en lo que a físico se refiere, tiene buen gusto con las mujeres, lástima que no gastara un poco más de su fortuna y su tiempo en conocerla mejor por dentro.

Suelto una risa amarga al comprender al fin quién era la persona a la que Beca había llamado cuando perdí el conocimiento.

—Lo estoy —respondo, y continúo mirándola.

Mi madre aprieta de manera casi imperceptible la comisura de los labios. Ese es el único signo de su enojo. Noto que los dedos de Beca acarician mis hombros antes de realizar un nuevo intento de separarse. Esta vez no se lo impido.

Me echo hacia atrás y apoyo la espalda en el cojín y el cabecero. Después, no del todo conforme con permanecer en este lugar que tantos recuerdos me trae, busco la mano de Beca y la agarro. El diablo que hay dentro de mí se calma temporalmente.

—Por favor, chica. ¿Puedes dejarnos solos a mí y a mi hijo un momento?
—Aunque la voz de mi madre suena amistosa, no pueda ocultar la orden que se esconde detrás de sus palabras.

—Es mi novia y tiene nombre —exijo en el mismo tono que ella ha hablado. No voy a permitir que le falte el respeto a Rebeca como hace con todos los que están a su servicio—. ¿Necesitas que te lo recuerde o ya estás bien informada?

—Alex —me regaña Beca, y luego se vuelve hacia la puerta, donde mi madre continúa de pie y con una expresión expectante—. Acabo de recordar que tengo que llamar a casa. Ellos todavía no saben que estoy aquí —explica, y hay una parte de verdad en lo que dice.

—Puedes utilizar mi teléfono para ponerte en contacto con ellos, si quieres —ofrece de repente mi madre, mucho más relajada al saber que Rebeca va a dejarnos solos.

Beca se mueve, pero yo no suelto su mano y ella vuelve la cabeza para dedicarme una mirada ceñuda. La ignoro y contemplo a mi madre.

—Espera. ¿Para qué necesita Rebeca tu móvil? —inquiero sin ninguna sutileza. Me preocupa que algo le haya ocurrido a Rebeca mientras yo estaba inconsciente.

—Me he quedado sin batería, Alex —interviene Beca con cautela. Mi pulso se relaja un poco, pero no demasiado—. Antes he tenido que utilizar tu teléfono para pedir que te trajeran hasta aquí —explica.

—Mi musa, entonces llévate mi móvil de nuevo —digo utilizando el apelativo cariñoso que uso con ella solo en la intimidad, sin que me importe siquiera un poco que mi madre pueda oírlo.

—Está bien, Alex —acepta Beca, y se va.

—Espera, mi musa —la detengo de nuevo, y la atraigo hacia mí. Antes de que ella tenga tiempo a reaccionar, la beso en los labios y dejo media parte de mí en ella—. Ve con cuidado —añado con la voz ronca, y dejo por fin que se marche, aunque sin estar muy convencido todavía de que esta sea la mejor idea. Que mi familia esté cerca en estos momentos no me deja muy tranquilo respecto a la seguridad de Rebeca.

No, para nada...

Mi madre se aclara la garganta para llamar nuestra atención y Rebeca se

disculpa por ambos antes de salir presurosa de la habitación.

En cuanto nos quedamos solos, el ambiente se enrarece de inmediato. Las paredes, de un gris apagado, parecen pegarse a nosotros como una segunda piel y el resto del mundo desaparece. Ahora que no hay nadie en medio para impedirlo, no sé si podré controlarme.

Al cabo de dos años, mi madre y yo volvemos a vernos las caras.

Capítulo 28

ALEX



Un irritante silencio nos envuelve a ambos, y este va en aumento a medida que ninguno cede a ser el primero en hablar. Las palmas de las manos me sudan.

El tiempo sigue corriendo.

De algún lugar se oye el tictac de un reloj.

Mi madre se alisa la ajustada falda hasta la rodilla y evita mirarme directamente a los ojos. El gran interés que parece sentir por estudiar la parte inferior de la cama en la que estoy recostado me disgusta.

No creo que ello se deba a que le gusten mis encantadores pies, que asoman desnudos entre las sábanas de algodón blancas... De hecho, dudo que haya algo en mí que le traiga buenos recuerdos.

La manera como ella me esquiva, aunque sea con un detalle tan pequeño, resulta muy significativa para mí y me provoca una sonrisa torcida. Parece que todavía es incapaz de borrar lo que hizo el día en el que nos trajeron a mi hermano y a mí de urgencias a este mismo hospital infernal, y yo tampoco puedo olvidarlo.

«¡Joder! No me lo puedo quitar de la cabeza».

La decisión que tomó mi madre sobre nosotros dos me ha marcado de por vida, y ella ni siquiera sabe hasta qué punto.

El estómago se me revuelve e inconscientemente aprieto el puño derecho hasta que los nudillos se me ponen blancos. El dolor es algo conocido para mí

y me trae alivio.

Los tacones de mi madre resuenan en las baldosas claras del suelo al pasearse por la habitación, siempre manteniendo una distancia prudencial a donde yo me encuentro. De pronto se detiene frente a la ventana con vistas al centro de la capital y me da la espalda.

—Parece una chica sencilla —comenta.

¿Trata de decir algo bueno sobre Beca?

Espero a que diga algo más, pero se queda callada. Incómodo, observo con añoranza la puerta por la que se ha marchado Rebeca hace tan solo un momento.

El aire se me escapa con un sonido sarcástico por la boca. No voy a caer en el juego de mi madre, como en los viejos tiempos, y mucho menos sabiendo que estar cerca de ella pone en riesgo todo aquello por lo que he estado trabajando durante estos años, tras decidir separarme de todos los miembros de mi familia.

—Pareces otra persona cuando ella está a tu alrededor, Alex. Cuando te he visto hablarle de ese modo... La forma como la miras... De repente me has recordado mucho a... —empieza a decir mi madre, y se interrumpe antes de mencionar a mi antiguo yo, la persona que ella cree muerta. Luego inclina la cabeza y juega con la alianza de casada entre sus dedos.

La mandíbula se me tensa y pienso en la cicatriz que tengo bajo el tatuaje, que me identifica como Eduardo, el hijo bueno que hacía todo lo que le pedía su madre. De pronto, soy consciente de que me han quitado la ropa que llevaba y me han puesto uno de esos raros pijamas de hospital encima.

La boca se me seca por la invasión a mi intimidad.

Trato de no alarmarme todavía. Si mi madre sospechara algo, ya me lo habría hecho saber. No obstante, no puedo confiarme. Tengo que recuperar mis pantalones, al menos, o plantearme la posibilidad de salir a la calle, aunque parezca un loco que se acaba de escapar del psiquiátrico.

Por mi mente pasa la escena de *Cuando menos te lo esperas*, en la que Jack Nicholson, en camisón de hospital y con el culo al aire, entra en la sala de espera donde lo aguarda su joven amante y la amiga y madre de esta.

Al instante, Rebeca me viene a la cabeza. Está tardando demasiado en regresar. Arrugo el ceño; no quiero ni imaginar que los hombres de mi madre

se hayan atrevido a ponerle un solo dedo encima, como hicieron conmigo.

Impaciente, me siento en el borde de la cama y echo un vistazo alrededor. Mi madre ha pagado una habitación solo para mí sin escatimar en gastos. Hay un armario, un sofá, una mesa en la que han dejado la prensa del día y una televisión de pantalla plana en la pared de enfrente.

«¿Qué intenta prepararme? ¿Un nuevo hogar?», me río.

La verdad es que me importa bien poco si ha hecho todo esto para que me sienta cómodo o para mantener la imagen de una ricachona familia perfecta delante de todas sus amistades; solo quiero estar en cualquier otro lugar que no sea este.

Un sitio donde Beca esté a mi lado.

—¿Adónde vas? Todavía tenemos que esperar a que salgan los resultados de tu análisis —salta mi madre con expresión alarmada, y por fin me mira a la cara, aunque no directamente a los ojos.

Me enfurezco. No quiero que se preocupe por mí, ni aunque sea sincera en estos momentos. No necesito su cariño. Quiero que me odie para que yo pueda continuar detestándola también.

—¿Dónde está mi ropa? —exijo con una rabia acerada en mi voz que no me molesto en disimular.

—He pedido que te traigan ropa nueva para que te cambies. La que llevabas puesta olía a sudor y a polvo, Alex —añade, lo cual es su manera elegante de decir: «No quiero que mi hijo vaya por la calle con aspecto de un asesino en serie»—. Por favor, ten un poco de paciencia. Tu padre llegará en breve; él también quiere hablar contigo.

Esta noticia me sienta como una patada en el culo.

—Tendrá que ser en otra ocasión. Ya tengo planes —respondo con brusquedad, y voy hasta el armario. Como había intuido, dentro hay ropa pija, propia de niño rico, que corresponde a mi talla.

—Alex, no puedes irte todavía. —La voz de mi madre suena tensa y exasperada a mi lado mientras observa como me visto.

No me importa si me ve en calzoncillos, pero definitivamente no le voy a enseñar mi espalda.

—¿Puedes dejarme un poco de intimidad, por favor? Me siento acosado —espeto en un tono burlón, y luego le guiño un ojo.

Mi madre no se inmuta.

—No, Alex. No voy a irme hasta que entres en razón. ¿Te das cuenta de lo serio que es esto? Aún no sabemos si lo que te ha ocurrido es un efecto secundario del accidente que sufriste hace dos años. ¿Tan poco valor le das a tu propia vida? —me suelta, y da un paso hacia delante para tocarme.

—Las manos quietas, todavía no he pasado la varicela.

Ella infla los carrillos hasta parecer un gallo de pelea. No obstante, da un paso hacia atrás y baja la mano. Luego suelta el aire poco a poco.

El dolor que veo reflejado en sus ojos me hace sentir como un verdadero gilipollas, pero no me retracto.

«Esto es lo mejor para todos», me repito.

La idea de decirle: «¡Hola, mamá, en realidad soy el hijo que creías muerto!» casi me hace reír.

—Si quieres continuar teniendo la misma libertad que la que gracias a tu padre y a mí has disfrutado durante todo este tiempo, tendrás que quedarte en esta cama hasta que el doctor aparezca y te den el alta, Alex.

La ignoro por completo y me encierro en el baño de un portazo con la intención de asustarla. Allí termino de cambiarme y me aseo un poco con una pastilla de jabón que encuentro entre otros productos de baño. Cuando salgo, mi madre sigue en la habitación, sentada en el sofá, esperándome y lista para atacar de nuevo.

No obstante, noto que algo en la expresión de su delgado rostro ha cambiado, y me deja paralizado.

—Alex... Ayer tuve un sueño; en este, tanto tu hermano como tú aún eráis pequeños. Los dos me habías traído una flor del estanque que hay en la casa de vuestros abuelos. —Mi madre alza los ojos con nostalgia—. ¿Recuerdas cómo crecían las flores alrededor de aquel estanque? ¿Cómo llenaban el aire con su dulce aroma? —Suspira: se la ve agotada—. Creo que me acordé porque siempre era por estas fechas cuando íbamos a la finca —añade mientras cruza los dedos sobre las rodillas—. Echo de menos esos años en los que podía abrazaros y deciros todo lo que pensaba sin temor a que eso os alejara más de mí. —Las lágrimas humedecen sus mejillas. Hacía mucho que no la veía llorar así, y mi madre no es una persona que muestre sus sentimientos fácilmente.

El pulso me tiembla.

«Sí, lo recuerdo muy bien», quiero decirle.

Por un loco instante me imagino que me arrodillo ante ella, que la abrazo y que atraigo su cabeza contra mi pecho; luego le pido disculpas por haber guardado silencio y haber sido tan duro con ella durante tanto tiempo.

Entonces, de forma inesperada, la puerta se abre y, justo antes de que cometa una estupidez, Rebeca entra llevando dos cafés en las manos. Me llama la atención que parte de su camiseta morada esté húmeda y descolorida por la zona del pecho, como si se le hubiera derramado un café encima y hubiese intentado arreglarla enseguida y de forma precipitada en los servicios del hospital.

De inmediato, mi madre deja de llorar y se limpia la cara con las yemas de los dedos antes de volverse hacia la puerta para ver quién ha entrado. Excepto yo, nadie habría notado lo que ha ocurrido en esta habitación hasta ahora, y esto me devuelve por completo a la realidad.

Inspiro hondo con brusquedad.

«¡Joder! Son solo lágrimas falsas», me digo.

Rebeca nos mira confusa, pero se recupera con asombrosa rapidez; por su aspecto preocupado, sé que acaba de hacer su propia interpretación de la situación.

—Lo siento. Regresaré en otro momento, solo quería traer un poco de café —farfulla, y deposita los dos recipientes de plástico sobre la mesa baja que hay frente al sofá.

Mi madre también fija la vista en la camiseta de Beca, con lo que esta se ruboriza avergonzada. Apresurada, alza una mano hasta su pecho.

—Espera, Rebeca. Nos vamos juntos —la llamo.

—Alex, de veras no me importa...

Frunzo el ceño, no quiero que se desvalore delante de mi madre.

Rebeca me estudia de arriba abajo con una comprensiva mirada: sé que no es preciso intercambiar unas palabras en voz alta con ella para que entienda que deseo escapar de aquí en este mismo instante.

Ella asiente con los ojos y, a pesar de todo, se vuelve hacia mi madre.

—Gracias por haber dejado que acompañara a Alex al hospital; le estoy muy agradecida por ello —dice en un tono formal, y yo sé que lo agradece de

corazón porque Beca es así: siempre correcta con todos.

Un sentimiento de adoración me sacude el pecho y pienso en lo mucho que la quiero y en el puto egoísta que soy por mantenerla a mi lado todavía.

«La necesitas», grita mi subconsciente.

Rebeca me hace un dulce gesto con su boca para señalar a mi madre y la miro sin comprender lo que pretende decirme.

—Despídete —vocaliza con sus labios sin emitir ruido alguno.

El pulso se me acelera mientras decido cuál es la mejor opción. Tras un largo segundo en el que estoy a punto de mandarlo todo a la mierda, cedo a regañadientes.

—Hasta luego, mamá —mascullo incómodo.

Mi madre me observa sorprendida, con una de las cejas arqueadas por la impresión, y sé de inmediato que he cometido un error.

Alex nunca hablaría así.

Capítulo 29

ALEX



Algo violento se retuerce en mi interior y asciende a trompicones por la garganta abrasándome. Me clavo el *piercing* en un lado de la boca hasta que saboreo mi propia sangre, y luego trago saliva.

«Tío, contrólate», me advierto furioso conmigo mismo. Llevo demasiado tiempo en presencia de mi madre, y eso ha hecho que me haya olvidado de las reglas por un momento.

—¿No vas a darme dos besos antes de irte, hijo? —me pregunta ella esperanzada y con un brillo especial en sus ojos de color avellana, tan similares a los de Beca.

Mi madre supone que, como Rebeca está observando la escena con atención, mantendré las apariencias, y se aprovecha de ello. Divertido con su desafío, me inclino sobre ella y, sin llegar a rozarla, le susurro en la oreja:

—Muy buena actuación, mamá. Casi me la creo, casi. —Luego me pego a su otra mejilla y le doy un beso. Los labios me queman cuando lo hago. Más afectado de lo que quiero reconocer, me levanto y digo en voz alta y con acento rudo—: Esta noche me quedaré en la residencia.

A continuación, voy hasta Rebeca y la rodeo con un brazo. Tiene la piel de gallina. Ella me dedica una sonrisa de agradecimiento que derrite la capa de hielo que se ha formado en torno a mi corazón, pero yo no sonrío.

En este momento no puedo hacerlo.

—Al menos deja que os lleve el chófer. Es de noche y hace frío, Alex —

dice mi madre.

—No lo necesitamos —rechazo bruscamente y, sin mirarla, me pongo a andar hacia la salida junto con Beca.

—Puede que tú no, pero ella sí —replica mi madre con esa voz de negocios que utiliza para hacerse respetar.

Me vuelvo hacia Rebeca. Está pálida de agotamiento y tiene los brazos cruzados para arroparse a sí misma y entrar en calor.

Aprieto la mandíbula.

Mierda...

—Si insistes... —respondo con una dura sonrisa.

Mi madre inclina la cabeza en dirección a su bolso y toma su móvil para hacer la llamada. De nuevo ha comenzado a evitarme.

Debería sentirme aliviado por ello, pero solo me siento como un perro apaleado y con las manos vacías.

Poco después ya estamos en el coche de mi familia: un BMW demasiado llamativo para mi gusto, de color azul marino con asientos blancos. Iván lo conduce y cuenta algunas historias sobre los ligues que ha tenido en el pasado. No obstante, al cabo de un rato le hago bajar el volumen de la voz cuando descubro que Rebeca, que ha insistido en ir conmigo a la residencia en lugar de regresar a su casa, se ha quedado dormida recostada sobre el lado izquierdo de mi pecho. Con cuidado, la recoloco sobre mi regazo para darle algo de calor con mi propio cuerpo.

Cuando lo hago, suelta un gemido y sonrío entre sueños.

Hipnotizado por la calidez que desprende ese gesto en su rostro ovalado, hundo egoístamente mi nariz entre las ondas de su cabello, tal como he estado deseando hacer desde que la he visto esta tarde sentada sola en el bar, y dejo que su aroma impregne todos mis sentidos. Huele también al café del hospital que se ha derramado encima.

Me estremezco.

—Gracias —murmuro, y la estrecho más contra mí porque sé que, si la suelto en estos momentos, volverá a tener frío, y me temo que no tendré fuerzas suficientes para luchar contra él esta noche.

Iván detiene el coche frente a la entrada de la residencia. Beca se remueve y alza la barbilla. Su boca entreabierta se pega de pronto a mi yugular,

mientras su suave y húmeda lengua acaricia la piel de mi cuello.

Aguanto la respiración.

—Ya hemos llegado, Kirov —anuncia Iván, y se gira hacia el asiento de atrás, donde estamos nosotros dos.

Su mirada se desvía, con una mueca divertida, hacia mi cuello, donde los labios de Beca están posados; luego se vuelve hacia mí con una expresión burlona.

Chasquea la lengua en señal de camaradería.

—¿Debería dar algún rodeo más? —se ofrece, encantado de poder ayudar.

Rebeca escoge ese preciso momento para alzar una mano desde mi pecho hasta por detrás de mi nuca. Su boca continúa subiendo y, tenso, siento como me lame el lóbulo de la oreja por detrás.

«¡Dios, es tan dulce ahora mismo!», pienso muy afectado.

—Ella parece estar de acuerdo con la idea. ¿Qué hacemos? —inquire Iván aguantando a duras penas la risa.

Le dedico al chófer una mirada fulminante que le obliga a volverse sobre su asiento y a fijar de nuevo la vista al frente, aunque este todavía sigue cotilleando por el espejo retrovisor.

—Nos bajamos —respondo con un gruñido hosco.

Espero a que Iván abra la puerta de atrás para nosotros y luego, con toda la delicadeza de la que soy capaz, cargo a Rebeca en brazos y la llevo hacia fuera del coche, procurando que no se golpee la cabeza.

—Buenas noches, Kirov. Espero que pases una agradable velada —se despide Iván con un gesto serio que no concuerda con sus palabras. Acto seguido, valora de una ojeada las tetas de Rebeca, que se sostienen de manera muy sexy y peligrosa por encima de la línea que marca el escote de su camiseta de tirantes.

Le doy a Iván la espalda de mal humor y no le contesto. A continuación entro en la residencia con el cuerpo más duro de lo que lo he sentido en toda mi vida.

El portero está mirando por la tele un partido de tenis en el que me parece ver a Nadal golpear la pelota. Es una grabación. El hombre está tan centrado que ni siquiera se percata de que entro con Rebeca en brazos. Frunzo el ceño

con disgusto al escuchar parte de los comentarios de uno de los tenistas cuando pasamos por delante.

Ya en el pasillo, agacho la cabeza y tiro con mis dientes del borde del escote de Beca hacia arriba.

—Hola, tío. ¿Qué tal? ¿A la cama? —saluda en tono de complicidad un residente con el que solo he intercambiado unas pocas palabras durante algunas fiestas.

¡Mierda!

Alzo la vista despacio y asiento con una sonrisa fanfarrona. Este sigue su rumbo y por suerte no se entretiene a charlar.

Sin detenerme, subo en el ascensor con Beca hasta mi planta y, cuando llego a la puerta, de algún modo logro sacar las llaves y abrir.

Con el codo enciendo las luces del interior. La habitación está más sucia desde la última vez que estuve aquí, pero, con todo, me siento más relajado de lo que he estado estos días en el aposento que prepararon mis padres en casa.

Carlos no va a pasar la noche en el cuarto. Lo sé porque ha dejado su pelota de fútbol sobre la cama. E intuyo que estará con Jéssica tratando de que esta no tome la decisión de abortar.

Beca se remueve en mis brazos y suelta un suspiro que me deja conmocionado durante unos segundos.

Niego con la cabeza, maldiciéndome. Debería haberla llevado a su casa; así no temería que su madre me cortara los huevos en cuanto me viese.

Me apoyo sobre una de las rodillas y deposito con cuidado a Rebeca encima de mi cama, justo la que hay debajo de la litera. En cuanto acabo de acomodarla, unos suaves golpes suenan sobre la puerta abierta.

Al girarme, me encuentro con Elisa, que viste ropa de dormir.

Rebeca rueda sobre su estómago en ese instante y adopta una posición más cómoda. Elisa la observa, y noto que al volverme a mirar su expresión se enfría.

—Siento interrumpir, pero necesito hablar contigo ahora mismo, Alex. Es sobre lo de Jéssica —explica, y su voz titubea un poco—. ¿Puedes salir un momento para hablar a solas?

Jéssica es lo más parecido a una amiga para Elisa, y Elisa es lo más

parecido a una hermana para mí.

Echo un último vistazo a Rebeca.

—Está bien —acepto—. Espera, no tardo.

Cubro con una manta a Beca y apago las luces. A continuación, cierro la puerta y voy hasta la escalera con Elisa siguiéndome los pasos. No hay nadie alrededor a estas horas; todo está demasiado silencioso.

Me apoyo entre la pared y uno de los escalones mientras Elisa se sienta enfrente de mí con las manos cruzadas después de retirar un chicle seco con la punta de su zapatilla. Se retuerce los dedos como si no supiera cómo empezar. Ella no suele ser tímida, y eso me pone tenso.

—¿Qué sucede con Jérica? —pregunto.

Elisa se humedece los labios varias veces seguidas y luego se los muerde con nerviosismo.

—Elisa... —le advierto.

Ella suspira y tira de los bordes de su camisón: una camiseta tres veces más grande de su talla que regalamos con la primera consumición una de las últimas noches en las que estuve trabajando en el Florida Night.

—Alex... Jérica no está segura de que el padre del bebé sea Carlos —revela.

—¿A qué te refieres? —Mi voz suena más agresiva de lo que pretendo, pero no me disculpo—. El bebé no es mío. Nunca llegué hasta esa base con ella.

Elisa rompe a llorar y comienzo a sentir que el dolor de cabeza amenaza de nuevo con apoderarse de mi masa cerebral.

—Joder, Elisa. Sé clara. Tengo a mi novia sola en el cuarto.

Elisa llora más profundo, y yo me obligo a mí mismo a darle unas palmaditas en el hombro. De repente, ella se abalanza sobre mí y me abraza fuerte, lo que me pilla por sorpresa. Apenas me permite espacio para respirar.

—Alex, Jérica cree que el bebé también podría ser de Héctor. Ella no quería decírmelo porque sabe cuánto me gusta a mí Héctor, y por eso lo ha ocultado hasta ahora —se lamenta.

No puedo sentirme más incómodo. Sin embargo, la responsabilidad que siento por Elisa hace que no la rechace y que no me separe de ella de inmediato.

—Venga, Elisa. Para de llorar, sabes que esto no se me da bien.

—Alex, ¿qué pasa si ahora el bebé es de Héctor? ¿Qué voy a hacer?

—No harás nada, Elisa. Si eso sucede, entonces será un problema de Héctor y Jéssica decidir cómo afrontar la situación.

—Alex... —gime—. Estoy harta de que todos los chicos de los que me enamoro siempre estén prohibidos para mí. Primero fue tu hermano; luego, Héctor, y luego... tú —concluye, y se echa unos centímetros hacia atrás.

Por un breve instante mira hacia algún punto situado a nuestra derecha y después, sin darme tiempo a reaccionar, me besa en los labios.

Mi boca se mantiene cerrada hasta que ella termina. No noto ninguna sensación; no hay excitación, no hay estrellas o nervios a flor de piel como con Beca.

Elisa se aparta decepcionada.

—Has bebido, Elisa. —No es una pregunta, sino una afirmación. Toda ella huele a ron mezclado con algún tipo de bebida gaseosa.

Elisa sonríe, lo que me provoca un escalofrío, y gira de nuevo la cabeza hacia la derecha. Con un mal presentimiento, me vuelvo en la misma dirección que ella.

Rebeca está de pie, con los dedos de la mano derecha sobre los labios entreabiertos. El dolor que veo en sus ojos es como un cuchillo que me parte en dos, y entonces entiendo lo que Elisa ha provocado.

La furia y el asco que crepitan desde mis mismísimas entrañas se apagan cuando veo que Rebeca se echa a correr de nuevo hacia la habitación.

Me levanto muy despacio y con calma me limpio los restos que Elisa me ha dejado en las comisuras de la boca.

—Alex, mírala. Ella ni siquiera confía un poco en ti. ¿Por qué no puedo ser yo? —pregunta con la cara deformada por las emociones.

Observo con lástima a Elisa: ver en lo que se ha convertido desde la muerte de sus padres me produce náuseas. Ella quiere creer que soy mi hermano, pero eso no es así; tiene que saberlo mejor que nadie porque es una de las pocas personas que conoce la verdad.

Le coloco la mano izquierda sobre su cabeza y le doy dos suaves palmadas.

Desesperada, ella me toma de la muñeca con las dos manos cuando

empiezo a subir el siguiente escalón y tira de mí. Yo me vuelvo para dedicarle una mirada de advertencia.

Elisa me suelta de inmediato.

En mi cabeza solo hay espacio para una persona, y esa persona es Rebeca.

Capítulo 30

BECA



Momentos antes...

Estoy viendo de nuevo a mi padre en la cocina de casa discutir a voces sobre nosotros con mamá. Ella para de chillar en cuanto descubre que estoy observándolos.

Alertado por la expresión asustada de mi madre, Daniel se vuelve hacia mí a cámara lenta y me mira con el rostro pálido.

«Rebeca...», me llama. Yo le arrojó entonces la botella de agua, mas él ni se muestra enfadado ni trata de defenderse.

La tristeza que se refleja en su rostro me sorprende tanto que dudo si he cometido un error con él, pero veo su ropa cara y atractiva y luego miro la nuestra, desgastada por el uso y por todos los lavados. Es como si Daniel hubiera vivido despreocupadamente y todavía fuera un prometedor empresario. Sin embargo, nosotros hemos cambiado y aún continuamos luchando por pagar las deudas que él nos dejó.

Una emoción desagradable me rodea la garganta, me presiona y no me permite respirar.

«Pregúntaselo tú misma a tus padres. Pídeles que te cuenten lo que hicieron a nuestra familia hace dos años»: las palabras de Sofía se repiten con rabia y las oigo cada vez más altas en mi cabeza. De nuevo pienso en el traje de mi padre, en que de algún lugar ha debido de proceder el dinero para comprárselo.

Sofía vuelve a meterse entre mis pensamientos con mayor fuerza: «Tu padre cometió un fraude con su empresa».

«¿Cómo ella puede saber incluso eso?», me aterro.

De repente me veo en el coche, camino a la casa de los padres de Alex, con su tía sentada al lado mientras me habla sobre el accidente: «... había habido un gran problema en la empresa que fabricaba los productos que mi cuñado y mis dos sobrinos usaron aquel día. Para ninguna de las partes era conveniente en aquellos momentos que lo supieran los medios de comunicación. [...] adquirió artículos de mala calidad por su bajo precio. Como no había gastado todo el presupuesto, el pobre secretario estaba convencido de que había conseguido una ganga...».

«¡Dios mío! No, no pudo ser mi padre el que produjo aquellos artículos de mala calidad», trato de convencerme.

Siento que el cerebro me va a explotar ante tantos pensamientos y recuerdos conectados entre sí como hilos de una telaraña en esta pesadilla. La sensación es muy dolorosa y, cuando creo que no voy a poder soportar más, entonces pienso en Alex, en la cama del hospital donde estaba tumbado inconsciente y en el coche que iba a la residencia.

«Me quedé dormida», me acuerdo.

Abro los ojos de golpe y dejo que la oscuridad se filtre a través de ellos hasta que empiezo a distinguir pequeñas sombras que me son familiares. Mi cuerpo se relaja poco a poco y el pulso me late otra vez a un ritmo normal cuando reconozco el interior del dormitorio de Alex en la residencia.

—¿Alex? —lo llamo, y estiro una mano sudorosa para palpar a mi alrededor en busca de la calidez de su cuerpo.

Él no está a mi lado y tampoco responde a mi llamada. Sin embargo, alguien me ha cubierto con una manta, y estoy casi segura de que ese alguien ha sido Alex.

Me incorporo para ponerme las Converse, pero descubro que aún las llevo puestas y me extraño de que Alex no me las haya quitado después de tumbarme sobre su cama.

Con cuidado para no golpearme la cabeza con la litera, toco a tientas el mueble y avanzo siguiendo la pared hasta donde recuerdo que estaba el interruptor de la luz. En cuanto lo pulso, descubro que estoy sola en la

habitación.

Cuando voy a dar un paso hacia delante para comprobar si hay alguien en del baño, el pie se me enreda en lo que parece un calzoncillo. Con una mueca de repelús lo lanzo lejos, junto a otro montón de ropa masculina desperdigada por el suelo.

La puerta del baño está entreabierta y Alex tampoco está dentro.

Arrugo la nariz. Carlos ni siquiera se ha molestado en tirar de la cadena, así que lo hago por él. Echo un vistazo a la pequeña cocina americana: en el fregadero hay platos acumulados de al menos dos días que huelen a tomate frito y a latas en conserva, y en uno de los vasos alguien ha metido varios pinceles en remojo con... ¿una aceituna?

Asqueada, sacudo la mano y hago una mueca. Luego voy hacia la ventana, abro uno de los cristales y espero a que la habitación se ventile un poco.

«¡Dios mío, Carlos es un cerdo!», pienso con disgusto.

¿Dónde se habrá metido Alex?

Preocupada, salgo hacia el pasillo, que está tenuemente iluminado por las luces de emergencia, y echo un vistazo a ambos lados. En la parte izquierda, al fondo, me parece ver a Alex sentado en las escaleras de madera hablando con otra persona que intuyo que debe de ser Elisa.

Los cuerpos de ambos están sumidos hasta la mitad en la penumbra, lo que crea un ambiente íntimo y personal, pero desde donde yo me encuentro no puedo ver sus caras con claridad, aunque para mi desagrado sí observo que están abrazados.

Dejo la puerta abierta y con lentitud voy hacia ellos; avanzo paso a paso sobre la moqueta gris que cubre todo el suelo del pasillo mientras contengo el aire en los pulmones. Cuando estoy solo a unos metros de distancia, Elisa gira la cabeza y me ve a través de sus ojos inundados en lágrimas, pero se vuelve tan rápido que me confunde y me hace dudar.

«¿Acaso lo he malinterpretado todo?», reflexiono.

Antes de que pueda sacar ninguna conclusión definitiva, Elisa pega su boca contra la de Alex de forma inesperada.

Él se queda rígido; no se mueve ni una pizca.

«¡Dios mío, no puedo creer lo que estoy viendo!», me sobresalto.

El cuerpo me tiembla entero y me cuesta un gran esfuerzo mantenerme sobre mis piernas. Siento que voy a desvanecerme y que voy a vomitar todo mi corazón por la boca.

—Has bebido, Elisa —oigo que de pronto dice Alex con una voz gélida y cortante.

Ella se separa de Alex y luego se vuelve hacia donde yo estoy. Me dedica una mirada provocadora y dibuja despacio una sonrisa satisfecha al ver mi cara.

Jamás he odiado a nadie, excepto a mi padre cuando nos abandonó, pero ahora ya no estoy tan segura de mí misma.

Alex se mueve en la misma dirección que Elisa, y es justo en ese preciso momento cuando se da cuenta de mi presencia.

Me llevo los dedos de la mano derecha a la boca y retrocedo un paso; luego otro más de espaldas y, por último, me doy la vuelta y me pongo a correr hasta que alcanzo el dormitorio de Alex. Una vez que estoy allí, me tiro sobre la cama de abajo y me cubro con la manta.

Ignoro el ruido que Alex hace al entrar cuando cierra la puerta, se sube a la cama y se coloca a mi espalda, de costado.

—Rebeca, ¿estás bien? —pregunta, y desliza su mano por mi hombro.

Al instante me deshago de su mano y me pego más contra la pared, marcando una distancia entre los dos, pero él vuelve a arrimarse a mí y trata de posar su boca sobre mi mejilla mientras murmura palabras dulces. Toda la piel me arde y la sangre me bulle dentro del corazón como un volcán.

Alex huele a Elisa: a alcohol y a alguna clase de perfume empalagoso. Estoy tan furiosa que temo cometer una tontería.

Me remuevo hacia un lado y me siento sobre la cama con la mirada fija en lo que parece un condón roto, pero sin usar, en una de las esquinas del colchón. El estómago se me revuelve.

—Rebeca...

—La has besado, Alex —digo, y cierro con fuerza los párpados. Quiero borrar esa imagen de mi cabeza, pero no lo consigo.

—No, no lo he hecho, Rebeca —me contradice él sin perder la calma de su voz—, y lo sabes.

—Has dejado que ella te besara. Es lo mismo, Alex —replico todavía

enfadada, aunque mucho menos que al principio—. ¿Por qué no se lo has impedido? —pregunto directamente y lo miro a los ojos; él no me evita y me devuelve la mirada con mayor intensidad.

—No quiero a Elisa del mismo modo que a ti, Rebeca. Ella es como una hermana menor para mí, nada más. Lo que ha pasado ahora no guarda relación con nosotros: mis sentimientos por ti no van a cambiar, y a Elisa se lo he dejado muy claro. Esto no volverá a ocurrir —zanja muy serio.

Dejo que el aire salga despacio por mis pulmones. En el fondo, sé que Alex es sincero conmigo; yo misma he visto que la trataba con frialdad y le decía que estaba borracha.

—Eh, mírame, mi musa. Solamente te quiero a ti —declara Alex, y me toma de la barbilla con el pulgar y el dedo índice para que no lo esquite—. Solamente puedo pensar en ti —continúa, y con la punta de su nariz me roza la mía en una tierna caricia, primero de arriba abajo y después hacia los dos lados—, solo tengo ojos para ti. —Las pestañas de su ojo izquierdo tocan en ese instante las de mi ojo derecho en un beso de mariposa—. Solo a ti, Rebeca.

Justo cuando me va a besar en los labios, las tripas de ambos suenan estrepitosamente. Tanto Alex como yo nos quedamos paralizados. Él se retira hacia atrás y se rasca la cabeza; yo hago algo similar, sin saber cómo reaccionar.

Alex me observa y yo le devuelvo la mirada.

Los dos soltamos una carcajada al unísono que relaja la tensión que hemos vivido hace un momento.

—Creo que deberíamos cenar algo —propone Alex, y va hasta el frigorífico. De nuevo, se pone tenso.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¿Qué tal si salimos a cenar fuera esta noche? —sugiere en un tono que me hace sospechar.

No trato de indagar lo que ha descubierto en la nevera, mas puedo hacerme una ligera idea de que el origen del problema está relacionado con Carlos.

—Está bien, pero... —Me pongo roja. No sé cómo continuar. Alex va hasta donde estoy sentada en la cama y se pone de cuclillas frente a mí.

Luego apoya las manos sobre mis rodillas. Un escalofrío me recorre la columna vertebral.

—¿Pero? —me anima a continuar.

Tiro de mi camiseta manchada de café y él baja la vista hasta mis pechos con curiosidad. Su mirada tarda en elevarse de nuevo hasta mis ojos, y cuando lo hace distingo un breve centelleo enigmático en ella.

A continuación se levanta y juega un instante con su *piercing* antes de anunciar con voz ronca:

—Me voy a dar una ducha... —Alza la mano izquierda hasta su cuello y se toca cerca de la yugular—. Puedes coger lo que quieras de mi armario, Rebeca —dice en voz grave, y se da la vuelta.

—Alex..., ¿estás bien? Quiero decir, ¿no te dolerá la cabeza o no tendrás cualquier otro síntoma extraño? —pregunto inquieta, y él se vuelve.

—Estoy bien, mi musa —responde, y me guiña un ojo.

Junta los labios con fuerza y suelta el aire por la nariz. No es una broma, pero él actúa como si lo fuera. No necesito que simule estar siempre bien delante de mí, sino que lo esté de verdad.

—¿Te ha ocurrido más veces lo de esta tarde, aparte de hoy? —inquiero con un presentimiento negativo.

Alex no contesta de inmediato y se toca el *piercing* de la lengua, esta vez con un dedo.

—La noche en la que me golpearon en la cabeza. ¿Crees que me dejaron alguna secuela? —comenta tan serio que sé que está riéndose de nuevo de mí.

—Alex... —digo preocupada.

—Tal vez un par de veces. Sí —responde taciturno, y no añade nada más. No vuelvo a presionarlo.

A continuación, mientras él se mete en el baño, yo me dedico a buscar algo de ropa que me pueda servir. En uno de los cajones veo una camiseta blanca que parece más pequeña que las otras, así que me la pongo por encima y pruebo a anudarme la tela sobrante del bajo a un lado de la cintura.

Alex sale poco después del baño ya vestido; con movimientos bruscos y sexys, está secándose el pelo con una toalla blanca.

Lo observo divertida.

—¿Qué tal? —pregunto dándome una vuelta completa.

Por un instante, me parece que Alex abre mucho los ojos, pero su expresión cambia tan rápido que no estoy segura de ello. No dice nada y continúa mirándome de un modo muy intenso unos segundos después de que me haya parado frente a él.

—¿Qué ocurre, Alex? ¿No te gusta cómo me sienta? —Doy un paso hacia delante y ladeo la cabeza.

Al final, Alex hace un leve y lento asentimiento de la barbilla que demuestra que le agrada lo que ve. Su boca se entreabre como si fuera a decir algo, pero se calla.

Acto seguido, tira la toalla sobre su cama y se inclina para agarrar sus llaves con más fuerza de la necesaria, dándome la espalda. Los hombros se le marcan bajo la camisa, que lleva remangada sobre los codos.

Me relamo los labios.

—¿Estás lista? —pregunta Alex en un tono que intuyo excitación, tras lo que se endereza. Por un instante me parece notar que sus ojos descienden hasta mi boca con deseo.

Lo que siento en él me gusta.

—Sí —respondo con una sonrisa inocente; en estos momentos, su expresión me recuerda un poco a la de Gruñón en Blancanieves.

Él me pasa un brazo por la cintura y luego me da una palmada cariñosa en el trasero, provocando que dé un pequeño saltito.

—Vamos, mi musa —me susurra a la oreja con calidez, y siento que sus labios se apoyan no mucho más de un segundo sobre mi mejilla como una promesa. El tiempo justo para que mi corazón lata más rápido y me sienta enrojecer.

Por el camino, el móvil de Alex suena varias veces, pero él lo ignora y ni se molesta siquiera en comprobar de quién se trata. Tampoco silencia las llamadas, ni apaga su teléfono.

Su mano derecha se desliza poco a poco sobre mi cadera y me da un ligero apretón cuando escuchamos su tono de nuevo, una canción de OneRepublic: «Love Runs Out».

Bajamos del autobús y nos detenemos en uno de los semáforos, al lado de un grupo de chicos que parecen estar a punto de ir a alguna fiesta.

No muy lejos de nosotros hay un restaurante; un letrero en la parte

superior que anuncia «Restaurante El Cosaco» en letras mayúsculas y doradas. Dos focos verdes de metal alumbran el nombre.

—¿No vas a contestar? —pregunto, y desvío la atención del edificio. Estoy pensando en la madre de Alex y en que la dejamos a cargo de todo el papeleo del hospital.

—No. ¿Has probado alguna vez comida rusa, Rebeca? —inquire Alex desviando la atención de mi pregunta.

—No —respondo, siguiéndole el juego solo por un momento—. ¿Y si es tu madre con los resultados de los análisis? —digo, y expongo en voz alta mis sospechas.

—Entonces puede mandármelos por correo, y ya los leeré. ¡Vamos, Rebeca, el restaurante está ahí mismo! —dice, y se echa a correr tirando de mí hasta la puerta del local como un niño.

Sin embargo, al entrar se queda paralizado en la misma entrada. Noto como agarra mi mano con más fuerza.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Él empieza a darse la vuelta antes de que pueda averiguar lo que sucede. No obstante, alguien lo detiene por el hombro y lo obliga a volverse. Al alzar la vista, veo a Dmitry, el padre de Alex.

Capítulo 31

BECA



El camarero nos ha hecho sentarnos a los tres en una mesa redonda situada dentro de un romántico salón en cuyo techo, paredes y resto de la decoración se aprecian pequeñas referencias a los zares rusos de la historia. A unos metros de donde estamos descubro que también hay una chimenea de hierro fundido sobre la que han colgado un elegante espejo que refleja casi toda la estancia, y en la repisa alcanzo a ver un jarrón dorado entre dos candelabros con una vela blanca apagada cada uno. El conjunto resulta bastante impresionante.

—Beca, ¿verdad? —pregunta el padre de Alex justo cuando me estoy colocando la servilleta sobre las rodillas. Desearía ir mejor vestida, pero ya es demasiado tarde para pensar en ello.

—Sí —respondo con timidez—. Nos vimos en el centro comercial hace unos meses. Siento que en aquella ocasión no pudiera presentarme de la forma debida.

Alex escoge ese preciso momento en el que estoy hablando para arrastrar ruidosamente su silla y acercarla a la mía. Me contengo para no dedicarle una miradita cuando alarga su brazo y tira también de mi asiento hasta el suyo. Nuestras piernas se tocan por los muslos, pero, no contento con ello, deja una mano sobre mi rodilla. Todavía me sorprende que Alex haya aceptado la invitación de su padre para cenar juntos los tres.

Su padre carraspea para llamar de nuevo nuestra atención.

—Tienes un nombre pretencioso, Beca. ¿Viene de Rebeca? —se interesa Dmitry con la voz algo estrangulada al pronunciar las erres.

Me quedo paralizada, sin saber qué contestar. Creo que ha querido decir precioso.

Alex, que acaba de llevarse un trozo de pan a la boca, comienza a toser con gran escándalo en cuanto oye lo que su padre dice. Escupe la miga del pan justo cuando me agacho sobre él para ayudarlo y esta va a parar en el espacio que deja el cuello de mi camiseta y se me queda entre el escote. Alex apenas puede contener la risa y yo no puedo estar más roja.

«¡Oh, no! ¡Madre mía!», pienso.

Dmitry no se percata de lo que sucede y llena un vaso de agua para Alex. Todavía no ha hecho ningún comentario sobre lo ocurrido a Alex esta tarde, pero es evidente que está preocupado por ello.

—Te ayudo, Beca —dice Alex sin llegar a tocar el vaso, y se levanta de su asiento.

—Por favor, no —mascullo casi histérica—. Vuelve a sentarte, Alex —chisto.

—¿Sucede algo? —pregunta Dmitry mirando al uno y al otro—. ¿Puedo ayudar?

—No —saltamos Alex y yo al unísono, dejándole desconcertado.

—No, gracias. Solo era una mosca —lo tranquilizo con una sonrisa.

«No, no es una mosca, pero es casi tan molesto como si lo fuera», pienso, y me remuevo incómoda en la silla. El trozo de pan se me clava más entre los pechos y me provoca un inesperado gemido. Me tapo la boca y toso para disimularlo.

Alex se vuelve hacia mí con un aire burlón en el rostro y me dedica una mirada desafiante mientras me pasa su vaso lleno de agua. Lo ignoro.

—Dmitry, ¿suele venir mucho por aquí? —pregunto después de beber un poco de agua.

—Por favor, tutéame, Beca. Y sí, conocemos al dueño desde hace varios años. En este restaurante sirven algunas de las mejores sopas que he probado. Me alegro de que Alex te haya traído esta noche aquí. ¿Recuerdas cuál era tu favorita, hijo?

Alex tensa la mano sobre mi rodilla; puedo imaginarme lo que está

pensando. Con un estremecimiento, noto como su pulgar asciende en círculos por encima de la tela vaquera de mi pantalón y forma una «A» perfecta en mayúscula.

—No —contesta Alex escuetamente, y deja de nuevo que seamos nosotros los que llevemos toda la conversación.

Dmitry llama al camarero y pide una selección de platos sin necesidad de mirar el menú. Cuando gesticula para confirmar el pedido, un mechón rebelde le cae sobre la frente. Tiene un cabello precioso de un color rubio ceniza, peinado como si acabara de salir de una reunión de negocios importante, y por la barbilla noto una barba incipiente de dos días. De algún modo Dmitry me trae recuerdos de la primera vez que vi a Alex en el aeropuerto.

—¡Oh! ¿Te gusta la literatura, Beca? En casa tenemos una amplia biblioteca —señala Dmitry encantado cuando menciono que en las últimas semanas he echado en falta más tiempo para leer.

—De aburridos clásicos y manuales de consulta sobre historia del arte —especifica Alex, interviniendo de manera voluntaria por primera vez.

Sonrío satisfecha.

—Me gustan los clásicos, Alex. Comencé a leer gracias a Mark Twain y Julio Verne cuando tenía once años —informo, y detengo el peligroso avance de sus dedos por mi muslo. El calor asciende hasta mis mejillas—. En casa no tenemos muchos libros, por lo que suelo cogerlos prestados de la biblioteca, pero en general leo un poco de todo cuando puedo. Neruda me encanta.

—No sabía que te gustara tanto leer, Beca —dice Alex sorprendido.

—Nunca me lo has preguntado, Alex —respondo. Él me observa detenidamente, como si estuviera viéndome por primera vez.

—Beca, ¿conoces la canción que suena de fondo?

Miro al padre de Alex y niego expectante. Él dibuja una sonrisa, complacido con la idea de poder explicarme lo que sabe.

—Se llama «Kalinka», y su nombre procede de la Kalina, un arbusto con bayas amargas de color rojo intenso. Los frutos contienen en su interior la semilla, en forma de corazón. Y lo que estamos escuchando es una antigua canción popular rusa, aunque algunos no la consideran así debido a que fue

compuesta en el año 1860 por Iván Petróvich. —Dmitry se rasca detrás de la cabeza y hace una pausa antes de continuar—. La letra es una metáfora, y habla sobre una chica joven y hermosa. Muchos piensan que también se hace referencia a un chico enamorado de ella que permanece tumbado a la sombra de un árbol. —El padre de Alex comienza a cantarla en un sonoro acento ruso, sin desafinar.

La cálida luz del techo y las paredes empapeladas lo rodean confiriéndole un aspecto de cosaco, confiado y diestro en las artes militares. Tengo una sensación como si me hubieran trasladado en el tiempo y de país. Es casi mágica.

La gente sentada a las otras mesas para de hablar. Miro de reojo a Alex: todo asomo de burla ha desaparecido de su rostro, sustituido por una expresión melancólica. Preocupada, observo como se sirve en su copa una gran cantidad de vodka de la botella que acaban de abrir para nosotros y la bebe de un solo trago, sin haber empezado a comer. El líquido es tan claro como el agua y resulta engañoso a la vista. Alex se sirve de nuevo y balancea con suavidad el poso que ha quedado en la copa mientras lo mira demasiado concentrado. Parte del pelo le ensombrece la mirada.

Sacándome de mis pensamientos, el camarero regresa con el primer plato, algo que anuncia como ensalada Olivie y que a mí me parece una ensaladilla rusa, solo que sin atún ni aceitunas.

De pronto Dmitry para de cantar y se levanta de su asiento con un movimiento brusco. Alex deja de jugar con el tenedor y alza la vista; yo le sigo después.

—Siento llegar tarde, Dima. Tuve que... —La madre de Alex no acaba su frase, solo nos observa sorprendida.

—Tranquila, Kalinka —dice Dmitry llamando a su mujer cariñosamente con el mismo nombre de la canción que acabamos de escuchar. Ahora puedo entender por qué los ojos le brillaban tanto mientras cantaba—. Todavía no hemos empezado a cenar. —Hace una pausa y extiende una mano hacia mí —. Kalinka, ¿conoces ya a Beca, la novia de Alex? —pregunta.

La madre de Alex aprieta contra su estómago un sobre del tamaño de un folio y toma asiento donde el camarero acaba de colocar un plato de ensalada, justo frente a la silla que hay libre al lado de Dmitry. Este la ayuda a

acomodarse y después vuelve a su sitio.

—Sí, nos hemos visto hace un rato en el hospital —responde con una sonrisa amistosa, nada que ver con lo que Sofía me ha hecho creer de su hermana. «Tal vez en realidad la malinterpreté aquella noche», dudo—. Hola, Beca. —Hace una pausa con un leve titubeo—. Hola..., Alex. ¿Estás bien?

Alex no responde y siento que quiere huir de nuevo. La presencia de Ángela parece inquietarle sobremanera. «¿Por qué lo pone tan nervioso? ¿Qué ocurre entre ellos dos?». Veo alarmada que él se incorpora sin disculparse y coloca una mano sobre mi hombro con fuerza. «¿A qué le teme?».

Me tenso al intuir lo que va a decir...

No obstante, ninguno de nosotros tiene la oportunidad de escucharlo. Mis tripas experimentan el placer de quejarse precisamente en ese momento a causa de los nervios, y todas las miradas van directas hacia mí.

«¡Dios mío, trágame tierra!», ruego solo para mi fuero interno.

—Voy al baño. Ahora regreso —anuncia Alex con brusquedad.

Los tres comenzamos a comer sin él, pero mi apetito casi se ha disipado. Dmitry trata de contar algunas historias, todas sobre Eduardo y Alex, y aunque me interesan, me es difícil concentrarme en la conversación. Ángela mira su reloj. Creo que ambas estamos pensando en lo mismo.

—Voy también al baño. —Me disculpo con ambos, y me levanto de la silla para ir en la misma dirección que he visto que Alex seguía hace unos instantes.

Cuando llego a los servicios, lo encuentro en el de hombres; la puerta está entreabierta. Al acercarme, veo que la cara y parte del pelo gotean agua sobre el espejo en el que ha dejado apoyada la frente. Varios hilos transparentes de humedad discurren por la superficie y se deslizan hasta el desagüe del lavamanos.

El baño es solo para una persona y no parece haber nadie más con él, así que doy unos pasos hacia delante y me sitúo por detrás. A continuación, lo abrazo y dejo mi mejilla reposando sobre su cuerpo, por debajo de sus omoplatos.

Alex coge mis manos con la suya.

—¿Crees que puedo hacerlo, Rebeca? —pregunta en voz baja; nunca lo

he escuchado tan indeciso.

Froto mi mejilla contra su espalda porque me imagino lo difícil que esto puede ser para él, y luego me pongo de puntillas y le planto un pequeño beso donde deduzco que está la cicatriz. Lo noto estremecerse durante un segundo.

—Alex, confía en ti mismo. Sea lo que sea, sé que puedes conseguirlo.

Él se da la vuelta en mis brazos y me mira. Despacio, veo dibujarse en sus labios una sonrisa, pero esta desaparece tan rápido como ha llegado.

Un intenso deseo de confortarlo oprime mi corazón. Con una de las toallitas de papel le seco el rostro sin dejar de examinarlo.

—Déjame probar algo, Alex —se me ocurre decir, y voy hasta la puerta del baño con una sola idea en mente. Después de cerrar, hecho el pestillo—. Solo será un momento. Supongo —añado titubeante.

—Vaya, ¿debo preocuparme, Rebeca? —comenta Alex en un tono socarrón, sin dejar de observarme con curiosidad y cierta diversión. Al menos he conseguido que ya no muestre esa dura expresión de impotencia.

Sonríe e intento que no note lo nerviosa que me siento ahora mismo, porque sí, creo que voy a estallar en mil pedazos antes de terminar con esto.

—Solo un poco —respondo, y coloco una mano extendida entre los firmes pectorales de Alex. El agacha la barbilla y fija toda su atención en el lugar donde lo estoy tocando como si ello le quemara.

Despacio, voy escalando con los dedos hasta detrás de su cuello de una manera que espero que resulte sexy.

«¡Dios mío! Espero que esto funcione», grita mi subconsciente.

—Bésame, Alex —ordeno.

Alex se ríe y me dedica una mirada con los ojos entornados.

—Beca, esto me gusta, pero no...

—Bésame, Alex —repito con más fuerza. Luego apoyo mi pecho sobre el suyo y lo froto contra él de tal modo que se sienta lo suficiente tentado para no pensar en nada más—. Solo bésame —pido con más dulzura.

El azul de los ojos de Alex se enciende y suelta chispas con un deseo intenso. Sin previo aviso, me atrae contra su cuerpo por la cintura en un pequeño empujón, provocando que alce la barbilla hacia él, y hunde con un movimiento apasionado su suave lengua dentro de mi boca. Siento brasas en mi paladar y el sabor del vodka que él ha estado bebiendo. Una constante

sensación de mareo y embriaguez me persigue a medida que Alex avanza sobre mi piel. Primero mordisquea una de las comisuras de mis labios, luego parte de mi mandíbula, y continúa por debajo de ella.

Tiemblo.

«¡Dios mío! Mis piernas son como queso de untar ahora mismo», me asusto.

Apenas noto que mi camiseta ha desaparecido. Estoy perdiendo el control de mis propias acciones. Suspiro y aspiro cogiendo el aire justo para no desmayarme. Alex me levanta por el trasero y, con un pequeño salto, hace que me siente sobre el lavamanos sin dejar de acariciarme con frenesí. Su cabeza desciende hasta mis pechos apretados bajo el sujetador de encaje negro que llevo puesto, y su lengua juguetea en medio de un modo que me hace enloquecer. Cierro los párpados con fuerza; solo los abro cuando Alex alza la vista de nuevo para capturar mi mirada. Entonces descubro que, como un trofeo, sostiene entre los dientes el trozo de pan que tenía antes entre mis pechos. Lo había olvidado por completo.

Alex se traga el pan y sonrío.

—¿Más cómoda? —pregunta con un gesto arrogante.

No permito que sepa las muchas sensaciones que ha provocado en mí y camuflé mis sentimientos con otra sonrisa desafiante.

—Gracias, Alex —respondo—. Ahora me toca a mí ponerte más cómodo —continúo, y lo empujo con suavidad hacia atrás para bajarme del lavamanos.

—No sé si más cómodo, pero sí mucho más duro, mi musa —replica con voz ronca y con una pequeña risa que me despista durante un breve instante. Su mirada me recorre de arriba abajo antes de volver a mis ojos.

Sitúo un dedo en medio de sus labios para que no diga nada más y deslizo la yema dibujando pequeñas eses desde la curva de su mentón, pasando por la nuez de la garganta, que pega un pequeño salto cuando la rozo, y por su pecho fibroso y trabajado, hasta la costura de los vaqueros. Luego hago que Alex se apoye de espaldas en la pared y desbotono sus pantalones.

Al instante, él coloca una mano sobre la mía y me lanza una mirada de advertencia.

Su respiración se escucha agitada, e imagino que está haciendo un gran

esfuerzo para conseguir que yo pare. Ya no hay ningún rastro de arrogancia en él, solo pasión.

—Quiero hacerlo, Alex —digo, y aparto con suavidad su mano. Le doy un pequeño beso en los labios y otro sobre su corazón, que late acelerado. Quiero que esta noche se olvide del Alex que él ha creado y sea él mismo, sin capas, sin una máscara ni ilusiones generadas por su pasado.

Flexiono las rodillas antes de apoyarlas en el suelo y dejo caer la frente sobre su vientre plano.

Alex deja de respirar y yo aprovecho la ventaja de su parálisis temporal para bajar la cremallera de sus pantalones y tomar su excitado miembro con una de mis manos. Un temblor de emoción se apodera de mí antes de llevármelo a la boca con un ligero beso.

—Rebeca... —gruñe Alex, completamente rígido. Sus dedos se hunden en mi cabello y tiran de él sin llegar a hacerme daño.

Animada por todo lo que he logrado, continúo acariciándolo. Alex suelta un gemido afectado, como si esto fuera demasiado incluso para él.

—Joder, Rebeca —masculla más alto cuando acelero el ritmo. Sus caderas se unen a mí todavía con mayor energía y desenfreno. Cada vez más rápido, más profundo... De repente, se detiene. Alex arquea los dedos sobre mis hombros como si apenas pudiera contenerlos y se deja llevar con un pequeño jadeo, un medio rugido salvaje que temo que alguien haya podido oír desde afuera. Justo a tiempo, se separa de mí con un enorme esfuerzo para no mancharme y se sostiene en pie, con la palma de la mano extendida sobre la pared.

Una capa de sudor hace que le brille el rostro, y sus ojos parecen más vivos después de lo que hemos compartido.

—¡Dios, Beca! No puedo creer que lo hayas hecho —exclama.

Alex se agacha y de cuclillas me da un largo beso en los labios, relamiendo su propio sabor en ellos.

—Deja que te limpie primero, mi musa.

Me ayuda a ponerme de pie y a acercarme hasta el grifo.

Ya presentables, salimos del baño en dirección a nuestra mesa. Tanto el padre como la madre de Alex están concentrados revisando unos documentos que tienen delante, y ni siquiera se percatan de que vamos hacia ellos.

Inquieta, deduzco que esos papeles son los que Ángela traía consigo en el sobre que sujetaba al llegar al restaurante.

Cuando nos aproximamos un poco más, logro escuchar parte de lo que están hablando y me detengo. Alex hace lo mismo.

—¿Crees que puede ser alguna secuela de la operación, Dima? Todavía pienso que deberíamos consultar con más expertos sobre el tema.

—Será difícil convencerlo de que se haga más pruebas, Kalinka.

—Aun si creo que...

Dmitry acaricia el hombro de su mujer con cariño.

—Lo sé, Kalinka.

«¿A quién se están refiriendo?», me preocupo.

Observo a Alex, que también les ha escuchado y que frunce el ceño en señal de disgusto. Antes de que pueda oír nada más, carraspea para llamar la atención de ambos e impide que pueda comprender qué sucede y de qué operación están hablando.

Los dos se vuelven sobresaltados. Ángela aprieta el papel que tiene entre las manos y mira hacia a su hijo con los ojos abiertos de par en par.

—Alex... —musita, y lentamente su expresión se endurece. Hay cautela en su mirada.

De pronto siento que estoy a punto de descubrir una parte muy relevante del pasado de Alex. Una información que puede cambiarlo todo.

Capítulo 32

BECA



Súbitamente, el tiempo se detiene y me siento transportada a un tercer plano desde el que puedo ver el triángulo de incertidumbre que forman los tres: padre, madre e hijo, ubicados cada uno en un vértice. Dmitry contempla a su mujer con precaución y abre la boca para decir algo cuando el ambiente se vuelve insoportablemente tenso, pero Alex se adelanta.

—Siento el retraso —se disculpa de forma concisa y sin ningún tipo de emoción especial. Luego se sitúa detrás de mi silla y la retira amablemente para mí—. Rebeca —me llama Alex.

Parpadeo mientras salgo de mi trance y voy hacia él sin dejar de observarlo. Cuando estoy a punto de sentarme, tropiezo. Alex me sostiene a tiempo y evita un desastre.

—Gracias —contesto apurada.

Alex me guiña un ojo con picardía, con lo que entiendo que quiere transmitirme el mensaje de que no me preocupe, y deja su mano más tiempo del necesario sobre mi costado, muy cerca de mi pecho. A continuación, toma asiento como si nada acabara de suceder.

Sus padres lo estudian desconcertados, y admito que yo también estoy un poco sorprendida.

Es como si estuviéramos encerrados en la misma habitación con una bomba de relojería y alguien hubiera puesto un candado por fuera. No hay ventanas, y solo nos tenemos a nosotros mismos para tratar de averiguar el

modo de encontrar una solución o prever lo que sucederá en el minuto siguiente.

«¡Madre mía! ¿Qué está pasando por su cabeza ahora mismo? Si tuviera dinero, lo apostaría todo en este momento para saberlo», se me ocurre.

—¿Son esos los resultados de esta tarde? —pregunta Alex con un tono de voz que no demuestra un verdadero interés.

—¿Resultados? —repite Ángela como si sintiera que no lo ha oído bien.

Con un gesto de la mandíbula Alex, señala paciente los documentos que sostiene su madre.

—Mis resultados médicos. ¿Son esos? —dice. Luego se lleva a la boca un buen pedazo de pan con ensalada y engulle con los carrillos llenos de un modo despreocupado.

Ángela mira primero a su hijo y después a su marido con inquietud. La pareja intercambia un gesto de asentimiento: ambos parecen haber adoptado una decisión que solo ellos dos conocen.

—Sí, Alex. Lo son. ¿Quieres verlos? —ofrece.

Alex da un trago a su vaso y se toma su tiempo para responder mientras apoya el recipiente de nuevo en la mesa. Veo como baja su mano libre hasta el muslo que roza mi pierna y agarra el tejido oscuro de su pantalón unos segundos.

Su rostro es un mar en absoluta calma, sí, pero solo está actuando para todos nosotros; en el fondo, continúa escondiendo sus verdaderos sentimientos.

Alargo mi mano para tocarlo, pero él levanta su brazo justo en ese instante y coge el tenedor.

A pesar de todo, Alex se percata en el último momento de mis intenciones y me da un jugueteón golpecito con su rodilla.

Doy un suspiro de alivio.

—No es necesario, mamá. ¿Qué ha dicho el doctor? —inquieta Alex antes de dar otro bocado a su plato. Está ansioso por saber cuál es su estado de salud, aunque no lo quiera admitir libremente.

—Insiste en que solo es cansancio, Alex. Pero tu padre y yo tenemos otra opinión diferente. Hijo, creemos que...

—Entonces estoy bien. Solo necesito dormir más horas —zanja Alex.

Ángela lo mira frustrada y de repente se me ocurre que tal vez Alex esté evitando hablar del tema porque yo estoy presente.

«¿Acaso sus repentinos desmayos tienen que ver con aquella operación de la que hablaban sus padres antes de que llegáramos?», intuyo. La inquietud se incrusta debajo de mi piel como una serpiente y se desliza por mis venas sinuosamente, produciéndome una molesta y constante sensación de malestar.

Tiro mi propio tenedor al suelo.

—Iré a por uno limpio —me disculpo, y me preparo para levantarme. Alex me da su tenedor y llama al camarero. En ruso, le transmite una orden rápida, y este regresa con otro cubierto casi al instante.

Miro mi tenedor manchado de salsa y observo el suyo brillante. Supongo que este es mi pequeño castigo.

Me ruborizo. Alex se ha dado cuenta de mi plan.

—Alex... —dice Ángela para llamar su atención. Él deja de mirarme con esta cara de póquer y se vuelve hacia su madre con un movimiento vago—. Unos análisis de sangre no pueden ser concluyentes. Si te haces un examen médico completo, tu padre y yo nos sentiremos mucho más tranquilos —añade esperanzada.

—No veo la necesidad —rechaza Alex de inmediato. Parte de su imperturbable expresión ha desaparecido—. Me encuentro bien.

Mi cabeza va de uno a otro como si estuviera asistiendo a un partido de tenis. Me siento impotente por no poder hacer nada en absoluto.

—Alex, todavía no lo sabemos con seguridad. Por favor, cede en esto —suplica Ángela con ojos brillantes y emocionados.

Dmitry carraspea y rodea con un brazo a su mujer.

—Deberías hacer caso a tu madre, hijo —la apoya—. Con estos temas no es bueno dejar ningún cabo suelto. Los desmayos pueden ser un efecto secundario de...

Alex inspira profundo y resopla.

Ahí aparece de nuevo, esa flecha en un arco tensado en toda su longitud que está lista para hundirse en el pecho de cualquiera de ellos.

Alex vuelve la cabeza hacia mí con su penetrante mirada.

—Rebeca, aún no has probado tu filete. ¿Quieres que pida otra cosa para

ti? —sugiere con una sonrisa, aunque noto que la postura de su mandíbula es tirante de un modo sutil.

—¡Oh, no! Está bien así, Alex —baluceo rápido.

A continuación, sonrío también y corto un trozo grande de filete para llevármelo a la boca, pero la carne que pasa por mi garganta me provoca un nudo y me hace toser atragantada.

De inmediato, Dmitry llena de agua mi vaso vacío y yo bebo con ansias hasta que logro ingerir la carne. Alex me masajea la espalda y luego deja su palma apoyada cerca de mi cintura. El calor que emana su piel hace que me calme un poco, aunque todavía no del todo.

Ángela me observa con fijeza unos segundos y después guarda toda la documentación que hay sobre la mesa de nuevo en el sobre con evidente frustración. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—Pronto acabas el instituto, ¿verdad, Beca? —pregunta Dmitry con una agradable sonrisa dibujada la boca. Sus palabras combinadas con un rudo acento y atractivamente torpe me tranquilizan un poco.

—Sí, hace unos días hice mi último examen —respondo contenta por el giro que ha tomado la conversación. Cojo mi servilleta y me limpio los labios con pequeños toques.

—Mi hermana no deja de decir cosas buenas de ti desde que te conoció. Pareces haber causado muy buena impresión en ella —interviene la madre de Alex de pronto. Algo en su tono hace que se me erice el vello de los brazos —. Ayer mismo me comentó que tienes distintos empleos para seguir con tus estudios y ayudar en tu casa. ¿Cuántos hermanos tienes, Beca? Creo recordar que Sofía dijo que erais cuatro. ¿Me equivoco?

—No, es cierto que somos cuatro —contesto despacio.

Sofía le ha hablado de mí, y temo otra cosa que haya podido decirle... Un regusto amargo se ciñe a mi paladar.

—¿A qué se dedican tus padres? ¿Les parece bien que tengas tantas ocupaciones a tu edad? Debe de ser muy difícil para ti concentrarte en tus estudios —continúa disparando Ángela sin darme tregua.

Nerviosa, me muerdo el labio inferior. Alex acaricia mi piel y me da un leve apretón.

—No recuerdo que hayamos entrado en una comisaría de policía, mamá

—interviene Alex, y le manda una mirada de advertencia que acaba en una sonrisa que no le alcanza a los ojos—. ¿Puedes parar tu interrogatorio con mi novia? Soy yo el que sale con ella, no tú.

Ángela se ruboriza de un intenso rojo.

Dmitry da unas palmadas en el aire y después toma la mano derecha de su mujer para besarle los nudillos.

—Kalinka, Alex tiene razón. Vas a asustar a Beca y después no querrá volver a vernos —dice, y se vuelve hacia mí con una expresión de disculpa—. Perdona a mi mujer, Beca. Alex es nuestro único hijo y no podemos evitar interesarnos por todo lo que tiene que ver con él.

Ángela esboza una afligida sonrisa y percibo que no le agrada que la hayan interrumpido.

—Siento si he parecido una entrometida, Beca. Es la primera vez que Alex nos presenta a una chica que le gusta. —Suspira—. Hasta ahora nunca había mostrado ningún interés en tener una relación formal. En eso siempre ha sido similar a su hermano.

—¿Sí? —me intereso.

—Sí, pero en el caso de Eduardo se debió a que siempre fue muy enfermizo y tímido hasta la secundaria —explica Ángela como si tratara de justificarlo—. Nunca se mostró interesado por ninguna chica, y tampoco llamaba mucho la atención, todo lo contrario que Alex. Durante años tuvimos varios conflictos con las chicas a las que dejó. De hecho, también tuvimos problemas por todas las peleas en las que se metía. Nunca ha sido de carácter fácil.

Sorprendida, lanzo un breve vistazo de curiosidad hacia Alex. Él ya me había comentado algo sobre su infancia cuando todavía no conocía su verdadera identidad, pero me resulta extraño que no fuera popular entre las chicas como lo es ahora.

—Ya es suficiente. Esta charla sobre mí acaba ahora. Me estás haciendo ruborizar ante Rebeca, mamá —corta Alex con una mueca sardónica—. ¿Qué tal si ya pedimos el postre? —propone, e inclina su cuerpo hacia delante y me da un tierno beso por encima de la oreja. Su nariz se hunde en mi pelo y noto como inhala hondo a través de los orificios nasales—. Es hora de que nos vayamos marchando, mi musa —murmura de modo que solo yo pueda

escucharlo—. Quiero tenerte solo para mí.

A continuación, toma la mano que tengo sobre la mesa y comienza a hacer dibujos con el pulgar mientras con la otra mano llama de nuevo al camarero. Entre él y Dmitry se ponen de acuerdo para el postre después de pedirnos nuestra opinión a nosotras.

De pronto, los ojos de Ángela se fijan en la caricia que Alex me hace y se abren desmesurados. Alex dibuja una A en ese momento y Ángela empalica sobremanera, como si acabara de ver un fantasma. Es justo en ese instante cuando también alza la vista y es consciente de que la estoy mirando. Su expresión se endurece y se torna gélida.

Noto como todas mis terminaciones nerviosas me transmiten una sensación de preocupación que se acumula en el fondo de mi estómago y tensan todo mi cuerpo.

Ángela se sirve otra copa de vino y da un buen trago apartando la mirada de mí. El calor regresa despacio a sus mejillas.

Un poco después, cuando Alex y yo estamos de regreso a su residencia, no lo puedo evitar y le planteo la pregunta sobre la operación que tengo en la mente.

Él adopta un semblante contrito y alza los hombros sin darle importancia.

—¿Eso? Uhm... Fue cuando mi hermano se soltó. Traté de sujetarlo por todos los medios y me golpeé la cabeza. Cuando desperté, ya me habían operado y estaba bien —resume Alex con voz lacónica—. No es nada por lo que debas inquietarte, Rebeca.

No, no siento que sea algo tan insignificante como me quiere hacer ver. Me remuevo nerviosa y ando más rápido. A una persona no la operan de urgencia si no se trata de algo en verdad serio.

—Alex, ¿guarda esto relación con que decidieras no seguir yendo a la universidad? —inquiero.

—Mi musa, ¿tanto te preocupa dejar de salir con un universitario? —pregunta en un tono burlón.

Paro de caminar y apoyo una mano sobre su pecho para que él también se detenga.

—Me preocupa que no quieras explicar el motivo por el que dejas algo que tanto parece gustarte, Alex —replico.

Alex me rodea la cintura y me levanta. Luego avanza unos cuantos pasos cargado conmigo delante mientras yo doy varios chillidos de sorpresa, y no se detiene hasta que mi espalda choca contra la puerta de entrada de su residencia.

Toda yo se estremece en un gemido después del impacto, aunque no hay dolor.

La boca de Alex cae sobre la mía de un modo desesperado, sin delicadezas, sin medida. Es pura lava burbujeando dentro de mí, calcinando cada uno de mis pensamientos. Me agarro a él con urgencias e introduzco mi mano por debajo de su camisa hasta que siento los sólidos y compactos abdominales de Alex. Él me succiona despacio el labio y luego se aparta para apoyar su mejilla contra la mía.

—Ni por un instante he pensado en dejar la carrera, Rebeca —confiesa cerca de mi oreja. Su respiración suena fuerte y entrecortada—. Solo estoy dándome un tiempo antes de regresar —explica.

Recorre mi brazo izquierdo desde el hombro hasta mis dedos, que besa uno a uno con suma fascinación. El aire se vuelve eléctrico entre nosotros.

—Me estás cambiando, mi musa —susurra con voz ronca. Su aliento me cosquillea y mis labios se curvan para formar una sonrisa.

—No, Alex. Por fin estás comenzando a ser tú mismo —espeto, y, con los pies de puntillas, me vuelvo para darle un suave beso en los labios.

Cuando me separo, Alex me atrae de nuevo por la nuca hacia él y profundiza el beso con más ardor y vehemencia.

Cierro los ojos dejándome llevar; cuando los abro, una silueta alerta todos mis sentidos. Elisa nos está observando a ambos desde un coche del que acaba de salir y dentro del cual hay un chico que no conozco. La cara de Elisa refleja un odio inconmensurable, y mi corazón se sobrecoge de ansiedad.

Alex nota mi estremecimiento y me abraza con más fuerza.

—Entremos dentro, Rebeca, aquí la temperatura es un poco fría para ti.

Capítulo 33

BECA



Ruedo una vez más sobre el colchón. Estoy exhausta, pero mi cerebro no ha parado de trabajar. He pasado la noche inquieta, sin dejar de moverme y dar vueltas a causa de todo lo sucedido ayer. Sé que no puedo seguir posponiendo mi charla con Sofía, y siento que tampoco puedo obviar el hecho de que Elisa está muy presente, como una sombra en nuestra relación.

Doy otra vuelta. Alex gruñe un juramento por lo bajo y me atrae hacia sí para que no pueda seguir sacudiéndome.

—Eh... —murmura.

—Eh... —digo imitando el mismo sonido grave y masculino que él ha hecho.

La boca de Alex sonrío sobre mi piel y luego esparce un reguero de besos desde el nacimiento de mi cuello hasta la comisura de uno de mis ojos.

—Todavía te debo algo por lo de ayer, mi musa —dice Alex deslizando una de sus manos hasta uno de mis pechos, que luego hace descender con una languidez torturadora hasta mi vientre. Me atrae entonces con fuerza hacia sí, contra su erección.

«¡Madre mía! Alex está muy excitado», me digo impresionada.

—No es necesario, yo... —baluceo nerviosa.

De pronto, Alex me da la vuelta haciendo rodar su mano por mi cintura y me envuelve en un apretado y posesivo beso. Mi estómago se convierte en una marea en la que flotan imprevisibles emociones. Siento vértigo y me

agarro a él con fuerza como si fuera mi bote salvavidas. Él me recoge y no permite que me caiga.

—Yo creo que sí, mi musa. ¿Tienes idea de lo mucho que te deseo ahora? —arrulla Alex a mi oído con la voz rota de la necesidad, y luego delinea con sensualidad la curva de mi espalda de la cintura para arriba, con lo que mi piel se eriza bajo su caricia y toda mi camiseta queda convertida en un montón de tela sobre mis hombros—. ¿Tienes idea de lo que hiciste ayer por mí? ¿Quieres que te lo explique? —Mi camiseta sube hasta mis ojos, cegándome por completo, y solo puedo sentir en la oscuridad como los labios de Alex mordisquean mi mandíbula con deseo. Trato de quitarme la prenda, pero él me lo impide.

«¡Oh, Dios mío! Esto es tan erótico», me ruborizo.

Mi garganta está obstruida por la emoción y no logro responder a la pregunta que me ha planteado Alex.

Él continúa tocándome, y no se detiene hasta que alcanza mis pechos ya tensos y desnudos. La lengua de Alex los lame dibujando círculos calientes y exigentes. Pronto estoy gimiendo de placer y de frustración por sentirlo más cerca. Todo mi cuerpo se arquea encendido.

—Alex... —Me retuerzo. Por fin me retira la camiseta de los ojos y me deja mirarlo.

—Eres preciosa, Rebeca. De dentro a afuera, y quiero besar cada parte de ti, cada centímetro de tu piel.

Deslizo mi vista hacia él, y él vuelve a requisar mi boca con celeridad. Mi vacilante lengua se encuentra con la suya. Alex ejerce una ligera presión en mis caderas que aumenta a medida que me recorre con los dedos hasta la mandíbula. Amoldo mis manos sobre sus sólidos bíceps y lo atraigo todavía más contra mí. Él suelta un jadeo y yo noto que mueve una mano sobre el colchón para tirar algunos de los cojines hacia el suelo.

—¿Estás preparada, Rebeca? —pregunta Alex. Su mirada nublada de deseo echa chispas, y yo siento que toda la pasión de sus ojos va a consumirme.

—Sí, Alex.

Él asiente con un gesto rudo y sexy. Después, se coloca frente a mí y se inclina hacia delante. Me mareo al notar sus largos dedos separando mis

muslos. Gimo. Su miembro excitado entra en mí con suavidad de un modo persuasivo, y Alex no deja de acariciarme el vientre en círculos al mismo tiempo que me susurra lo mucho que me desea. Su cálida voz invade mi estómago.

«¡Dios mío! Lo deseo tanto también», pienso acalorada.

Alex se hunde todavía más en mí y por un momento dejo de respirar.

—Gracias, Rebeca —dice, y todavía no se mueve, sino que se inclina sobre mí para levantarme por los hombros. Me besa con pasión desenfrenada y luego comienza a moverse sin dejar de mirarme a los ojos.

Esto es algo inesperado y es..., me derrito antes de que pueda ponerlo en palabras. Y me dejo ir con un pequeño grito cuando alcanzo el orgasmo. Alex cae justo después de mí y rueda hacia un lado para no aplastarme con su peso. No obstante, me aprieta de nuevo contra su pecho y continúa tocando mi cadera con sus dedos.

Todavía no puedo creer que esté con él en su cama de la residencia y que esta sea la segunda noche que pasamos juntos de este modo. Pero hoy es decididamente mucho mejor porque no tenemos que escondernos de nadie y también porque hemos superado una prueba de fuego importante: el primer encuentro con sus padres como una verdadera familia.

—Buenos días, mi musa —susurra Alex cariñosamente sobre mi pelo.

—Buenos días, dormilón —respondo divertida con el ruidillo gatuno que hace con su boca.

—Apenas has dormido —señala, y me empuja con suavidad con la frente en el centro de los dos omoplatos, como si fuera un cachorro juguetero.

—¿Lo has notado? —digo sorprendida, y me siento un poco culpable. He olvidado lo perceptivo que es Alex—. Creí que te habías quedado del todo dormido.

—Solo a medias —reconoce.

—¿Solo a medias? —pregunto sin entender.

—Solo he dormido a medias, Rebeca —confirma—. Media parte de mí siempre está despierta —empieza a decir pasando su mano por mi costado con delicadeza—, acechándote en las sombras —las costillas me bailan bajo la piel— y pensando en una y mil maneras de desnudarte de nuevo —ronronea Alex, y hace que me acurruque todavía más contra su cuerpo—.

¿Estás asustada?

Me río.

—No, no lo estoy —contesto divertida.

—Pues deberías estarlo, por tu propio bien —añade Alex, y me da un pequeño mordisco en el lóbulo de la oreja.

—¡Alex! —chillo entre risas y le propino un codazo para que me suelte. Es incansable—. Eres todo un seductor y sobre todo un aprovechado —finjo regañarlo en cuanto me suelta.

Escucho su hermosa y grave risa a mi espalda.

—Solo porque eres tú y quiero esforzarme, mi musa —dice Alex en un tono arrogante que me hace reír más—. Rebeca, ¿quieres contarme ahora lo que te preocupa? —inquieta rodeando mi ombligo con la yema de uno de sus dedos. De repente, la voz de Alex ha adquirido un matiz más serio. Paro de reír.

He utilizado una de sus camisetas para pasar la noche y ahora tengo las piernas desnudas y entrelazadas a las suyas. No puedo evitar su pregunta sin una buena razón.

—Solo es una tontería, Alex —intento.

—Uhm... Me gustaría oír esa tontería, Rebeca —dice y sopla con ternura sobre mi nuca, enviándome un escalofrío.

A continuación, Alex despeja un poco de espacio para que pueda volverme y yo me giro para mirarlo: algunos rayos de luz se han colado por los pequeños orificios de la persiana y se reflejan en su cabello oscuro, revuelto después estos momentos tan íntimos que hemos compartido. Sus párpados solo están medio abiertos, pero sus pupilas están pendientes de mí como un águila.

Como todas las veces anteriores, Alex está apartando a un lado sus propios conflictos personales para ayudarme con los míos.

Siento que no puedo amarlo más en este momento. Y no, no lo amo por lo guapo e increíble que es; lo amo por la persona que soy mientras permanezco a su lado y por todo lo que me hace sentir con cada pequeño detalle.

Mi corazón se empequeñece un poco, pero se hace más fuerte.

«¿De verdad debo contarle lo que vi ayer en la mirada de Elisa?», medito.

—Alex, ¿estás seguro de que Elisa comprendió ayer lo que hay entre

nosotros? —Antes de que él me interrumpa añadido—: Sé que solo es una hermana para ti, pero ¿y tú para ella?

—Mi musa, para Elisa solo soy uno de sus tantos caprichos. Dejaré de interesarle en cuanto encuentre a otro tipo que pasa de ella a la primera oportunidad de tirársela.

Arqueo una ceja con disgusto ante lo que acaba de decir.

—¿Cómo estás tan seguro de que solo eres un capricho, Alex? —me preocupo—. Creo que deberías tomarte sus sentimientos más en serio y hablar con ella.

El rostro de Alex se ensombrece.

—Rebeca, ¿de verdad lo que quieres es que hable con Elisa?

Sacudo la cabeza de arriba abajo.

Él saca el aire por la nariz con resignación y hace que se levanten algunos de los mechones más cortos de mi cabello por la parte superior.

—Está bien, Rebeca. Veré qué puedo hacer, pero no te hagas muchas ilusiones al respecto. Elisa no funciona como crees que lo hace la mayoría de la gente.

Dibujo una sonrisa de agradecimiento y Alex tuerce su boca en una pequeña mueca, todavía no muy conforme con haber aceptado.

—Joder, Rebeca. No sientes ningún miedo... —murmura.

Inspiro hondo, porque no es así: en realidad, tengo mucho miedo a perderlo.

Nos quedamos unos instantes en silencio, solo observándonos el uno al otro.

—Alex... Siento haberte despertado antes —me disculpo, y lo beso en la punta de la nariz.

La terca arruga que se le ha formado en una de las comisuras de la boca se relaja, y Alex me regala una preciosa curva en sus labios. Eso podría ser una reconciliación.

—Me gusta que seas tú la que me despierte. Creo que incluso podría acostumbrarme a esto, Rebeca. —La voz de Alex suena tan calmada que tardo en comprender el significado de lo que acaba de decir.

Dejo de sonreír y me tenso.

—¿Eso ha sido una propuesta, Alex? —pregunto.

Capítulo 34

BECA



Él se recuesta sobre uno de sus codos.

—Tal vez... —deja caer y me observa con atención.

—¿Tal vez? ¿Te refieres a vivir juntos? —exclamo demasiado sorprendida.

—Quizá no ahora, pero sí cuando empieces las clases en la universidad. ¿Qué ocurre, mi musa? ¿No te gusta la idea? —inquire Alex.

—No es eso. Es solo que..., ya sabes que mi familia depende de mí en estos momentos, Alex, y aún es demasiado pronto. No creo que pueda tomar una decisión tan importante así como así —balbuceo nerviosa. Noto como Alex frunce el ceño—. ¿Qué tal si me das un tiempo para pensarlo? Aún tengo que decidir lo que haré con mis estudios, y no estoy segura de si mi sueldo, sumado al de mi madre, cubrirá todos los gastos.

Alex relaja el ceño. Luego me besa en la frente y me revuelve el pelo. A continuación, se incorpora y con sumo cuidado pasa por encima de mí para bajar de un salto de la cama.

—Está bien, Rebeca —concede, y va hasta la pequeña cocina del cuarto—. Te daré el tiempo que me pides —acepta mientras se ajusta los guantes de silicona en las manos.

Observo a Alex un rato mientras friega los cacharros del fregadero en calzoncillos ajustados. Mi vista asciende desde su escultural espalda sin camiseta hasta el sexy tatuaje de su hombro derecho. La idea de verlo así

todos los días resulta muy tentadora.

Doy un largo bostezo sin dejar de admirar la escena que tengo ante mí y después me levanto para ir a ayudarlo, pero Alex rechaza mi ofrecimiento para que pueda darme una ducha mientras él prepara algo de desayuno.

Al salir, veo que ha puesto unos mantelitos individuales sobre los cuales hay café con leche e incluso un par de magdalenas con trocitos de chocolate.

—¿De dónde has sacado todo esto? —pregunto sin poder evitar sospechar de la procedencia de todo aquello.

Alex ya está vestido: se ha puesto su habitual camisa y sus vaqueros desgastados, e intuyo que ha hecho alguna incursión a las habitaciones de sus compañeros de residencia.

—¿Impresionada?

—Un poco, Alex —confieso, y me siento después frente a la encimera de estilo americano.

Mi vista recae sobre el llavero de vaca que Alex posa sobre la mesa en ese momento.

Doy un lento sorbo a mi taza y el café todavía humeante quema un poco mi lengua, por lo que tomo un pellizco de la magdalena y me llevo el trozo a la boca.

—Alex. Al final recuperaste tus llaves... ¿Las encontraste en el ascensor? —pregunto, y procuro que no note lo mucho que me interesa su respuesta.

—No. Alguien las encontró por el suelo y se las dio a una de las chicas de la limpieza —explica con calma.

«Así que por eso tardó más en regresar...», reflexiono.

De pronto pienso en la habitación cerrada con candado que hay en el estudio de Alex. Estoy casi segura de que le he visto cerrar esa puerta con una de las llaves de su llavero.

—¿Y están todas las llaves? ¿No te falta alguna? —insisto.

Alex me observa con una mueca divertida, pero yo no me río.

—No. ¿Qué ocurre, mi musa? ¿Todavía estás preocupada por lo que ocurrió aquella noche?

Exhalo un suspiro. Me siento un poco frustrada. No sé cómo decirle que temo por él. Me inquieta que otras personas poco recomendables estén escarbando en la vida de Alex en estos momentos para tratar de averiguar qué

es lo que esconde, y que en cuanto lo averigüen utilicen esa información más adelante para hacerle daño.

Él no es como los chicos a los que estoy acostumbrada: Alex carga con la responsabilidad de continuar con el legado de sus padres. Y aunque no puedo demostrarlo, estoy segura de que son muchas las personas que deben de estar observándolo.

—Alex, después de ver a tus padres ayer, mi impresión sobre ellos ha cambiado. Parecen buenas personas... Siento que les importas mucho —añado rápidamente—. Por supuesto, todavía pienso que enviar a esos hombres a por ti no fue la mejor manera para demostrártelo, pero quizá este ha sido su modo desesperado de volver a conectar contigo.

Me quedo callada y alzo la vista hacia Alex. Él da un sorbo a su café y pega un buen mordisco a la magdalena. Es imposible adivinar lo que está pensando.

—Lo sé, Beca —dice Alex, y mete un pequeño trozo de su bollo en mi boca. No parece para nada sorprendido de lo que acabo de decirle—. Venga. Come o se te quedará frío.

Termino de tragar y pruebo a hablar de otra cosa.

—Mañana es la fiesta de la graduación. Los de nuestra clase van a ir a celebrarlo al Florida Night. ¿Estarás allí?

—Tal vez. ¿A qué hora tienes pensado estar en el Night? —pregunta Alex.

—Hacia las diez. Antes tengo que ayudar a Rosa en el bar —explico, y calculo el tiempo que me quedará para arreglarme. Sé que voy a ir un poco pillada.

Alex asiente una vez.

—De acuerdo, entonces pasaré a recogerte por La Abuelita.

—¿No tienes que trabajar esa noche? Marta me ha dicho que Héctor ya se ha ofrecido a llevarnos a las tres. No quiero que Sara se moleste contigo —digo preocupada.

Alex termina su magdalena y da un último trago a su café con una calma sospechosa. Luego apoya de un golpe seco su taza en la encimera y me sonrío.

—Avisaré a Sara y te llevaré yo mismo —dice Alex, y da el tema por

zanjado. Mencionar a Héctor tal vez no ha sido buena idea.

Mi vista retorna al llavero de Alex y después se posa sobre mi móvil, todavía cargando junto a la pared. De nuevo pienso en la visita que le prometí a Sofía. Al igual que Alex con sus padres, es necesario que yo me enfrente también a mi familia. Necesito saber por qué su tía insiste en culpar a mis padres por la muerte de su sobrino.

Con esta idea en mente y después de haber advertido a Sofía de mis intenciones, cruzo las puertas de su empresa horas más tarde. Un enorme edificio ubicado en una de las zonas de negocios que hay en la capital madrileña. Ese lugar está lleno de espejos por todas partes; algunos incluso proyectan desfiles de moda con las últimas tendencias.

Inspiro hondo y me obligo a seguir caminando.

Trato de no mirar mucho alrededor e ignoro las miradas de interés que suscito al pasar. Un grupo de modelos me adelanta y va directo hacia los ascensores.

«¡Bien, Beca! Ahora ya no hay marcha atrás», me animo.

Después de preguntar por Sofía en recepción y de recibir mi propia identificación, entro en uno de los ascensores, tal como me han indicado, y pulso el botón de la última planta. El cubículo está repleto de personas que intuyo que deben de ser en su mayoría empleados que se reincorporan al trabajo tras el almuerzo.

Las puertas se abren y salgo del ascensor. Al final del pasillo, justo a la derecha, veo una placa con el nombre del departamento que hay escrito en la tarjeta que Sofía me proporcionó hace unos meses. El papel está casi estrujado entre mis dedos.

«¡Oh, Dios!».

Trago saliva y me humedezco los labios. Los tengo secos por la expectación y siento como el pulso se me acelera.

«¿Dónde me estoy metiendo?». De pronto considero la idea de echar a correr en el sentido contrario, pero no lo hago.

De un impulso, abro la puerta y continúo caminando hasta un escritorio rectangular donde hay una mujer rubia que por su aspecto podría pasar por una presentadora de televisión. Enseguida me llaman la atención las enormes gafas de montura roja que ocultan su bonito rostro en forma de aceituna. Ella

todavía no me ha visto. Está revisando unas carpetas de color azul y es la única persona que no está hablando con otro compañero o atendiendo una llamada telefónica.

—Perdón, estoy buscando a Sofía Federighi. Por favor, ¿podría indicarme a dónde debo ir?

—¿Eres Rebeca Duque? —pregunta la mujer, y luego me estudia de arriba abajo con un renovado interés, como si acabara de activar alguna clase de escáner a través de su gafas.

Me sonrojo. No estoy acostumbrada a que me examinen de ese modo y con tanto descaro...

—Sí, ¿puedes ayudarme? —insisto, quiero desaparecer cuanto antes de aquí y terminar con todo.

—Un momento, por favor —dice, y toma su teléfono. La mujer profiere una serie de palabras escuetas y cuelga. Cuando vuelve a mirarme, su boca se curva en una sonrisa perfecta de dientes blancos—. La señora Federighi está reunida en estos momentos, pero te atenderá en unos minutos. Por favor, Rebeca, ¿puedes esperar en aquellos asientos del fondo? Te avisaré en cuanto acabe.

Asiento titubeante, pero justo cuando voy a darme la vuelta, me detengo.

—Siento molestarte de nuevo, pero ¿podrías señalarme dónde está el despacho de la señora Federighi?

—Por supuesto, Rebeca. Es ese que está tras la cristalera con plantas y cuyos estores están levantados —dice, y extiende un dedo en la dirección que debo mirar.

Al seguir su mano, mi vista se queda clavada en la persona sentada frente al escritorio de Sofía.

Es... mi padre.

Capítulo 35

BECA



Doy un paso titubeante hacia delante y después otro. La mujer de las gafas rojas murmura algo a mi lado, pero yo ya no soy capaz de seguir escuchándola, y ni siquiera me importa.

Lo que tengo frente a mí acapara toda mi atención.

Sigo recorriendo el pasillo: el espacio delimitado a ambos lados por las mesas de otros empleados. Según avanzo hacia el despacho, apenas distingo sus escritorios, repletos de carpetas apiñadas unas encima de otras, de revistas de moda desperdigadas, retales de colores e incluso algunas prendas sueltas de lencería.

Mis pasos se vuelven cada vez más decididos, más ágiles y más exigentes.

Pum, pum, pum.

La sangre se me agolpa en los oídos y enturbia mi visión. ¿Hasta qué punto Sofía conoce a mi padre o a mi familia?

Freno en seco justo unos metros antes de llegar a su despacho: un extravagante cubículo de cristal con estores de color crema en los lados. Estos están recogidos en el techo, de modo que me permiten ver a las personas sentadas en el interior.

Entorno los ojos durante un breve instante y luego los abro de par en par.

Mi corazón se sacude con fuerza. El pulso hace que me tiemble todo el cuerpo por lo incomprensible que me resulta todo esto y por la adrenalina

acumulada en el fondo de mi estómago, que crepita como lava burbujeante. Lo que estoy viendo es demasiado increíble como para digerirlo de una sola vez.

«No, no puedo creerlo», me digo, y aprieto los dos puños hasta que siento que las uñas se me clavan en la piel.

En ese momento, veo como Daniel sacude enérgicamente un manojito de papeles sobre el escritorio de Sofía. Un par de páginas saltan al suelo y el pelo de mi padre, peinado hacia atrás en un tupé, se agita con el movimiento. Su americana de color marrón tiene las costuras tensas sobre sus anchos hombros y la frente le brilla de lo que intuyo que es sudor.

No puedo oír nada de lo que los dos están hablando debido a que la puerta del despacho está cerrada, pero esa imagen es suficiente para que sospeche que algo no va bien en la reunión.

Alguien me toca el hombro para llamar mi atención en ese momento y me vuelvo: es otra vez la mujer de las gafas rojas.

Su respiración suena entrecortada, y al bajar la vista aprecio que se ha recogido su falda de tubo celeste por encima de las rodillas. Ha venido corriendo detrás de mí subida en unos altísimos tacones de aguja, y eso es algo que debo reconocerle.

«¡Madre mía! Espero que no haya llamado a seguridad», se me ocurre de repente.

—Lo siento, Rebeca, pero no puedes entrar todavía en el despacho de la señora Federighi. Tendrás que acompañarme y esperar en la salita. Por favor, sígueme —solicita, y esboza de nuevo aquella sonrisa amable.

A pesar de ello, por sus ojos percibo todavía la duda sobre si iré con ella o, por el contrario, continuaré hasta atravesar la puerta del despacho de su superior.

Mi cerebro se sumerge en una repentina lucha entre hacer lo correcto o lo que me pide el corazón.

¿Cómo debería actuar?

Miro frustrada, una vez más, al lugar donde se encuentra mi padre, y luego me fijo en Sofía. La mirada de ella se cruza por un fugaz instante con la mía: sé que me ha visto a pesar de que nada en sus movimientos la delata frente a Daniel.

—Por favor, acompáñame —insiste la mujer sin perder la educación.

Despacio, me giro hacia ella.

Suspiro.

Esa mujer no tiene la culpa de todo lo que está ocurriendo. Ha sido agradable conmigo y lo último que deseo es meterla en un serio problema.

A regañadientes, asiento levemente con la cabeza y la sigo hasta una sala de espera que incluye sillones de distintas formas y colores. Decido tomar asiento en una especie de huevo amarillo con un cojín de cinco puntas negro en su interior.

Dejo caer la cabeza sobre el respaldo y cierro los ojos con fuerza hasta que siento un punzante dolor en la cabeza que me obliga a abrirlos de nuevo.

¿Por qué está Daniel ahí dentro hablando con Sofía? ¿Y qué motivo tan importante tiene mi padre como para citarse con la tía de Alex en su misma empresa?

Golpeo el zapato repetidas veces contra el suelo y noto como cada pequeño impacto repercute en mi talón. La impaciencia me está poniendo negra y me cuesta un enorme esfuerzo no saltar y echar a correr de nuevo hacia el despacho de Sofía.

Enfrente de mí hay un curioso reloj colgado en la pared que está hecho con retales de distintos tejidos. Me quedo mirando hipnotizada como las agujas van girando y así continuo, hasta que de pronto oigo que alguien me llama por mi nombre.

Alzo la cabeza y veo a la mujer de las gafas rojas.

—La señora Federighi ya está libre. Por favor, Rebeca, sígueme; te acompañaré hasta su despacho —anuncia, y se da la vuelta contoneándose por delante de mí.

Los nervios afloran de nuevo en mi pecho y se extienden por todo mi cuerpo como una enredadera. Casi estoy caminando por instinto, lo único que me mantiene en pie en estos momentos.

La mujer se detiene justo delante de la puerta del despacho, que sostiene abierta para mí una vez que ha advertido de mi presencia a su superior.

Me lleno los pulmones de aire y avanzo.

La puerta se cierra detrás de mí.

El ruido me sobresalta, pero la rabia que llevo bullendo dentro de mí

desde hace rato me impide reaccionar.

—Buenas tardes, Beca. Siento mucho no haber podido atenderte hasta ahora. Hoy hemos recibido una visita inesperada —informa sin dejar de observarme con cierta acritud disimulada bajo un velo de fría simpatía—. ¿Qué tal si tomas asiento? —me invita con una mano levantada en dirección hacia el mismo lugar donde momentos antes he visto a Daniel sentado.

Un escalofrío se esparce por mi columna vertebral.

¿Quiere ponerme a prueba?

—Gracias, pero no será necesario, Sofía. Lo que debo decirte no me llevará mucho tiempo —espeto con la barbilla alta.

Sofía me mira entre sorprendida e intrigada.

—Como desees, Beca. Pero quizá lo que yo quiero decirte sí que nos llevará un poco más de tiempo. Creo que te interesará escucharlo —responde con una cadencia lenta en cada palabra que envuelve todas ellas en un aire de misterio. De nuevo señala la silla que hay frente a ella y espera con paciencia a que me siente.

Obedezco sin dejar de observarla, pero no me acomodo del todo.

En estos instantes me cuesta incluso mirarla a la cara.

—Tal vez estés un poco sorprendida después de haber visto a tu padre hablando conmigo hace un momento —empieza a decir.

Me tenso.

—La noche en la que me llevaste a casa de los padres de Alex reconociste de inmediato el número que había en la nota que sacaste de mi bolsillo, Sofía. No había pensado en ello hasta ahora. ¿Durante cuánto tiempo has estado manteniendo un contacto con mi padre?

—Ya han pasado más de dos años desde que conozco a tu padre, y también a tu madre, Beca. Pero solo hace unas semanas tuve el gran placer de encontrarme a dos de tus hermanos. La pequeña, Natalia, es un encanto, y Víctor me pareció un chico de lo más interesante... —Hace una pausa y se examina la manicura de las uñas de su mano derecha—. La manera como defendió a tu madre y habló a tu padre fue admirable. De mayor será un chico que llame mucho la atención entre las chicas —comenta Sofía con una fingida expresión de embelesamiento.

Se me escapa un sonido de incredulidad y de enojo.

«—Está enfadado porque vio a ese señor con otra chica más joven, que no era mamá. Dijo que era un hijo de...», las palabras que Natalia pronunció la noche antes del accidente de moto aparecen en mi cabeza muy frescas.

No puedo seguir aguantándome.

—¿De qué estás hablando, Sofía? —suelto, y me levanto de mi silla de golpe. Esta se balancea un poco a mis espaldas antes de recuperar su equilibrio original.

Echo todo mi cuerpo hacia delante y me agarro de los bordes de la mesa de Sofía con fuerza.

—¿Sabes lo que casi lograste con lo que hiciste hace unas semanas? Mi madre y mis hermanos malentendieron todo.

—Eso crees, Beca. ¿Qué es un malentendido?

De pronto lo veo todo rojo.

Sofía rompe a reír en carcajadas, lo que me desconcierta.

—Solo era una broma, Beca. Por favor, no me lo tengas en cuenta. Siéntate o alarmarás a mis empleados —dice, y gira la cabeza.

Al darme la vuelta, descubro que, como ella, dice hemos llamado mucho la atención. A regañadientes tomo de nuevo asiento.

—¿Qué significa todo esto, Sofía?

—No significa absolutamente nada, Beca. Hoy tu padre ha aparecido sin dar ningún tipo de explicación. —Alza la mirada con los ojos rebosantes de inocencia.

—Tendrás que ser más clara, Sofía.

—Tu padre y yo tenemos un viejo negocio pendiente... Algo de lo cual tú no tienes por qué saber más. Espero que comprendas que todo lo relacionado con la empresa es material sensible que no debe ser divulgado, Beca. Siento mucho no poder ayudarte al respecto. —Sofía juega con un delgado bolígrafo sobre uno de sus dedos y lo coloca en un bote con forma de tacón. A continuación, alza la cabeza y me mira directamente—. En cambio, tengo algo mucho más interesante para ti —dice para captar mi atención y lograr que parte de mi enfado se convierta en curiosidad—. Se trata de un pequeño secreto que esconde mi sobrino.

—¿A qué te refieres? —me alerto de inmediato.

El nombre de Elisa se materializa en mi cabeza. Quiero pensar que no ha

sido capaz de decirle nada a Sofía sobre la identidad de Alex, pero, después de todo, aunque Sofía no sea su madre biológica, legalmente es como si lo fuera. De nuevo recuerdo la mirada tan aterradora que Elisa nos lanzó ayer a Alex y a mí mientras nos abrazábamos frente a la residencia.

Sofía sonrío satisfecha al ver mi cara.

—Debo suponer que Alex no te ha dicho nada... —dice, y se echa hacia atrás un momento. De uno de los cajones del escritorio saca algo que no llego a ver y que luego deposita en la mesa—. ¿Adivinas de dónde proceden estas dos llaves? —inquire al tiempo que me analiza con sus astutos ojos rasgados.

—No —respondo tras unos segundos.

—Pero sí que tienes una ligera sospecha, ¿cierto?

Trago saliva y me quedo callada.

—Bien, no digas nada, Beca. Hablaré yo. ¿Recuerdas aquel retrato que Alex hizo para ti? —pregunta, y yo asiento, no sin desconfiar un poco—. ¿Estaba firmado o sin firmar? —continúa. Su rostro deja traslucir una gran ansiedad.

—No lo recuerdo —contesto sin dudar.

«Y aunque lo hiciera, tampoco te lo diría», pienso.

Sofía sonrío, pero la felicidad no llega a sus ojos.

—Una lástima —suspira con una expresión de anhelo. Me tenso—. Deja que te cuente entonces una pequeña historia sobre mis dos sobrinos, Beca. — Hace una pausa y me mira, esperando a que la interrumpa, pero yo no lo hago —. Como supondrás, siendo gemelos, Alex y Eduardo siempre fueron como uña y carne. A donde iba un hermano, allí siempre estaba el otro, y viceversa. Pero mi sobrino Eduardo siempre fue demasiado tímido para relacionarse con otros chicos. —En ese momento, una mujer que intuyo que debe de ser su secretaria entra con dos tazas de café, una para mí y otra para Sofía, la cual se mantiene en silencio hasta que volvemos a quedarnos a solas. Sofía da un sorbo a su taza antes de continuar—. Recuerdo que, desde los nueve años, Eduardo ya mostró interés por el dibujo. Pintaba paisajes extraordinarios, demasiado especiales para salir de la mente de un niño tan joven. Pero como te he dicho, era demasiado introvertido, así que nunca firmaba ninguna de sus obras. No obstante, a los doce años participó en su primer concurso. ¿Y qué

crees que pasó?

—¿Lo ganó? —sugiero sin comprender todavía a dónde quiere llegar.

Sofía golpea la superficie de la mesa con uno de sus pequeños puños, y parte del café de su taza se derrama por encima de los papeles que hay sobre la mesa y los mancha. Pero a Sofía no parece importarle demasiado.

—Lo ganó Alex. En realidad, Eduardo nunca llegó a participar en ese concurso ni en ningún otro. Después de que su hermano obtuviera el primer puesto en aquel certamen, Eduardo dejó de pintar y Alex se convirtió en el gran artista de la familia. A diferencia de su hermano, este firmaba todos sus cuadros, y no desaprovechaba la oportunidad para presumir de ello. El tiempo convirtió a Alex en la estrella y a Eduardo en su sombra. Eso hasta hace dos años. —Sofía entorna los ojos y me observa con atención—. Alex no volvió a firmar ningún cuadro más y, como había hecho anteriormente su hermano, dejó de participar en cualquier concurso.

Recuerdo entonces que Elisa me dijo que hacía poco Alex también había rechazado la exposición que iba a hacer en su facultad, y una idea extraña comienza a formarse en mi cabeza: el verdadero Alex se apropió de toda la obra de Eduardo.

«¡Imposible! Esto no puede estar sucediendo», me horrorizo. Siento que esto es demasiado intenso para afrontarlo de inmediato.

Sofía se levanta de su asiento y coge las dos llaves que ha sacado de su cajón hace tan solo un momento.

—¿Te gustaría saber más por ti misma? —pregunta, y me ofrece las llaves después de rodear la mesa.

Un hormigueo envuelve las yemas de mis dedos y se extiende hasta mi muñeca.

«¿Y si todo esto solo es una trampa?», me planteo.

Antes de que pueda moverme o siquiera tomar una decisión, la melodía de Auryn suena en mi móvil y me saca del trance. La ignoro, pero esta sigue oyéndose aún más alta, persistente, ineludible.

—¿No vas a responder? —inquire Sofía, como si ya supiera lo que va a suceder a continuación.

Despacio, bajo la cabeza y echo un vistazo a la pantalla del teléfono. Aprieto los dedos alrededor del aparato cuando confirmo de quien se trata.

Es Alex.

Alzo la vista de nuevo hasta Sofía antes de aceptar la llamada y contestar.

Extras



10 cosas más que tal vez no sepas de *Mariposas en tu estómago*



ΣΧ3 Alex es mitad ruso por parte de padre y mitad español por parte de madre. Siempre tuve muy claro que el personaje debía ser así, por muchos motivos..., entre ellos su personalidad. No obstante, días antes de terminar de escribir la primera entrega, El *The Huffington Post*, entre otros medios de comunicación, se hizo eco de una noticia: «España, el sexto país más afectado por el veto a las importaciones de Rusia». Durante unos instantes tuve dudas sobre si debía cambiar la nacionalidad de Alex antes de entregar el manuscrito final.

ΣΧ3 Posteriormente a *Mariposas en tu estómago* comencé a escribir una novela romántica adulta cuyos protagonistas son los «predecesores» de Alex y Beca. Al igual que en *Mariposas en tu estómago*, el personaje principal femenino tiene dos amigas.

ΣΧ3 Originalmente *Mariposas en tu estómago* tenía un título diferente, que se componía de una única palabra. Desde el principio era consciente de que era provisional, pero darle un nombre me permitió trabajar exclusivamente en

la historia y avanzar.

ΣΧ3 El chófer indio que trabaja para Sofía, y que aparece en la cuarta entrega con el nombre de Vayu, es un guiño al protagonista de una historia que escribí cuando estaba estudiando en el instituto (mi primera novela completa). En ella, Vayu era el nieto de un importante hombre de la mafia India.

ΣΧ3 La quinta entrega la escribí con más de treinta y cuatro grados dentro de casa. El sol entraba por todas partes, incluso por los pequeños orificios de las persianas que tuve que bajar. Mientras esperaba un ventilador para poder trabajar más cómoda, me trajeron un bonito abanico tallado que todavía tengo guardado en mi habitación. De vez en cuando lo uso mientras pienso en alguna escena complicada que quiero llevar a cabo.

ΣΧ3 Hasta ahora he escrito *Mariposas en tu estómago* por capítulos. Esto significa que cada vez que empiezo uno nuevo no cierro el documento hasta que lo doy por finalizado.

ΣΧ3 ¡Tengo el corazón pegando saltitos! Me he abierto una cuenta de Pinterest y me lo estoy pasando genial seleccionando fotos para la historia. En ella encontraréis varios tableros dedicados a *Mariposas en tu estómago* con escenas del libro en movimiento (algunas muy sexis), fragmentos de las entregas escogidos por los lectores, fotos de los personajes y muchas cosas más que espero que os interesen. Por favor, no dudéis en seguirme y hacerme comentarios con lo que deseéis. ¡Me hará mucha ilusión!

<https://www.pinterest.com/natalieconvers>

☪ Actores, modelos, cantantes... No me inspiré en ninguno en concreto para dar forma a los personajes de Alex o de Beca, pero el modelo brasileño Francisco Lachowski y el actor Jeremy Irvine son la combinación que más se acerca a la idea que tengo en mente de Alex Kirov. Respecto a Rebeca, por su carácter la actriz Mandi Moore sería una posible opción junto con Celine Buckens. Esta última trabajó con Jeremy Irvine en la película *Caballo de batalla*. No obstante, estoy abierta a más sugerencias y si tenéis otras celebridades en mente, por favor, no dudéis en escribirme para enviarme todas vuestras propuestas... Todas son muy importantes para mí y me encantan.

☪ En la quinta entrega Dmitry, el padre de Alex, canta una canción rusa en el restaurante *El Cosaco* (que, por cierto, existe en la realidad). Pocos días después de escribir esta escena hice unas breves vacaciones en Madrid, donde se desarrolla toda la historia de *Mariposas en tu estómago*. Justo antes de entrar en el Palacio Real, apareció a nuestro lado un músico de constitución corpulenta, ataviado con ropas tradicionales, que por su rostro ligeramente humedecido en las sienes supuse que debían de darle mucho calor. De pronto, sacó un hermoso acordeón con incrustaciones doradas frente a nosotros. ¡Oh, Dios mío! No lo podía creer, había comenzado a tocar *La Kalinka*, y sonaba todo tan romántico... Al escucharlo, se activó en mi mente una especie de mecanismo de ideas y en ese instante me imaginé de un modo muy real a los padres de Alex años atrás, mucho más jóvenes, en aquel mismo lugar donde yo estaba, conociéndose por primera vez.

Mensaje de la autora



¡Para todos los lectores!

Desde que la historia se comenzó a publicar por entregas, siempre tengo en mente a Alex y Beca, así como al resto de los personajes. Sin embargo, también existen otras muchas cosas en las que me gustaría pensar, no puedo evitarlo.

He podido revelar ya unos cuantos secretos familiares, no obstante, Alex se ha vuelto más complejo y Beca es mucho más curiosa que al principio sobre el pasado de los hermanos Kirov. Cada vez queda menos para el desenlace y ambos protagonistas ya están en un momento crucial de la trama. Aunque se aman con todas sus fuerzas, todavía hay pruebas que deberán superar antes de poder seguir juntos. Todo esto supone un enorme reto para mí siempre que me pongo a escribir un nuevo capítulo, pero también siento una gran satisfacción al avanzar más en su historia. Por esta razón, recientemente, tomé la decisión de regresar a Madrid. Disfruté como una turista más en la capital con mi pequeña maleta gris, la tablet y el bloc de notas, pero sobre todo fui a trabajar en posibles escenarios para mi obra. Tal vez no tome ninguno de ellos para *Mariposas en tu estómago*, mas no descarto nombrarlos en mis próximos proyectos.

Visité muchos sitios, entre ellos el Museo Nacional Arqueológico, el

estanque del Retiro y el Museo del Prado. Pude visitar también el Museo Naval y me quedé muy asombrada con todas las maquetas de barcos, la colección de pistolas del siglo XVIII, las exposiciones de vasijas de porcelana pertenecientes a embarcaciones hundidas en el fondo del mar y, sobre todo, con la recreación de la cámara de uno de los comandantes y la Sala del Real Patronato que tenía pintada en su techo una bóveda celeste. Nada más verla, pensé en el mapa que hay en la pared de la habitación de Alex en la residencia... Vi después el Palacio Real, que me pareció impresionante por dentro. Entrar allí me pareció como viajar a otro lugar en otra época, y el personal fue muy agradable a la hora de responder preguntas. El recorrido fue muy inspirador, y lo recomiendo a cualquiera que tenga la oportunidad de acercarse, para conocer el lugar donde los padres de Alex se encontraron por primera vez.

En estos momentos mi cabeza está a rebosar de información, repleta de montones de ideas para la historia. Además, he leído todo lo que me enviáis por correo electrónico y a través de mis redes sociales, e intento contestar a todo dentro de mis posibilidades. Me encantan vuestras propuestas y cada vez sois más los que me comentáis que os gustan mucho los extras que van en cada una de las entregas. A pesar de todo el trabajo que llevan, disfruto mucho haciéndolos y me alegra mucho que vosotros también los disfrutéis. Seguiré esforzándome todavía con más ganas en ofreceros otras muchas sorpresas de los personajes, y hasta concluir *Mariposas en tu estómago* pondré todo mi empeño en esta historia.

¡Mil gracias por seguir apoyándome! y gracias también a todos aquellos blogueros que estáis subiendo reseñas tan maravillosas de las novelas, así como a los lectores que dejáis vuestra opinión en los lugares donde habéis adquirido los libros. Me conmueven mucho cuando las leo. Por favor, a todos vosotros de nuevo os digo: nunca, nunca desistáis de vuestros propios sueños, vivid cada uno de ellos con ilusión y sobre todo llenos de pasión. Ahora acabo esta carta, pero... ¡Nos leemos muy pronto en la sexta entrega!

Un abrazo enorme y lleno de mariposas.

Natalie Convers

Twitter: @NatalieConvers
Facebook: Natalie Convers.
E-mail: natalieconvers@gmail.com

